

ENRIQUE VERA Y GONZÁLEZ

A TRAVÉS DEL PORVENIR

LA ESTRELLA DEL SUR



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires



**GOBIERNO
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES**

Jefe de Gobierno

Dr. Aníbal Ibarra

Vicejefa de Gobierno

Lic. María Cecilia Felgueras

Secretario de Cultura

Lic. Jorge Telerman

Subsecretario de Acción Cultural

Sr. Javier Grosman

Subsecretario de Industrias Culturales

Lic. Ricardo Manetti

Subsecretaria de Patrimonio Cultural

Arq. Silvia Fajre

**Directora Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires**

Prof. Lidia González

© 2000

Instituto Histórico
Avda. Córdoba 1556, 1º piso (1055)
Capital Federal

Dirección editorial:

Lidia González

Supervisión de edición:

Rosa De Luca

Daniel Paredes

Corrección:

María del Carmen Caeiro

María Laura Murga

Lilia Meli

Diseño editorial:

Jorge Mallo

Fabio Ares

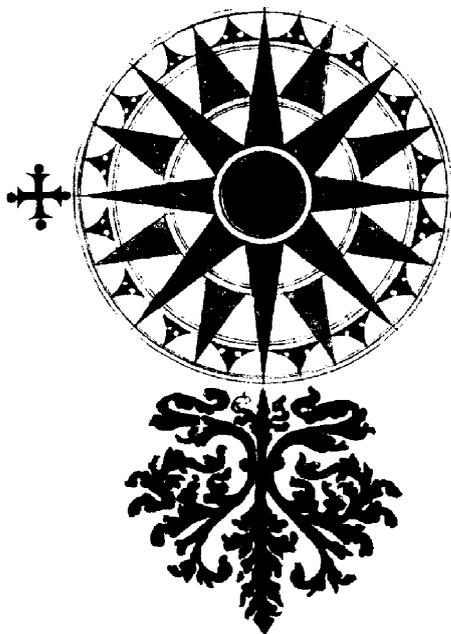
Primera edición:

Buenos Aires, Imprenta de la fábrica La Sin Bombo, 1904.

ENRIQUE VERA Y GONZÁLEZ

A TRAVÉS DEL PORVENIR

LA ESTRELLA DEL SUR



2000



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires



Prólogo

Hacia 1903, la Buenos Aires todavía patricia estaba lanzada al festejo centenario de 1910, en el que confirmaría su existencia floreciente y mostraría al mundo su pertenencia al concierto de las grandes ciudades de los países europeos que seguían siendo su modelo.

La literatura milenarista europea no había sido escasa por esos años, pero hubo uno de esos libros, *Looking Backward*, del norteamericano Bellamy, que golpeó a muchos por su estratégica propuesta de la visión a través de un largo sueño, del que se despierta a la evidencia de cuánto puede y debe cambiarse a la luz del siglo de las invenciones

más arriesgadas y los hechos más determinantes de cambios que no han sido previstos por guerras, sino por invenciones humanas apropiadísimas para el mejoramiento de la vida. Todas las otras utopías circulantes han tenido y seguirán teniendo el eje de la violencia para el cambio efectivo. De allí extraerá Bellamy su enorme difusión y su impar fantasía.

Las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX venían con esa carga y cuanto se decidía en torno del paisaje urbano de la Reina del Plata llevaba ese sello. No es del caso enunciar los cambios urbanísticos y arquitectónicos para ratificarlo, pero vale una reflexión orientadora para comprender la oportunidad y la acogida que se dará a un relato utópico escrito por un notable joven científico español, Enrique Vera y González, que ha llegado a fin de siglo a la Argentina, que ha cautivado a toda esa elite pensante y actuante que respalda y orienta el crecimiento de la ciudad de Buenos Aires en el concierto del Río de la Plata y que, además de tantos atributos, se ha puesto a escribir una “utopía” centrada en la *La Estrella del Sur (A través del porvenir)*, obviamente, la Buenos Aires que acaba de conocer por dentro...

Enrique Vera y González había llegado en 1896 a Buenos Aires procedente de Cuba, adonde debió emigrar en 1891, al igual que su hermano Emilio que, aunque más joven que él, lo había precedido.

Es sólo complementario recordar la revolución española de 1868, la brevedad de su instalación, la reposición de la monarquía en 1873 y las sucesivas “purgas” posteriores, que arrojaron a las playas americanas un diversificado acopio de españoles-pensadores-políticos-revolucionarios. Los hermanos llevaban este cuño, nutrido a la par de un fuerte amor por las ciencias, y por la veta que acompañó al krausismo español finisecular por largo tiempo en esta dirección de modernidad

innovadora. Por cierto, tuvieron una acogida calurosa entre el núcleo de gente que venía impulsando el crecimiento de la ciudad, a la que no podríamos tampoco rotular en una pertenencia demasiado fija, ni política ni ideológicamente. El hecho de que se editara inmediatamente el texto utópico de Enrique tiene más que ver con la decisión de su editor, el conocido y acreditado Juan Canter, que pertenece al círculo privilegiado de los hombres que están junto a Bartolomé Mitre, quien por su parte, desde 1890 está en actitud de espera frente a los acontecimientos y urgencias opositoras, aunque participa abiertamente de cuanto emprendimiento intelectual surja en el área. Canter, por su parte, masón empedernido, es encendido propulsor del progreso científico y técnico, que es el eje de su imprenta, La Sin Bombo, y habrá editado con encendida fe estas páginas que todavía son hoy paradigmáticas de la utopía que envuelve el escrito.

Antes de avanzar, es justo mencionar la presencia de ese hermano algo menor, Emilio Vera y González, graduado en letras, que insiste en que su hermano salga de Cuba y venga a Argentina, donde él es profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Aquí escribe una gramática, donde se exalta la libertad del habla en desmedro de las reglas gramaticales, con lo que muestra su espíritu renovador. Además, es autor de los tomos complementarios a la *Historia Argentina* de Vicente Fidel López (hasta 1926) y forma parte del equipo que escribe el diccionario de Montaner & Simon por entonces. Muere en 1945. Es toda una figura, también.

Volviendo a nuestra utopía. Nadie podrá poner en duda los cambios enormes que se están observando en las sociedades y en el destino de los pueblos, de un universo que empezó descubriéndose, y ahora se abre a la voracidad y a la posibilidad infinita de su explotación y reproducción. Verificados los cambios y excelencias de las revoluciones científicas y

comunicacionales, se está en una modernidad totalmente novedosa, aunque las áreas que han quedado afuera forman una extensión más infinita en el Tercer Mundo, del que hablan las crónicas de nuestra aproximación al 2000. Sin embargo, toda la excelencia de esta utopía está puesta en la fundada visión optimista y futura de esa área que preside la Estrella del Sur y de todas las expectativas que su situación y su capacidad de movilidad y cambio habrán de producir ante el resto americano y mundial.

Ésta es la gran novedad de la “utopía”, al margen de las apoyaturas de toda suerte que provee el respaldo de Bellamy para la orientación de estas novedosas formas de vida, más todas las especulaciones justas y oportunas que puedan leerse en el artículo de Hebe Clementi, “Una utopía española para la América del siglo XXI”, que forma parte del libro *Utopías* que reúne una valiosa serie de ensayos compilados por Vita Fortunati, Oscar Steimberg y Luigi Volta, fruto de la colaboración entre la Universidad de Bolonia, la Universidad de Buenos Aires y el Instituto Italiano de Cultura de Buenos Aires, con el sello de Corregidor (Buenos Aires, 1994).

Como historiadores y gestores de cultura, valoramos el perfil de ciudad que inventa Enrique Vera y González. Una edición parcial apareció poco antes en la famosa revista *Caras y Caretas*, ilustrada por Buil, Herman Pujol, Rojas, Tusell y Mendes Branga. No se trata de historiar estos antecedentes, valiosos sin duda, pero que no responden a nuestro propósito.

La edición que hoy presentamos es transcripción fiel de aquella aparecida en 1904, y que conserva la biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires.

Queremos que este perfil de un venturoso año 2000, con palabras de hace cien años y conceptos milenaristas, estimule

la visión cercana de ciudad sin rémoras, que mira hacia el futuro, que ha resuelto sus graves limitaciones y ha trazado todos los puentes salvíficos para que reine la concordia, la simpatía, la convivencia feliz, las posibilidades creativas al alcance, los desarrollos educativos y estéticos en plena producción. Estimula, precisamente, por ser una utopía, que hoy saludamos como anticipo del Mercosur, ombligo del Plata, proyectado como la Estrella del Sur, sin agresiones ni exclusiones, sino con la plena ratificación de posibilidades para todos.

Instituto Histórico





Nota preliminar
por Hebe Clementi

UNA UTOPIA ESPAÑOLA
PARA AMERICA
DEL SIGLO XXI*

-|-

De octubre a diciembre de 1903, un español que hace siete años vive en Buenos Aires, adonde llega desde Cuba, da a conocer el libro *La Estrella del Sur* (A través del porvenir), editado por la Imprenta de la fábrica "La Sin bombo". Son 190 páginas [...] Una carta abierta al Sr. D. Juan Canter¹ nos permite conocer la relación de gran respeto que el autor mantiene con Canter, a quien ha conocido expresarse ardiente y proféticamente acerca del futuro de la ciudad de Buenos Aires, cada vez que han conversado sobre los "destinos de este país". Se trata de Enrique Vera y González.

Enrique Vera y González había llegado en 1896 a Buenos Aires, procedente de Cuba, adonde había emigrado desde España en 1891. Un hermano suyo, Emilio², que tuvo un

destino parecido, aunque más joven, también se había ido a Cuba, y en 1889 está ya en Buenos Aires, y es quien llama al hermano. Lo cierto es que Enrique tiene en su haber cuatro títulos universitarios, antes de salir para Cuba, y apenas llegando a los treinta años: ciencias exactas, ciencias físicas y naturales, derecho y filosofía y letras. Y también es cierto que en 1881, contando sólo veinte años, ha publicado dos ensayos ultra radicales, contra los que repudian el abolicionismo, uno, y a favor de la revolución, el otro: *Estudios populares sobre las revoluciones*, y *La esclavitud y sus relaciones con el estado social de los pueblos*. En ambos se percibe la intención didáctica y la exaltación con que debe aprenderse la historia del hombre, porque permite “acceder a un convencimiento del progreso cuando comparamos al hombre del pasado con el hombre del presente, y a éste con el hombre del porvenir, que será indudablemente un coloso del arte, de la ciencia y del pensamiento y el verdadero rey de la Naturaleza...”

Otras referencias más precisas sobre Enrique serían hoy imposibles. El libro-novela-utopía que ahora nos preocupa aparece en 1904, en un momento muy peculiar de la historia política argentina, pero al mismo tiempo se trata de una especie de coyuntura epocal, que marca la apertura al nuevo siglo con algunos rasgos novedosos. Hay, sin embargo, un detonante: la elección presidencial que debe tener lugar en 1904, en momentos en que han sucedido al menos dos hechos muy relevantes para la intelección del momento histórico que se vive.

Por un lado, el reconocimiento de la República de Panamá, que ha tenido lugar después de numerosas volteretas y cambios de opinión, y una aguda polémica entre el futuro del progreso universal marcado por la técnica, o la solidaridad con la nación despojada, Colombia, que algunos sostienen³. Este reconocimiento implica tácitamente la aceptación de la presencia “imperial” y expansiva de los Estados Unidos, que con esta decisión hará del Caribe un mar americano, consolidará el proyecto de construir el canal de Panamá con el fracaso consiguiente del proyecto francés⁴, y al mismo tiempo desplazará a Inglaterra del ámbito, a cambio de su solidaridad con la expansión mutua en Asia. El detalle de estos tratamientos no es meridiano todavía, obviamente, pero todo el trámite de la aceptación panameña ha mostrado las debilidades nacionales, el

papel de la diplomacia inglesa, y el coronamiento de este diseño imperial que entre los argentinos pudo inferirse en los *Pactos de Mayo* que regularon la cuestión del estrecho de Magallanes y el fin de la transcontinentalidad, a la que hubiera podido aspirar Argentina hasta ese momento. Asimismo, la compra del Acre boliviano por parte del Brasil cancelaba también algunos movimientos posibles en el área septentrional de la América del sur, como para atestiguar una era próxima de paz y progreso, tal como fuera la moción expresa del gobierno del general Julio A. Roca.

Al mismo tiempo, la sugerencia del propio Roca al ocuparse de las fronteras marítimas -como ensayó demostrar con el viaje por mar de regreso de la primera expedición a la Patagonia- abría perspectivas de un futuro hegemónico basado en la potencialidad creciente del país de los argentinos. Por otra parte, el diseño de una confederación pacífica de las naciones nuevas se venía trabajando desde varios frentes, de los cuales no sería el menor el Primer Congreso Panamericano convocado por los Estados Unidos en 1889, en el que fue evidente la mala voluntad argentina de participar en su consolidación, y que de todos modos mostró esa tendencia hacia un mundo pacífico y progresista.

Por fin, la figura de Roca aparecía en muchos círculos como obsoleta o manejadora de los peores hilos de la política. La oportunidad de nuevas elecciones presidenciales ponía en la picota sus procederes y su dominio. Y volvían a ponerse en danza tendencias y personajes que, con ser protagonistas, no alcanzaban el primer puesto desde hacía muchos años. Entre ellos y siempre con su accionar peculiar y solitario, el general Bartolomé Mitre pudo ser candidato, al igual que Carlos Pellegrini, que vive una especie de ostracismo⁵. Manuel Quintana, que será el nuevo presidente electo, todavía no ha surgido como candidato.

Digamos de paso que 1903 también ha sido un año de cuestiones obreras más que arduas, que el ministro Joaquín V. González ha encomendado informes sobre la situación obrera, y que de allí tendremos el libro de Juan Biale Massé, otro español calificado, que elevará un informe puntual todavía hoy válido sobre el tema. Mientras que la Ley de Residencia, del mismo año, pondrá un límite tajante a las rebeliones obreras bajo pena directa de expulsión del país, en caso de tratarse de extranjeros.

En ese clima de nuevo siglo, frente a tantas expectativas de cambio

que suscita la organización hegemónica del poder mundial hasta allí rector, Inglaterra, y la presencia cada vez más insoslayable de los Estados Unidos, más la definición de fronteras que parece cancelar los Pactos de Mayo, y los arreglos en el norte, sale este libro-utopía, en donde la perspectiva universalista y progresista desborda la realidad, a la vez que cautiva con su diseño de bonanza inspirada en la ciencia, la técnica, la paz y el bienestar, que no es del país solamente, sino universal. Precisamente esa universalidad es la que consiente la creatividad de este autor, con su utopía realizada en las tierras del Plata, en el ámbito de la ciudad estelar del sur, la Atenas del Plata, a la que está dirigida la utopía, y que subsume en su trayectoria la de todo el País de los Argentinos.

Algo ocurre además en el fuero interno de esa Argentina de 1903, que puede calificarse de encrucijada. El verdadero *quid* de la cuestión radica en la presión de los partidos políticos, y específicamente del partido Radical que ha surgido como consecuencia de la Revolución de 1890 (organizándose en 1892 mientras que cuatro años después lo hará el Partido Socialista). La voz rectora es la instauración del voto generalizado, sin limitaciones, secreto. Que acabe la digitación de los mandantes de turno, que acabe el fraude y la violación de la voluntad popular.

Hay una sensación de corrupción, que estalla en todos los ámbitos y en todos los discursos. La presión obrera, los asaltos anarquistas están a la orden del día. Y consecuentemente, la culpa de esta corrupción se centrará en el cosmopolitismo que desordena la sociedad, quita las normas, impone el caos. En la redada caerá también el inmigrante, la inmigración masiva, la difícil y tan cacareada asimilación, la deformación del lenguaje, la pérdida de la identidad. Una serie de jóvenes universitarios -muchos de ellos procedentes de las provincias- están por la restauración del nacionalismo, por ahora literario, pero en realidad con voltaje político, por el retorno al solar de la raza, por la abominación del cosmopolitismo, por el aprecio de la vida tradicional y por tanto rural, frente a la corrupción de las ciudades, etc. etc. Ese mismo año aparece la revista *Ideas*, en la que Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Octavio Bunge y tantos otros hacen sus primeras armas veinteañeras, todos concordes en que ya no es hora de "marquesas empolvadas" y que debe buscarse la recuperación de lo propio.

En todo ello está implicado también el destino del voto, la realidad de la república soñada, del ciudadano que exprese a través del voto su decisión de pertenencia y de responsabilidad social. ¿Y qué hacer con el inmigrante, concebido hasta allí más que nada como abstracción con brazos, mano de obra, bruta y barata en todo caso, en cualquier caso? El reclamo por la ciudadanía viene siendo cada vez más atronador, pero la presencia de Julio A. Roca, su familiaridad con el poder y su evidente dominio de las estrategias, coarta toda iniciativa de fondo. Recién en 1912, Roque Sáenz Peña, siguiendo ejemplos de Italia especialmente, enunciará la Ley del Voto y enmendará esta maraña. A poco, el poder político quedará en manos del partido Radical, y en 1916 será presidente Hipólito Yrigoyen. Dos elementos, entonces, perturban a esta sociedad nueva y ansiosa de bienestar. La deshonestidad que supone el ejercicio del poder político y el desprecio de toda tradición que no sea la propia, amparada y nostálgicamente cultivada por lo más granado de la cultura argentina, sin perjuicio de que sus referentes culturales estén en Europa. Ninguna de estas dos posiciones es objeto de seguimiento por parte de quien ha salido de España, probablemente perseguido por sus ideas libertarias, que seguramente tampoco se sintió cómodo con los liberacionistas cubanos, en contra del poder español, entonces expresamente combativo y militar en su empeño de defender “la perla de la corona” española. Tanto así, que a la vuelta de menos de un lustro, está en Argentina, tierra de libertad, de progreso, y de entusiasta recepción de refugiados políticos que han ido llegando desde el 68 en masa a estas costas. Bueno sería poder ubicar debidamente la ideología política de Enrique Vera y González en este momento. Y no tenemos datos hasta aquí, aunque el prólogo a Canter lo mostraría en un ámbito cercano al de los cultores de la historia y la numismática, la gente más entendida en ciencias sociales, historia y política. Y de hecho, unos años más tarde, en 1909 y con motivo de los festejos del Centenario en 1910, publica una *Historia de América Contemporánea*, de 556 páginas, editada por Cabaut Editores. Sin embargo, está lejos allí de las expresiones ardientes de sus primeros trabajos, sigue el diseño más “oficial” concebible en estas historias nacionales particulares, y entiende que “la historia concebida como progreso será una nítida estela encendida en la mirada de la juventud de los países

jóvenes". Esta fluidez en la ubicación ideológica en relación con los escritores o pensadores sociales de la segunda mitad del siglo pasado no es de extrañar. Un estudio actual⁶ menciona las diversas posiciones posibles entre los españoles: fusionistas, liberales, liberales moderados, republicanos, liberales progresistas, masones, conservadores, democráticos, liberales progresistas católicos, krausistas, carlistas. Sirve a los argentinos, en todo caso, para comprender mejor las diferencias e identificar sentidos.

Pero volvamos a nuestra utopía de 1903, concebida como un viaje al futuro.

-||-

Un joven "aburrido por el tedio de la vida monótona" entrevista a alguien que ha conocido circunstancialmente, un indio llamado Rao Haraontis, quien le propone como remedio un viaje a través del tiempo, "algo así como una historia no leída, sino vivida", donde encuentra la ciudad maravillosa que será Buenos Aires unos cien años después, para el 2010. Su nombre es Luis Miralta. La intención es clara. "El espíritu previsor concibe más o menos claramente el porvenir, mientras el que vive sólo para el presente es como un ciego, y si no quiere ver más que el pasado, es como un muerto." Será pues un viaje a través del tiempo lo que curará al joven amigo⁷. Los pocos días que lo separan del viaje prometido los empleará Miralta en recorrer las calles de Buenos Aires, oportunidad que aprovecha el autor para introducir la historia de Buenos Aires que perfila a grandes trazos. Buenos Aires es ombligo de todos los hechos relevantes de la gesta de la independencia, "plaza abierta sin más defensa que los pechos de sus hijos, no sufre un solo ataque y, sin embargo, los concita todos, porque de su seno brotan las expediciones libertadoras, es un sol que irradia oleadas de independencia a través del continente sudamericano". Llega a ser la primera ciudad del hemisferio sur del mundo, la primera del habla castellana, la segunda entre las de raza latina, la tercera del mundo entero por su área de superficie, imposible de haber previsto, cincuenta años antes, ese crecimiento. Llegado el momento de la partida asistimos a una suerte de introducción al viaje con lo que

supone de espiritualización del cuerpo, porque “hay patrias que el espíritu recuerda con amor”, hasta que recalca en Buenos Aires, a principios del mes de mayo del 2010 de la Era Cristiana⁸. El intendente de Buenos Aires, señor Renato de Villena, recibía la visita de Yezid Bajá, emir de Kordofan y pariente del sultán de Abisinia, que acompañaba al príncipe Ayub, a quien su padre, monarca de Abisinia, Etiopía, Sudán y Nubia, deseaba hacerle conocer las maravillas de la civilización universal. La visita había sido avisada por despacho telegráfico escrito en reproducciones autográficas acompañadas de retratos de los expedidores. El monarca había agrandado sus dominios en la misma medida que las rivalidades de Francia e Inglaterra disputaban su predominio en la mitad septentrional de África, “mientras en el sur y centro del continente surgían imperios y repúblicas potentes”, aunque aferradas aún al tipo de gobierno militar que tendía a desaparecer del mundo. El siglo XX había cumplido de tal manera sus promesas, que era habitual considerar al siglo XIX como un período de barbarie en que “la humanidad apenas comenzaba a deletrear el alfabeto científico”, al punto que “treinta horas invertía el tren expreso de Nueva York a Buenos Aires, las dos mayores ciudades del mundo”. Época en que los animales domésticos han sido eximidos del yugo y sólo habitantes de comarcas alejadas montan caballos y “sin vestigio de bicicletas tan generalizadas un siglo antes”. Gran variedad de automóviles de todo tipo, grandes novedades en la extracción del alcohol y el petróleo, fabricado sintéticamente, y gran número de productos “explosibles” sustituyendo con ventaja a la hulla que se emplea muy escasamente en pequeñas industrias. Por fin, grandes máquinas voladoras de todo tipo y velocidad, mientras se ensayan otras más pequeñas y aparatos voladores individuales. La psicología experimental, enriquecida con un número prodigioso de observaciones concienzudas, había revolucionado las ciencias médicas y permitía inducir, con una exactitud que siglos antes hubiera pasado por hechicería, la fuerza moral y mental de cada sujeto en observación. La palabra “tradición” iba perdiendo todo prestigio y sólo entre los indiferenciados abundaban los llamados conservadores. Villena ha enviudado, y tiene dos hijos. Un joven de veinticuatro años, Augusto, ingeniero químico distinguido que ha hecho ya descubrimientos de incalculable trascendencia sobre la formación

sintética de algunos supuestos elementos simples. Su tesis de doctorado describía la producción por síntesis directa de un gluten de propiedades análogas al extraído de los cereales, que despejaba la incógnita de la alimentación humana a precios fabulosamente baratos, le había granjeado fama universal. “Su nombre estaba inscripto en el libro de oro en la más alta categoría, con el envidiable número 33 y se confiaba fundadamente en que aquella vasta y noble intelectualidad preparaba a su patria y al mundo nuevas glorias en el terreno científico.”

Elisa, cinco años más joven que su hermano, de temperamento artístico, amaba la pintura y la música, escribía “composiciones sentimentales en las que se notaba la afectación propia de su sexo..., hablaba perfectamente cuatro idiomas de rigor en aquella época aunque había tenido el *buen gusto* (sic) de no adquirir títulos universitarios”⁹. Pasa después a ubicar a esta Argentina centrada en Buenos Aires dentro de la estructura de poder en el mundo, en relación con Europa y los Estados Unidos, desde donde ratifica la posición central en América del Sur que le corresponde por población, por prestigio, por la importancia científica que asegura su inteligencia en el mundo entero, y que atestigua la misma presencia de Ayub, con toda la sugerencia del continente africano despertando del letargo de la colonización¹⁰. Del relato surge también la actitud paternalista que asume frente a Abisinia y el deseo de que no entre en el peligroso rumbo de aparecer como “liberando o adueñándose del África”¹¹.

Sigue luego el verdadero meollo del libro en su consideración utópica. El capítulo titulado “La cueva del mago” describe los hallazgos novedosos y transformadores logrados, los que están a punto de hacerse y un diseño de la sociedad futura en donde no habrá impedimentos para que se beneficie de esos descubrimientos. Con ellos no habrá más guerra, no habrá más hambres, ni trabajos desmesurados. Incluso el vestido estará resuelto con abundancia, comodidad, higiene y elegancia... Una comida servida en el palacio de los anfitriones, atendida por robots impecables, será la demostración de estas posibilidades y excelencias, mientras no se cesa de describir los adelantos crecientes en la aplicación del telégrafo y “la necesidad institutiva de ganar tiempo que determinará gradualmente cambios notables en la expresión literaria”, y la consiguiente

transformación de los libros de texto que se condensarán en “un conjunto de breves y sencillas fórmulas que retendrán alumnos”. Un viaje por aire a doce mil metros de altura y con miradores telescópicos abarcando un radio de 600 kilómetros, con los que visualizaron ciudades brasileñas del Sur, gran parte de Entre Ríos y Santa Fe, ratificó la excelencia del suelo y el lugar privilegiado de Buenos Aires. Esto permite a la vez introducir el discurso sobre Bartolomé Mitre, conocido ya por Ayub como “el gran sudamericano”, el símbolo de la unidad nacional que ha permitido el desarrollo extraordinario del ámbito, reflejado en las instalaciones sanitarias, portuarias, comunicacionales, etc.

Por fin, el último capítulo, titulado “El 25 Mayo de 2010”, hace referencia tácita a los festejos del Centenario que están preparándose efectivamente con espectacular boato, y en los cuales el intendente de Buenos Aires será promovido por el voto unánime de los delegados americanos como Presidente de los Estados Unidos del Sur o Confederación Latinoamericana, de la que se hará cargo el 12 de Octubre. El desfile civil ante los balcones del palacio presidencial, en el que con paso majestuoso y admirablemente caracterizados, aparecen “Belgrano, Alberdi, Castelli, Paso, Pueyrredón, Moreno, Saavedra, Chiclana, Funes, Azcuénaga, los Balcarce, Rondeau, Ruiz Huidobro, Güemes... Una ovación colosal indicó la presencia de San Martín, de Alvear, Guido, Soler, Arenales, Las Heras... Después pasaron don Martín Rodríguez, López y Planes, Rivadavia y luego, Dorrego. Tras éstos, seguían Lavalle, Paz, Lamadrid, Avellaneda, Agüero, Varela, Echeverría, Mármol, Rivera Indarte, y al lado de éstos, Juan M. Gutiérrez, Sarmiento, Mitre, Rawson, Domínguez, los presidentes y ministros, los hombres ilustres de la última mitad del siglo XIX y del comienzo del XX. Todos los que, desde diversos campos y en medio de candentes luchas, habían ido viendo a su patria cada vez más grande, más próspera, encaminándose a un porvenir de grandezas y esplendores.”

Hemos transcripto totalmente el párrafo para que no falte ninguno de los nombres que se enumeran, y para que se aprecien los claros que una renovación de la historiografía arrojará en el curso de las próximas décadas. Rosas, el primero, Roca, el segundo, Pellegrini, Vicente Fidel López, Alem, Yrigoyen¹², para sólo mencionar algunos que también estuvieron muy presentes en los cambios. Dos páginas atrás había hecho la apología de



Mitre, exaltado como magna figura, con su estatua colosal de “imponderable magnificencia” en el cruce de la inmensa avenida titulada Avenida 9 de Julio, formando una colosal X con la Avenida del 25 de Mayo, los cuatro ángulos terminados por ambas tenían como bisectrices las Avenidas de América y Argentina, que se cortaban en cruz... “D. Bartolomé Mitre parecía dominar desde su pedestal a la inmensa ciudad de Buenos Aires, a su patria querida, con el aspecto de un ciudadano sencillo, vestido con modestia, con cierta llaneza [...] cualidad que le hizo tan simpático y popular en su tiempo. Aquél era el verdadero Mitre, el familiar, el hijo del pueblo, levantado a las costumbres de la milicia, del saber y del gobierno, a la jefatura de la opinión por la virtualidad de su talento, su constancia, su valor y su noble carácter... no era en aquella estatua un personaje idealizado, era él mismo, y esto valía más”.

Valga esta detallada y exaltada descripción para explicar lo otro. Las ausencias tienen la significación de los cambios que se avecinan y para los cuales la figura de Mitre aparece como la mejor opción correctora. Es el momento que elige el autor para que Luis Miralta regrese al presente. Luego de experimentar la sensación de una inacabable caída, recobra la conciencia del presente, se pregunta si ha soñado todo como sublime ilusión. “No, has entrevistado el porvenir. Ahora te incumbe el deber sagrado de trabajar para que se realice. Y trabajarás.” Son las palabras de Haraontis que cierran esta prospectiva visión de la realidad argentina del año 2000.

-III-

A modo de epílogo

Quedan algunas observaciones por hacer, fuera de las notas que hemos ido intercalando. Se nos ocurre que casi enfrentados a este libro, en la misma fecha, dos autores españoles escriben una especie de antiutopía. Juan Bialek Massé, también exiliado de España en los 70, de trayectoria fecunda desde diversos campos, es encargado de escribir un *Informe sobre las clases obreras argentinas*, por el ministro Joaquín V. González. Nada como este trabajo para conocer la realidad circunstanciada del país, hasta el río Colorado al sur y el Bermejo al norte. Es como si las manecillas del reloj se hubieran detenido, mostrando situaciones incanjeadas en siglos.

Vicente Blasco Ibáñez, escritor de fuste y de sensibilidad profunda por el pueblo sufrido, cumple el encargo del gobierno de escribir un libro sobre la Argentina, con la idea de que sirva para circular por Europa como contrapartida a los comentarios adversos que ha merecido la Ley de Residencia, dictada en 1903, que hacía aparecer al gobierno y al país como peligroso para los inmigrantes obreros. Libro fantástico también si se quiere, en la pintura de un futuro venturoso en la explotación de los recursos naturales, en cuidadosísima edición. Libro que seguramente dio pie a un agradecido testimonio, al garantizarle el gobierno tierras en la provincia de Río Negro para alzar una colonia, de triste final. Como quiera que sea, esa estricta necesidad de mostrar realidades, si bien el punto de mira es obviamente el futuro, en modo alguno entra en el territorio de la utopía.

En cambio este español, atrapado en la red del desarrollo de la ciencia, cercano a los “brahmíns” de la sociedad argentina, decide armar una utopía con la suma de sus conocimientos científicos y sus aspiraciones sobre la vida social, orientada por los frutos de una inteligencia aplicada a la ciencia. De sus ideas políticas vanguardistas, expresadas en sus trabajos veinteañeros y en sus artículos en diarios de izquierda, ha quedado poco. En su trabajo enjundioso sobre la Historia de América Independiente, que publica en 1909 con motivo del Centenario, considera la historia como instrumental, para aleccionamiento de la juventud. En cambio en este trabajo, bajo la máscara de la utopía posible, está mostrando una prospectiva aleccionadora, a cien años vista, en la que muchos de los conflictos de la realidad cotidiana están borrados, para bien. Las cuestiones sobre soberanías violadas ni se mencionan, la mujer está -o sigue estando- instalada en el mundo hogareño, aunque beneficiada en sus trabajos caseros por la mecánica; el porvenir venturoso ha borrado las ansiedades y las necesidades, y una armonía y concordia del género humano ha limado todos los cuestionamientos regionales, raciales, de clase. Aunque siempre habrá pobres y ricos, las estridencias de las desigualdades habrán desaparecido, y las oportunidades serán proporcionales a las cualidades que detectará un equipo sabio y científico.

La sorpresa y el disgusto inicial del joven Miralta han dado paso a la rosada aventura astral, tan teñida de ciencia que por momentos deja la



viva incógnita de encontrar quién explique a fondo la factibilidad de los hallazgos químicos y las menciones físicas en torno al átomo y la gravitación. Por cierto que hoy, a casi cien años, estamos en mejores condiciones de incorporar estas realidades de la inteligencia como vigencias concretas. Esto vale destacar. El contacto con la ciencia, sobre todo en los últimos capítulos, es muy estrecho, y no podría decirse que es mera emulación de un Wells, sino efectiva aplicación de sugerencias que las nuevas teorías desenvuelven. Es decir, hay mucho menos de ciencia-ficción que de cosmogonía orientada por las ciencias nuevas, y de ahí deriva el credo social. Por la norma se conoce y se modifica. Por la particularización se cae en olvidos y se omite el progreso general. Este parecería ser el secreto de su aventura de planificación a nivel masivo. Para eso necesita millones de seres y operar con poblaciones nutridas, bien comunicadas y necesitadas de orden y regularidad, en donde pasar necesidades, sea ya un mal arqueológico, para decir lo menos. No hay espíritu humanitario; es más bien necesidad de seguir construyendo y avanzando hacia metas que no tienen límite impuesto. Y pondrá en el amor romántico y en el espíritu femenino que se alía a ese amor-niño o más bien comparte un raptó emocional, el recuerdo de la belleza de la flor o la simbología de la temura. El mundo que cuenta, en el que la mujer ha quedado relegada a la casa -bien que "ayudada" por robots- ese mundo del futuro, separará muy bien la vida privada de la vida pública.

Pero en todo caso, digamos que nuestro Enrique Vera y González es fiel a su adhesión científica, no se anda por las ramas, no encubre su simpatía por España y su escasa simpatía por lo sajón, pero decididamente sabe que con estas vaguedades no se construye el mundo del futuro. Las elimina, acepta coexistencias, afirma la presencia de la *estrella del sur* en el firmamento mundial, y la coloca presidiendo una confederación latinoamericana, que no es menos importante que la del norte, sino diferente, aunque igualmente poderosa. Su mundo utópico ha alcanzado la era de la inteligencia artificial y él trata de mostrar el camino a través de la inteligencia natural, que es inducida, controlada, estimulada por una organización de psicólogos-antropólogos que han superado errores, y son imbatibles en la percepción de los cerebros más adecuados. El cerebro es pues el gran regulador, el gran motor de la sociedad constituida, la única medida de

excelencia, que, sin embargo, está siempre manejado por los que saben controlarlo. Se ha expulsado el error en los cálculos. La corrupción, la ambición, la incuria, la torpeza, la envidia, no cuentan, porque están controladas. Como tampoco la guerra, porque la impotencia del enemigo también está universalmente controlada. De modo que sólo queda el uso adecuado, positivo, de lo que el hombre tiene a su disposición para el dominio: la naturaleza. La religión, para quien la necesite y la requiera, funciona libremente en el ámbito de cada quien. No hay límites. Un mundo sin dogmas, en el que seguramente la ética surge de la organización adecuada, de la resolución de cuestiones, de la buena marcha de la sociedad. Y en ese concierto, y al margen de todas las coyunturas noveladas que ofrece el libro, la historia como construcción comunitaria deja de tener sentido. Sólo los hombres que han sabido ser rectores e impostar rumbos son los que cuentan.

Frente a las otras utopías que usaron el futuro como ventana de la expectativa utópica, ésta parece la más desenganchada de la realidad, la más “científica” y la menos histórica. Será por la obsesión del cambio que la ciencia comporta y garantiza, será también por la condición inicial de exiliado y luego como ordenamiento de vida, será porque la América como tal no se concilió con las expectativas que de muchacho sugería para el futuro, aunque, bien leídos algunos párrafos de entonces, encuentran el antecedente a este emprendimiento. Veamos: en *Estudios Populares sobre las revoluciones*, que publicó en Madrid en 1881, con prólogo de Francisco Pi y Margall decía: “el ejercicio del pensamiento, casi atrofiado por la esclavitud del trabajo material y la aplicación de este pensamiento a la prosperidad de sus intereses, al triunfo de sus ideales, traerá el progreso popular que implica mucho más que la cultura científica”.

Y luego remataba tuteando al hombre común, al pueblo:

“Tú eres el llamado a regir tus destinos en plazo breve y debes gobernarte dignamente, como hasta hoy no lo has sido: ilústrate para ello. Procura tus conocimientos científicos; mas aprende también la historia, la causa de tus dolores, el motivo de tus recaídas cuando debieras haberte levantado para siempre... sigue pues la breve historia de las revoluciones que te ofrecemos, comprende por qué has sido esclavizado cuando debieras haber sido libre... la experiencia aumentará tu poder”.



Quizá la opción está abierta todavía, vale pensarlo, sin utopías, al cerrar el siglo XX y con el siglo XXI esperándonos con las mismas cuestiones irresueltas. La humanización de la historia sigue siendo la clave para algunos, y para nosotros. Enfrente, la ciencia hecha técnica desmemoriada, asistirá impávida al fin de la historia. Enrique Vera y González tendría todavía oportunidad de ratificar su utopía para el siglo XXI, en el mejor de los casos. Su absoluta preferencia por los cerebros privilegiados limita toda sensibilidad popular y, por lo tanto, lo desentiende del cuerpo legislativo y de lo que las leyes decidan. La operatividad que le interesa es la que orientan los descubrimientos científicos. Su historia es la historia de la ciencia, o debiera serla. Y tiene el rasgo de universalismo al que tienden las historias de los países más civilizados, que acceden a todos los adelantos que la ciencia y la técnica procrean. Su objetivo queda claro, y lo expresa Haraontis: “el porvenir entrevisto es o debe ser la lección aprendida, el vislumbre del valor de la acción, la fe en el futuro”. Mujeres excluidas, de la dirección al menos, en esta venturosa sociedad. La Argentina en marcha hacia el apogeo de sus capacidades. Todo un voto de confianza, un diagnóstico optimista, que tiene poco que ver con la idea de nación que prevalece en el siglo XIX y que en verdad ha seguido articulando políticas en el siglo XX. Esa paz universal a la que finalmente se accede en esta utopía tiene mucho que ver con la universalización de la cultura que ha logrado Buenos Aires, la Estrella del Sur. El resto del país, con mayor acento americano, se pierde en el universo de la desmemoria.

Notas

1. Juan Canter pertenece al círculo áulico de los hombres que están junto a Bartolomé Mitre. Un encendido propulsor del progreso científico y técnico, es el alma de la imprenta que edita este libro, y seguramente alimentó la iniciativa de escribir esta utopía.

2. Emilio Vera y González es graduado en letras, emigra de España, pasa a Cuba hacia 1880 y en 1889 está en Buenos Aires. Es profesor en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Escribe una Gramática que edita en 1909, en la que exalta la libertad del habla y es hiriente y cáustico acerca de las reglas gramaticales. Hacia 1903 decide declinar toda intervención en

la prensa partidaria, y se dedica a escribir los tres tomos complementarios a la Historia Argentina de Vicente Fidel López, que abarcan desde el gobierno de Viamonte hasta 1926 y los prolegómenos de la reelección de Hipólito Yrigoyen. Muere en 1945. Ha formado parte del equipo que escribió el diccionario de Montaner & Simon y, en general, su interés por la ciencia y la historia pareció correr parejo con el del hermano. No puede así dejar de pensarse en los hermanos Reclus, al verificar tanta dedicación al estudio y a la cultura.

3. Véase mi trabajo *Formación de la Conciencia Americana*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972, pp. 194, cap. IV, "Panamá y América-1903".

4. Comenzado por Fernando de Lesseps, y luego continuado por Bunau-Varilla, quien luego participa de la creación del nuevo estado americano, Panamá.

5. Ello a pesar de haber salvado la situación ante la renuncia de Juárez Celman, al cabo de la revolución de 1890.

6. *Historiografía y Nacionalismo español, 1834-1868*, de Paloma Cirujao Marín, T. Elorriaga Planes y Juan Sisino Pérez Garzón, C.S.I.C., Centro de Estudios Históricos, monografías 2. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1985, Madrid.

7. Detenida descripción del acceso a la astralización, suerte de introducción al tema que deja suponer la pertenencia de Vera y González a este credo que, por otra parte, tiene una difusión muy grande en la Buenos Aires de entonces, junto con el espiritismo genérico.

8. Vale aquí hacer una referencia a la marcha del pensamiento utópico en los Estados Unidos, en donde el repudio al socialismo y al marxismo no impedía procesar la evidencia del capitalismo y sus excesos y derivar hacia una posición intermedia, el progresivismo, que corregía errores y adecuaba el funcionamiento de la sociedad a través de medidas basadas en la racionalidad y la ciencia. En este sentido, cabe recordar a Henry George y su *Progreso y Pobreza* publicado en 1879, del que a fin de siglo se habían vendido 2.000.000 de ejemplares, que ejerció una enorme influencia en los politólogos que militarán en el progresivismo, corrigiendo desigualdades y apelando al simple remedio del impuesto. Edward Bellamy, por su parte, rivalizaba con George a través de su utopía *Looking Backward*, publicada en 1888, en la que al igual que Vera y González el recurso de avanzar un

siglo a través de un sueño hipnótico y despertar en el año 2000 consentía hallar un nuevo orden social en donde la propiedad colectiva, la política y el vicio habían sido corregidos de sus deficiencias y la gente era decididamente feliz. Con lo cual se tuvo argumento para criticar los errores existentes, y resultó tan efectivo que en pocos años alcanzó a editarse el millón de ejemplares, y fue el mensaje más popular desde *La cabaña de tío Tom* en la época crucial del abolicionismo previo a la Guerra Civil. Hubo treinta y cinco novelas utópicas de su tipo al cerrar el siglo, no todas con éxito similar al de Bellamy, pero operaron como un medio fértil para elaborar diagnósticos sobre la sociedad de ese tiempo, aunque “rechazaran la curación” como dice uno de sus críticos. Algo de esto debe haber buscado nuestro español anclado en el Río de la Plata, como veremos enseguida en su referencia a la historia argentina.

9. Vale reflexionar sobre estos contenidos referidos a la mujer, a un siglo de las reivindicaciones que han comenzado a circular desde el ámbito de las mujeres profesionales, universitarias, sufragistas, etc. Decididamente, nuestro Enrique Vera y González no simpatiza con las posturas igualitarias, y los clisés relativos al género no han merecido revisión. Se le otorga, eso sí, un relevo de tareas -aunque mediatizado- con la aparición de los inventos mecánicos y las “figuras automáticas” (robots) que mejorarían el paraíso casero.

10. Nadie dudaba de ese lugar de preferencia de Argentina en el mundo, pero aquí se trataba del liderazgo de la América del Sur que queda admitido con creces, y muy discretamente, sólo hace referencia a las ventajas poblacionales y al apoyo de las repúblicas ibéricas y latinas por simpatía “del corazón”. No entra en el tema racial, como solía hacerse en la época con total desenvoltura. Al mismo tiempo, su diseño es tan estrictamente positivista, que se tiene la impresión de que también él comparte el tema de la limitación del indígena, como rémora para el desarrollo. Peor todavía, en la omisión del tema y en la exaltación de la psicología como pesquisa de cerebros super inteligentes, es más evidente la razón de su silencio. Una prueba estaría en la Historia de América que hará conocer en 1910, en donde asienta la evidencia de que las áreas americanas con mayor presencia indígena son las más atrasadas, aunque no lo fueran durante la dominación hispana.

11. La situación del África, luchando por su descolonización efectiva, es decididamente más esperanzada -a la postre- que la diseñada para América, en donde el rigor del poder norteamericano ha sido el factor aglutinante en la definición del espacio y el poder. Por otra parte, el diseño de una Abisinia liberadora no deja de ser fantasioso y simpático a la vez en relación con el porvenir africano.

12. Vale reparar en estos silencios. Son significativos cada uno de ellos. Con Rosas hubiera debido definirse y adherir a los enfoques nacionalistas y tradicionalistas. En esos años publica José María Ramos Mejía el libro sobre Rosas, apoyado en fuentes orales, del que surge un personaje psicópata por lo menos. Con Roca, la mención de la ocupación de fronteras debía haberlo obligado a cotejar el país frente al diseño que ha trazado con una Buenos Aires satelital y extendida, ombligo de toda la vida argentina. Y también debía pronunciarse acerca de qué hacer con las poblaciones autóctonas (los indios) que quedaban en evidencia ante cada avance de frontera. Y de hecho, no hay ninguna mención al indio, como tampoco al criollo. En ningún momento, de modo que no puede ser más que deliberado, con todo lo que implica para la percepción de nuestra sociedad. Pellegrini, que como se dijo está en una situación de gran soledad, es un firme candidato posible para la elección que vendrá, de modo que el silencio sabe. Alem e Yrigoyen propician el voto generalizado y sin fraude, con lo cual están decididamente fuera del esquema utópico.

(*) Texto que forma parte de la compilación *Utopías*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.



Carta abierta

Sr. D. Juan Canter:

Mi muy querido amigo: En varias de nuestras conversaciones acerca de los futuros destinos de este país, al que usted ama con un ardiente y desinteresado patriotismo, por nadie superado, le he oído exponer deseos, que muy bien pudieran ser proféticos, acerca de la grandeza que ha de alcanzar un día la ciudad de Buenos Aires.

En este opúsculo-escrito en ratos que me dejaban libres harto menos gratas ocupaciones-he procurado traducir las ideas de usted, relativas á los esplendores que el porvenir reserva á la urbs magna, á la colosal metrópoli que ya merece hoy el nombre de Estrella del Sur, puesto que es la primera de las ciudades del hemisferio austral del mundo.

De usted son, pues, la inspiración y gran parte de los detalles de ésta que no me atrevo a llamar novela, pero que deseo vivamente sea una previsión de lo futuro, mejorada y depurada por la realidad de los hechos que siempre-en cierto sentido al menos-dejan muy atrás



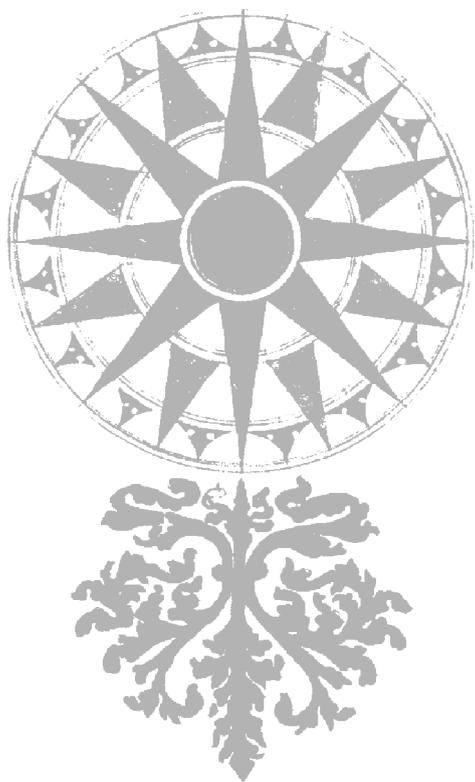
los escarceos fantásticos de los autores de utopías, forzados á girar dentro del círculo más ó menos amplio que permiten las inducciones basadas en los datos del presente.

Pero si la idea y aun el propósito de este librito son de usted, siempre dispuesto á nobles y geniales iniciativas, hay algo que yo debo reivindicar como mío y lo hago desde luego. Es mía la defectuosa ejecución de un plan que se prestaba á grandiosos desarrollos; son mías las deficiencias de imaginación y de estilo; y en cuanto al afecto entrañable que en estas páginas palpita hacia la República Argentina, y hacia la ciudad de Buenos Aires en que he pasado largos años de tranquilidad y satisfacción, ese afecto es mío también.

Dedico á usted La Estrella del Sur con el temor de que ha de hallar el desempeño demasiado inferior al asunto; y de que acaso lamente haber encomendado tan simpática empresa á quien tenía más voluntad que dotes para llevarla á término feliz; pero á la vez, con la seguridad de que hará justicia á mi buen deseo y á la fraternal amistad que le profesa,

Enrique Vera y González.

Buenos Aires, Octubre á Diciembre de 1903.



capítulo



Un viaje original

-Mi enfermedad-dijo Luis Miralta-es el tedio irredimible de todo lo real. Aborrezco la monotonía de la vida. Soy un hombre fatigado, concluído.

-¿Y por qué no un hombre que no ha comenzado aún?-preguntó Rao Haraontis, fijando en Luis, á través de los entornados párpados, una mirada de ésas que parecen leer como en un libro en el pensamiento del interlocutor.

-Porque mi existencia durante veinte años ha sido una disipación vana de facultades y de oro. Desde muy joven quedé abandonado á mis propias iniciativas y he sido un mal capitán de mi barco. He gozado, he sufrido, no mucho, pero sí muchas veces; he apurado todas las sensaciones, y aquí me tiene usted, antes



de cumplir los cuarenta años, sin energía y sin ideales á que consagrarla, dado el caso de que, registrando bien los repliegues de mi pensamiento, pudiera encontrar alguna. Quizá los placeres han agotado mi provisión de fluido nervioso; algo habrán ayudado mis desordenadas lecturas, mi aislamiento, resultado de los desengaños de la amistad y de mi prevención contra el matrimonio. He aceptado á la mujer como asociada de un momento: no la he resistido como amiga, ni la habría soportado como compañera de travesía en este aburrido viaje que hacemos por el mundo. Me pesó á mí mismo y tal vez me hubiera librado ya de la carga si no tuviese repulsión hacia el papel de verdugo, siquiera sea de mí mismo.

-Conozco bien esa situación moral-dijo Haraontis.- Nace de la protesta de las facultades superiores condenadas á la inacción por la rutina, por el respeto exagerado á la moda, por el temor de parecer diferente de todo el mundo, por el miedo á la crítica. Se hace, entonces, lo que los demás; pero se olvida que éstos pueden vivir satisfechos en un medio ambiente que no es para todos. Hay que buscar una atmósfera respirable ó resignarse á una eliminación lenta y oscura ó escandalosa y bárbara, pero en ambos casos deplorable; porque nada hay tan desairado como la negación de sí mismo, y si existiese la muerte, sólo serían merecedores de ella los suicidas que se matan ó se dejan matar.

-¿Y qué más da suprimirse de una manera ú otra si de todos modos se resuelve el problema de acabar con la melancolía?

-El que sufre puede gozar, el que siente hondas tristezas es un privilegiado, capaz de grandes alegrías. El que posee una fortuna puede invertirla mal ó bien; esto último es cuestión de tino; pero el pobre es como un artista sin pluma, buril ó pinceles. Usted es rico en sensibilidad: aprenda á gastarla.

-Desearía vivamente poderme apasionar por algo; pero temo que sea tarde. ¡Me han aconsejado tantas cosas! Cada doctor Pedro Recio me ha querido imponer un régimen distinto. Tónicos ferruginosos y fosfatados, privación de todo lo que hace tolerable la vida, ejercicio físico. Unos quieren que me case, otros que me dedique á esa gran vergüenza de la política..... los remedios son peores que la

enfermedad. En suma, desilusionado de médicos, juego la última carta y.....

-Acude usted al mago,-dijo con risueña expresión Haraontis.- Y bien; el mago le sacará de ese letargo funesto. No le impondrá régimen de ninguna especie ¡nada de tiranías caprichosas! por el contrario, tratará de aflojar las ligaduras que le oprimen. Soy médico, pero el estudio de la medicina no ha sido para mí sino un peldaño que necesitaba remontar en la escala de mis investigaciones. Si hay algo real en el universo es el espíritu, señor natural de toda la serie de apariencias inferiores á que llamamos mundo. Si hay un sueño, una ilusión, una sombra de sombras, eso es la materia, torbellino fugaz, engendrador de fantasmas que ya han dejado de ser cuando creemos darnos cuenta de su existencia. Todas nuestras sensaciones son recuerdos de lo que ya no puede reproducirse y todas nuestras esperanzas actos de creación, porque nada deseamos que no brote al conjuro de nuestro llamamiento en la región espiritual, y anhelar vivamente una cosa es más que tenerla. El poder vale poco al lado del querer, y nada existe que no sea la realización del sueño de un ángel ó de un demonio y, con frecuencia, de la pesadilla de un espíritu achatado. Sólo deberían soñar los espíritus delicados y superiores: verdad es que sus obras son las que más viven; pero los otros ¡abundan tanto!

Haraontis pareció ensimismarse mientras Luis, preguntándose interiormente si no tendría que habérselas con un insensato, le contemplaba reprimiendo con trabajo una pregunta de dudosa cortesía. Era, realmente, un hombre singular aquel adorador de Brahma, de facciones ligeramente bronceadas y de ojos avasalladores; aquel fervoroso adepto de los ritos sagrados, para el que eran familiares todas las prácticas del fakirismo y que parecía vivir ajeno á la realidad exterior, absorto en la contemplación de universos paradójicos. Poseía, sin duda, grandes riquezas; en el corto tiempo que llevaba en Buenos Aires se había hecho notar por su fausto y por las grandes sumas que donaba para fines benéficos, sin preocuparse indiscretamente de su inversión. Por mera complacencia había realizado en sociedad algunas experiencias sorprendentes, de ésas



que no pueden confundirse con juegos de manos; pero se había mostrado tan frío con las comisiones de doctores que acudían á interrogarle y asediarse á preguntas, como si quisieran pillarle en falta, que la opinión de los hombres positivos le era bastante desfavorable. Se le miraba como á un hábil tramposo que no quiere descubrir su juego. El parecía indiferente á esas apreciaciones, de que se daba cuenta, y como, por otra parte, á nadie pedía dinero ni buscaba medio de ganarlo; se le acogía con deferencia y distinción en los círculos sociales y era grandísimo el número de sus conocidos. Estaba en la gran metrópoli del Sur únicamente de paso; pero esta ciudad le había interesado hasta el punto de vencer su indiferentismo y la conocía tan bien que hubiera podido creerse que la habitaba desde muchos años atrás.

Luis le había saludado por primera vez en el Círculo de Armas. Allí el indio Haraontis dió pruebas de consumada maestría, que hubo de granjearle muchos admiradores. Contóse Luis Miralta entre los más decididos. Además, desde las primeras conversaciones que tuvo con el brahmino halló en él formas de razonamiento inesperadas, ideas que le parecían incoherentes y difícilmente comprensibles, pero que se apartaban mucho de lo vulgar y que á veces coincidían de un modo extraño con otras que habían cruzado como relámpagos por la mente de Luis cuando se entregaba á melancólicas divagaciones. Aquellas afirmaciones nebulosas y sofísticas, pero rotundas, como hechas por quien ha llegado á la posesión de la verdad y tiene bien asido de las greñas lo absoluto, sin temor de que se le escape; aquella especie de conmiseración desdeñosa hacia los métodos positivos de la ciencia contemporánea, que trata de sustituir los grandes ideales entrevistos por los antiguos con abstenciones misérrimas de todo lo misterioso, que llama *inconsciente*, ó con hipótesis mezquinas y antipáticas á estilo de los materialistas del siglo XVIII; la imperturbable seguridad con que Haraontis hablaba del espíritu como única sustancia real que anima el universo, infundiendo vida y conciencia á hombres, brutos, plantas y minerales; todo esto había impresionado y aun interesado vivamente á Miralta, no obstante creerse ya por encima de la elucubraciones filosóficas y religiosas, que le parecían

tristes recursos para entretener el tiempo. Por su parte el viejo brahmán, -viejo hay que llamarle puesto que confesaba tener setenta y dos años, aunque no representara edad fija,-mostró simpatía y aún pudiera decirse cariño á Luis al verle tan desilusionado, tan triste y abatido, cuando estaba en la edad más apropiada para el desarrollo y empleo de todas las energías. Hay hombres que parecen hundidos bajo el peso de un remordimiento abrumador y que, sin embargo, sólo pueden culparse de no haber hecho nada, y el indio, viendo en Luis á uno de esos hombres, ó sintió compasión de su debilidad ó creyó que era un buen sujeto para sus experiencias. Lo cierto es que se veían frecuentemente, hablaban largo y tendido y Luis, aunque tuviera sus recelos acerca de la integridad mental de aquel anciano de rostro imberbe y mirada de águila, que sucesivamente parecía un visionario, un aventurero, un profeta ó un charlatán, se iba sintiendo más fascinado por él cada día.

-Si usted consigue infundirme amor á la existencia, sea cualquiera el medio de que se valga,-dijo Luis-realizará un verdadero milagro.

-Entre milagros vivimos y para realizarlos no hace falta sino fé, -contestó gravemente el fakir.-Esa fé yo la tengo; es firme, inquebrantable y sabré comunicársela. Todos los dolores dimanen de la falta de una creencia; sólo puede sufrir el que no acierta á darse cuenta del por qué y para qué de las cosas. La vida parece entonces vacía y sin objeto; es una serie de angustias que hace desear el propio aniquilamiento, la destrucción de la conciencia. Los espíritus inferiores, casi vegetativos, no experimentan esas zozobras; pero á costa de ellas se asciende en la escala de los seres y sólo puede progresar el que, descontento de lo que le rodea, siente la nostalgia de un mundo más perfecto. Aspirar á más nobles formas de vida supone haberlas entrevisto siquiera sea vagamente, como las imágenes de un bello sueño que no se puede recordar. Usted no se siente con valor para unir su vida á la de una mujer, porque no ha conocido mujeres que encarnen el tipo de belleza moral, y acaso material, á que rinde culto en el fondo de su espíritu. Quizá esa mujer existe, tal vez no; pero usted la ama y no quiere abjurar de ese ideal. Por la misma razón vive aislado entre millares de conocidos, sin un solo amigo, y

huye de mancharse con el lodazal de la política, siendo en el fondo un amante, un amigo y un político depurado, pero reducido á la inactividad, á la inercia, porque no quiere ver profanados sus sentimientos, ni arrastrados por el suelo sus dioses. En resumen, es usted un *inactual*, un inadaptable á la realidad del momento, y su falta de acomodación obedece á que ha nacido usted antes del tiempo que le es adecuado, así como en otros consiste en que han nacido después. Tal es su dolencia, puramente espiritual, pues el cuerpo con sus centros nerviosos no es más que un amanuense, un ejecutor sumiso y fiel de las ordenes del alma; enérgico y vigoroso si esta lo és, miserable y enfermo cuando su amo languidece y le abandona. ¿Cree V. acertado mi diagnóstico?

-Por lo menos, nada encuentro que oponerle; pero no debe extrañar que me pregunte cuál es la eficacia de ese hallazgo. ¿De qué me servirá saber la enfermedad de que muerdo, si no hay remedio para ella?

-Es que ese remedio existe y yo le conozco.

-¿Cuál es?- preguntó Luis con un tono en que se traslucían á un tiempo excepticismo y ansiedad.

-Un viaje.

-¡Un viaje! Querido amigo; cuando los médicos, entre otras prescripciones, me indicaron ésa, yo había estado un poco en todas partes. He paseado mi desilusión á través de los mares y los continentes; he vivido ó dejado de vivir algo en las grandes capitales europeas, en tal cual punto de Africa, en la India y en el extremo Oriente. Me he sentido más fatigado que distraído; á cambio de impresiones gratas y profundas, no lo niego, he visto representar en todas partes la misma comedia del hostelero rapaz, del cicerone araña que explota y pone en ridículo al extranjero mosca, interrumpiendo sus más hermosas contemplaciones con su recitado trivial de guía del viajero de pocos alcances, he comprado al paso la horrible belleza venal y el doloroso ejercicio físico de los placeres sometidos á tarifa. Francamente, prefiero pasar la vista por relatos de exploradores ó por colecciones de paisajes. Me ha ocasionado usted una decepción más que regular, mi estimado Haraontis.

-Se anticipa usted un poco á mis juicios y esto prueba la vivacidad de su imaginación, pero no le permite darse cuenta de mi propósito. ¿De qué sirve cambiar de posición en la superficie del globo cuando el yo se encuentra á disgusto en sí mismo, única residencia que no puede abandonar ni aun á costa de cien muertes? No; yo estoy muy lejos de proponerle semejante bagatela; la agitación material más bien encona que cicatriza las heridas. La decoración más espléndida no endulzará la amargura de un corazón lacerado y el sótano más sombrío será un paraíso triunfal para el espíritu radiante de júbilo. Dejemos á un lado las excursiones por el espacio; quizá más adelante las ensayaremos con provecho y alegría.

-Pues entonces ¿qué es lo que usted me propone?

-Un viaje á través del tiempo-repuso sencillamente Haraontis, separando sobre un platillo de oro la ceniza de su cigarro.

-Entendámonos,-dijo Luis Miralta.-Conozco á V. demasiado para suponer que pretenda chancearse conmigo. Procuraré, pues, traducir su pensamiento. ¿Me aconseja V. que me distraiga siguiendo un curso de historia?

-Algo así; pero no historia leída, sino historia vivida. Quiero que V. haga más que leer ó que formar parte de un auditorio que tome nota de las explicaciones de tal ó cual profesor; quiero que presencie los acontecimientos y desempeñe en ellos la parte que pueda. Y para evitar nuevos equívocos, añadiré que no pienso en la historia del día, que nos dan hecha los periódicos y los rumores públicos á gusto de todos, menos de la verdad, ni me propongo transportarle al periodo de la dictadura de Rosas, ni al del coloniaje, ni á las épocas anteriores á la venida de los europeos. De todo esto nos ocuparemos acaso algún día y podremos así rectificar muchos datos que pasan por ciertos. A lo que le convido es á una excursión á través del porvenir. Quiero descorrer á los ojos de V. una página de lo futuro; hacerle ver y palpar lo que no ha concebido todavía nadie, ponerle en contacto con generaciones que, para los hombres del día, no son realidades ni capullos, ni siquiera gérmenes, sino meras posibilidades hipotéticas. Esos seres con quienes usted ha de codearse, no son, sin embargo, fantasmas; existen como nosotros, su papel en la escena de la vida

está marcado por leyes indeclinables y eternas, ninguno de ellos nacerá ó dejará de nacer por casualidad. Los musulmanes aciertan al decir que todo está escrito; yo añadiré que no es imposible sorprender algunas cuartillas no destinadas aún á la publicidad. Hay en esto una pequeña irregularidad, una especie de abuso de confianza de que se hace víctima al destino; pero yo tengo derecho á proceder de este modo tratándose de un hombre como usted, que no ha de limitarse á satisfacer en esta expedición sin ejemplo una vana é infecunda curiosidad. Y deje usted á un lado toda suposición de burla por mi parte: yo empleo mi vida en fines muy serios y la broma está desterrada de mi repertorio; no me es permitida ni por mi carácter, ni por mi religión. Me limitaré á decirle: Todo hecho es producto de antecedentes, todo cuanto sucede es á la vez efecto y causa, cada semilla da necesariamente su fruto y no otro; la libertad no es sino la intuición de los principios y de las consecuencias. El espíritu previsor concibe más ó menos claramente el porvenir, mientras el que vive sólo para el presente es como un ciego, y si no quiere ver más que el pasado, es como un muerto. Más allá de los previsores que limitan su potencia de observación á un reducido círculo de intereses materiales, están los videntes, los hombres de inspiraciones geniales á quienes los antiguos llamaron *vates*, y muy por encima de éstos, un número reducido de espíritus, dedicados durante largos períodos á un trabajo titánico de íntima elaboración intelectual y que, por la suprema renuncia de todas las exterioridades, llegan á enseñorearse del mundo y á elevarse sobre esas categorías del pensamiento, sobre esas condicionalidades, sobre esas apariencias engañosas que se llaman el tiempo y el espacio. Yo soy uno de esos hombres; no induzco, no infiero por analogías, no tanteo por presunciones: veo. Lo que para los demás no ha sucedido y tal vez no suceda, está patente ante mis ojos; puedo verlo y vivirlo. El tiempo es una gran abstracción, y el pasado, el presente y el porvenir, términos convencionales con los que tratamos de expresar ciertas modificaciones de nuestro organismo físico. Pero no hay que buscar la realidad objetiva de esos conceptos, que no son sino estados de conciencia, formas del pensar.

-No entiendo bien lo que usted me dice; todos esos razonamientos

me parecen extraños y declaro que escapan á mi comprensión, -respondió Luis.-Pero la proposición que usted me hace es tan sorprendente y anómala que, aun sin prestarla fé, porque esto sería superior á mi voluntad, la acepto desde luego. Reservaré mis juicios hasta darme cuenta del éxito de tan inverosímil prueba.

-Es todo cuanto le pido-dijo Haraontis.-No le exijo una fé previa, porque cada cual cree lo que puede. Cuando usted haya visto no cerrará los ojos á la evidencia; por el contrario, querrá instruirse más, el ardor inactivo que hoy le devora, tendrá ya objetos á que aplicarse y la vida, que actualmente mira como una carga enojosa, le parecerá un tesoro, un don celeste de que hay que ser avaro.

-No quiero objetar más; concluyeron mis reparos. La cuestión está planteada en tales términos que no hay más que dos soluciones: abstenerse de la prueba ó afrontarla. Me decido por lo último.

-Y su decisión quedará bien recompensada-dijo con solemnidad Haraontis.-Recibirá usted enseñanzas del porvenir, en vez de lecciones del pasado, que no cambia en lo más mínimo ni aun á costa de punzantes remordimientos. Hoy navega usted en un mar que le parece sin orillas, todo rumbo le es indiferente; pero cuando haya visto el puerto, ¿cómo no ha de dirigirse á él?

-Basta: ¿cuándo realizaremos la experiencia?

-Le dejo á usted dos días para despedirse del mundo. No le aconsejo que ponga en conocimiento de ninguno de sus amigos mi invitación, ni su propósito de aceptarla. Todo esto se aleja demasiado de las ideas admitidas y podrían surgir obstáculos graves que perturbaran nuestro proyecto. Si más adelante, una vez realizada la tentativa, cree usted que puede y debe hablar, hágalo resueltamente. Si juzga usted necesario buscar un pretexto cualquiera para explicar una ausencia de quince días, refiérase vagamente á un viaje imprescindible para un punto que le interesa ocultar. Creerán que se trata de negocios, de una sorpresa á cualquier deudor, y usted no disminuirá su personalidad con una mentira. No me vea usted hasta pasado mañana á las ocho de la noche. Cenaremos aquí; haremos nuestros preparativos y marcharemos; pues yo le acompaño.

-¿Debo traer equipaje?-preguntó Luis entre sonriente y turbado,

pues empezaba á imponerle la singular gravedad con que Haraontis encaraba el asunto.

-Absolutamente ninguno. Aunque iremos muy lejos, no hemos de movernos de Buenos Aires. Además, toda provisión de ropas y utensilios sería inoficiosa, pues no se trata de presentar á los ojos de nuestros descendientes un muestrario arqueológico. No me opongo á que venga usted vestido con la mayor elegancia como si acudiese á una recepción de buen tono; pero no he de ocultarle que envejeceremos de un modo tal, que nuestras más atrevidas previsiones indumentarias habrán pasado de moda por muy deprisa que lleguemos al término de la excursión. En cuanto al dinero, sería más que inútil, embarazoso. Y tampoco recomiendo á usted ninguna disposición especial de espíritu. Distráigase si quiere y puede y no torture su imaginación dando vueltas á lo que hemos hablado. Sea usted puntual; esto es todo.

Luis Miralta estrechó la mano que le tendía Rao Haraontis, salió á la calle y empezó á caminar maquinalmente. Le parecía estar flotando entre sensaciones indecisas.

-Locura ó verdad, experiencia inaudita ó sortilegio ¿qué me importa?-se dijo al fin.

-Hace mucho tiempo que no sentía una impresión tan profunda, y esto ya es algo.



capítulo



El pie en el estribo

Los dos días que le separaban de su inconcebible trasmigración, fueron para Luis como un soplo. No era más asequible á las supersticiones que cualquier otro hombre de su tiempo; se creía dotado de un espíritu positivo y aunque estaba muy lejos de ser un sabio, pues su bagaje científico se reducía á una carrera terminada quince años atrás y que no pensó nunca en ejercer, había leído aquí y allí lo bastante para poder hablar un poco de todo y no comulgar con ruedas de molino. Pero creía conocer lo bastante á su amigo el fakir para suponerle capaz de chanzas de cierta especie, que ni habrían tenido fin racional, ni quedarían sin consecuencias, pues Miralta era hombre poco dispuesto á tolerar incorrecciones. Seguro estaba

de que, fuese ó no posible la tentativa, el autor de la proposición iba de buena fé y esto era precisamente lo que más le preocupaba. En más de una ocasión vió al indio cruzar dos arillos de marfil de los que sirven para ceñir las servilletas y no pudo recabar la explicación de este fenómeno: una noche creyó verle también elevado sobre el suelo, sin que nada le sostuviera sobre el piso de la habitación, mas en uno y otro caso, así como en los de repentinas apariciones de ramilletes de flores, conversión casi momentánea de semillas en pequeñas matas que se cubrían de hojas misteriosas, creyó que se trataba de habilísimos escamoteos ó de alucinaciones pasajeras. Lo que más le había preocupado era el paso de un aro á través de otro en su propia habitación y con utensilios que el indio no podía haber trocado, pues eran de la propiedad de Luis y éste los había reconocido y dado mil vueltas, sin poder destruir aquel eslabonamiento incomprensible, que Haraontis formaba y deshacía á cada instante. Sin embargo, en todos los experimentos de esta índole parece que hay algo de juego de manos, mientras que un viaje á través del tiempo, era una empresa de la más alta espiritualidad, fundada en razonamientos que podían ser incomprensibles, pero no forzosamente absurdos. Luis recordaba que los teólogos de diversas religiones colocan á Dios por encima del tiempo, viéndolo todo en presente, como ser inmutable, y no le repugnaba concebir que el espíritu, de esencia inmutable también, pudiera ser, dadas ciertas circunstancias, independiente de lo que no es más que una forma de la duración, que una conciencia de ciertos cambios. Muchos filósofos antiguos y modernos, desde San Agustín á Kant, han escrito sobre esta cuestión sin aclararla; pero demostrando hasta qué punto pueden inducirnos á error los datos, siempre algo toscos, del buen sentido. En suma, la cosa valía la pena de ser ensayada y experimentada.

Si Luis hubiera sido más ignorante se habría emancipado de los indefinibles terrores que en estos momentos le aquejaban y que dominaba merced á un esfuerzo de su voluntad, puesta al servicio del amor propio. A no haber hablado éste, Luis habría escrito á su singular cicerone para dejar sin efecto lo tratado, porque sus esfuerzos para distraerse de aquella obsesión importuna resultaban ineficaces,

y aunque se había propuesto seguir su vida de costumbre antes de acudir *al andén*, lo cierto es que apenas había pensado en otra cosa que en el viaje y éste le inspiraba cierto miedo, no exento de atractivo; algo de la misma naturaleza, pero incomparablemente más intenso, que lo que había experimentado en los albores de su juventud, cuando por vez primera franqueó, siguiendo á experimentado amigos, los umbrales de una casa de mala fama. ¡Qué agitación de espíritu y qué palpitaciones de corazón, mientras tarareaba entre dientes una musiquilla para no pasar plaza de cobarde! Y del mismo modo se habría lanzado al asalto de una trinchera, sacrificando todos sus terrores al más violento de todos; hacer un mal papel.

Para engañar su desasosiego, empleó muchas horas de aquellos dos días en recorrer las calles y los suburbios de Buenos Aires, su ciudad natal, por la que sentía profundo cariño. Uno de los amores que habían flotado constantemente sobre la postración nerviosa de Luis era el de su tierra y sobre todo el de su patria chica. Lo mucho que había leído y oído contra el concepto de patria, pasión exclusivista que encasilla y recluye á los hombres por la fatalidad del nacimiento, haciéndoles perder de vista los intereses ámpliamente humanos, transigir con injusticias irritantes y promover guerras crueles, no había desarraigado poco ni mucho de su ánimo esa preocupación, culto respetable ó lo que fuere. Su opinión en este particular era que los sentimientos profundos y sinceros tienen su justificación y su fin en sí mismos y deben ser superiores al análisis que los desmenuza y, sin embargo, los deja intactos. No defendía, pues, con razones su amor á la patria, para no hacerlo materia discutible; si acaso, pensaba que debe haber algo de providencial en el hecho de que la heredad terrestre se halle dividida en parcelas, llamadas naciones, y de que no exista un trozo de suelo hacia el que no sientan profundo cariño una porción de seres humanos; de este modo nada queda sin atender y hasta los exclusivismos, rivalidades y emulaciones sirven para que el mundo entero vaya progresando y para que se aplique á todas las producciones materiales y morales del planeta el cultivo intensivo. Además, la dosis de afecto de que es capaz cada uno debe concentrarse de modo que produzca resultados perceptibles; un terrón

de azúcar puede endulzar el té contenido en una taza, pero ¿de qué serviría disolverlo en el mar Pacífico?

Luis, que amaba el hogar argentino sobre toda clase de razonamientos y teorías, puso fin cierta noche á una controversia que mantenían varios de sus conocidos, excesivamente modernistas algunos de ellos, con una frase que sonaba á reproche y que por eso se olvidó pronto. Corrían días de peligro, se habían expuesto ideas de un egoísmo tan descarnado que tal vez no fuera sincero,-pues no siempre son los hombres tan ruines como pretenden aparecer-y Luis exclamó: "Parece que hemos quedado conformes, por mayoría, en que no vale la pena de hablar de patria; ahora, ofrezcámonos todos á morir por ella". Y en efecto, ni uno solo dejó de inscribirse como voluntario, aunque por fortuna, no fué necesario pasar de ahí.

Ahora, cuando se aproximaba el momento de la cita con Haraontis, sentía Luis crecer su cariño hacia Buenos Aires, como si hubiese de perderla de vista para mucho tiempo.

-¡Extraño destino el de esta ciudad!-pensaba reclinado sobre el fondo de su carruaje, que le llevaba á través de las avenidas de Palermo.-Todo indica que sus fundadores no tenían la más leve intuición del grandioso porvenir que la estaba reservado. La establecieron como un resguardo, en previsión de una retirada forzosa en sus excursiones por las riberas del Paraná; una vez posesionados de algunos puntos del Paraguay abandonaron la naciente población á las incursiones de los indígenas y no se cuidaron de ir en su socorro ni de reedificarla hasta que el ilustre Garay, que aún no tiene su estatua, echó los fundamentos de esta inmensa obra. Quizá la emplazó en posición desfavorable, quizá llevado por el empeño de orientarla francamente hacia los cuatro puntos cardinales la perjudicó, sometiéndola á la influencia directa de los vientos Oeste y Norte, pero aquellos hombres de hierro eran poco delicados, no tenían nuestra sensibilidad enfermiza, y descubrimientos como el del curso del Pilcomayo, ante el que hoy se estrellan expediciones de dos países, eran para ellos juego de niños. Durante el siglo XVII arrastró Buenos Aires una existencia insignificante y penosa, todo se conjuraba en contra suya, se la negaba el pan y el agua, se la prohibía toda expansión

mercantil, como si hubiera el propósito de asfixiarla en la cuna. Vivió, á despecho de todos, porque tenía que realizar una misión grandiosa, como esos hijos desconocidos por sus padres, criados á la intemperie, sin más amparo que las rudas y á veces mortales caricias de la naturaleza y que más tarde han llegado á ser conquistadores de imperios. ¡Cruel infancia la de esta capital gigantesca, que á mediados del siglo XVIII apenas tenía doce mil habitantes y era una sucursal humilde, una hermana cenicienta de otras ciudades protegidas y orgullosas á las que hoy apenas aceptaría como arrabales! Reducida á un comercio irrisorio por la vía del Perú á través de centenares de leguas ó á las angustias del contrabando marítimo, comparable á una respiración furtiva y culpable, pero sin la cual sobrevendría en breve plazo la muerte, vivía, sin embargo; y es más, prosperaba como alentada por una invencible fuerza interior. Así como hay individuos que rodeados de todas las comodidades mueren anémicos y otros que resisten las intemperies, los golpes, las hambres y crecen fuertes y vigorosos, hay también ciudades de invernadero, moribundas desde que nacen, y otras que hallan en la lucha contra todo género de trabas y privaciones el secreto de una vitalidad elástica é invencible. De estas últimas es un ejemplo pasmoso Buenos Aires.

La creación del virreynato del Plata, reparación tardía y regateada de un perdurable agravio y de un tenaz error; tuvo efecto cuando Buenos Aires contaba ya con veinticinco mil habitantes, cifra notable para una época de desaliento colonizador, en que autores como Montesquieu afirmaban ser vana locura empeñarse en poblar territorios lejanos, pues los países colonizadores pierden vida y la semilla no prende en esos climas remotos. ¡Cuánto yerran los que miran como definitivo el presente!

Los cuarenta mil porteños que saludan el advenimiento del siglo XIX y á cuyos oídos llegan, aunque debilitados por una censura suspicaz, los clamores de libertad é igualdad surgidos de la revolución francesa, sienten ya en sus espíritus la confusa revelación de una época de grandezas, de que han de mostrarse dignos. Una inquietud misteriosa, una esperanza indefinible, una perspectiva de luchas homéricas hace latir con más rapidez los corazones. Los gloriosos

combates de la reconquista entusiasman á un pueblo niño que en el primer ensayo de sus fuerzas hace retroceder á un gigante; hay algo de conmovedor en esa ingenuidad con que Buenos Aires pelea contra ejércitos aguerridos, sin poder darse clara cuenta de lo formidable que era el enemigo á quien por dos veces ha derrotado. Pero esta maravillosa iniciación en la vida de los pueblos ha dado á conocer la existencia de grandes personalidades, que sirven de núcleos de pensamiento y acción. El pueblo de Buenos Aires, con su rudo bautismo de sangre, ha llegado á la conciencia de sí mismo y el 25 de mayo de 1810 se declara capacitado para regir sus propios destinos, gobernándose con independencia de la metrópoli; el arbolillo rompe en su poderosa expansión los tutores que le ceñían y que despues de haber dirigido su desarrollo, le oprimían y extrangulaban.

Desde ese momento, los destinos de la ciudad del Plata cambian de tal suerte, que la imaginación de un optimista no los habría concebido tan bellos. En medio de las peripecias, con frecuencia terribles, de una guerra de quince años, Buenos Aires, plaza abierta, sin más defensa que los pechos de sus hijos, no sufre un solo ataque y sin embargo los concita todos, porque de su seno brotan las expediciones libertadoras, es un sol que irradia oleadas de independencia á través del continente sudamericano. Por donde pasan sus improvisados ejércitos brotan pueblos libres; á la voz de sus caudillos las colonias se convierten en naciones, los virreynatos y capitanías generales en repúblicas democráticas. ¡Periodo de gloria inmarcesible, que sólo podría ser dignamente cantado por un poeta que reuniese la serena grandeza de Homero á la imponente majestad de Moisés y á la trágica energía de Víctor Hugo!

Más tarde, cerrado ya el ciclo de la independencia, Buenos Aires hace frente á tormentas pavorosas; durante largos años resiste el embate de los caudillos del interior y se ve oprimida por un hombre de hierro, carácter de los más inquebrantables y fascinadores que ha producido la humanidad; tal vez aborrecible, pero digno también de admiración, porque en él se condensan en grado eminente muchas cualidades ya buenas, ya funestas, pero grandes. Y en esa tremenda crisis Buenos Aires, que no puede renunciar á su gran significación

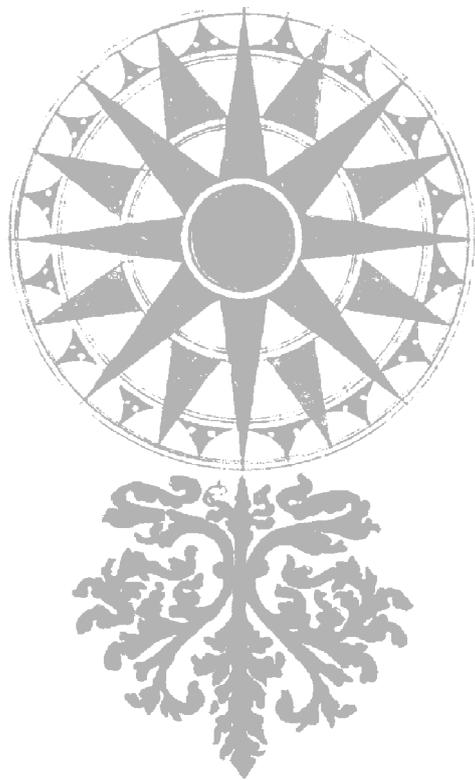
histórica, realiza á costa de su martirio la obra de la nacionalidad argentina y es el crisol en que se funden las más opuestas tendencias y aspiraciones hasta consolidar esta patria que, basada sobre elementos heterogéneos, llega á ser una de las más homogéneas y mejor cimentadas del mundo. Al contacto de la Atenas del Plata, mirada primero con celoso rencor y después con orgullo, los ásperos caudillos provinciales pierden su ruda fiereza y el gaucho por excelencia llega á ser un genial y profundo gobernador que, en un momento dado, simboliza la causa de América y á la vez que hace frente á dos poderosas naciones de Europa, está á punto de reconstituir para la Argentina los límites del antiguo virreinato.

Destruída, por fin, la tiranía de los caudillos provinciales y acordada, despues de otros diez años de lucha y oposiciones, una fórmula de armonía definitiva entre Buenos Aires y el resto de la nación, la marcha en pos de la grandeza material no se ha interrumpido un solo instante. Buenos Aires cuya población, casi estacionaria desde 1835 á 1852, era de 72.000 habitantes en 1855, pasó de 100.000 siete años despues; llegó á 170.000 en 1869, á 400.000 en 1880; á 700.000 en 1895 y hoy llega á 900.000 habitantes. Es la primera ciudad del hemisferio sur del mundo, la primera de habla castellana, la segunda entre las de raza latina; la tercera del mundo entero por su área superficial. Imposible haber previsto una prosperidad tan rápida hace cincuenta años. Su crecimiento parece irresistible y es ya un motivo de preocupación para muchos estadistas. Mientras la población del resto de la inmensa nación argentina parece detenerse, la de Buenos Aires sube y sube; ni los clamoreos de alarma, ni las medidas ensayadas para poblar los fértiles campos, ni las crisis determinadas por el exceso de afluyentes á la capital, bastan á detener los progresos de esa congestión monstruosa; el fulgente faro atrae cada vez con más fuerza á las mariposas ébrias de luz, y las que, con las alas abrasadas, huyen arrastrándose ó mueren, son sustituidas por otras y otras, fascinadas por el deslumbrante foco.

Al llegar aquí en el curso de sus pensamientos, no podía dominar Luis Miralta los embates de la tristeza. Esa vertiginosa ascensión-se decía-no puede continuar por mucho tiempo. Tarde ó temprano

llegaremos al límite: ¡quién sabe si lo hemos traspasado ya! Ardientemente deseo ver surcadas por el arado las fecundas llanuras de mi patria; quisiera que al conjuro de mi voz brotasen por todas partes colonias agrícolas, villas florecientes, centenares de ciudades; pero me llena de amargura la idea de que el progreso de Buenos Aires pueda detenerse, cambiándose en decadencia. Esta magnífica ciudad, en que todos los pueblos fijan sus miradas, este privilegiado rincón del globo en que tantos hombres, procedentes de los más remotos climas, comen el fruto del loto y como los compañeros de Ulises, llegan á olvidar su patria, ¿verá llegar en breve la época de su declinación? ¿Será un sol destinado á apagarse después de haber esparcido durante medio siglo tan intenso resplandor sobre el horizonte de la humanidad? Esta duda, que á cada momento veo expresada, me acongoja y me llena de melancolía. No puedo resignarme á creer que la prosperidad de la nación argentina exija el cruento sacrificio de este portentoso centro de animación, de vida, de labor y de estudio, de esta ciudad libertadora, generosa y opulenta, tan afanosa por asimilarse todos los progresos, tan ámplia de espíritu, imán de tantos deseos é ideal de tantas esperanzas.

Luis había llegado á la plaza de Mayo. Despidió el carruaje y como se aproximaba el momento de la cita se encaminó hacia el domicilio de Haraontis.



capítulo



En marcha

Exquisita fué la cena con que obsequió el indio á su huesped, y sobre exquisita, complicada. Los criados, del más puro tipo indostánico todos ellos, les servían platos delicadísimos, pero las raciones eran tan escasas que apenas empezaba Luis á tomar el gusto á cada manjar se le presentaba otro, aún más original y sabroso. Al fin, el contingente de platos llegó á ser tan grande que Miralta empezó á ceder al número, bien que declarase lealmente que no recordaba una cena tan escogida, ni tan llena de gratas sorpresas. Entonces le ofrecieron conservas indias de perfume encantador y un café balsámico de que Haraontis poseía la receta.

-Observo-dijo Luis-que toma usted con un brío incomparable el desquite de

sus largos años de fakirismo.

- Necesito hacerlo así - respondió el mago-porque mi actual viaje por el mundo me obliga imperiosamente á éstas y otras exterioridades que, por lo demás, me son indiferentes. Los sacerdotes de mi secta, despues de haber luchado hasta conseguir que el organismo sea un esclavo incondicional del alma por medio de austeridades y privaciones que á la generalidad de los hombres parecerían increíbles, como pasar horas y días en actitudes molestas, concentrarse hasta perder la conciencia del mundo exterior, hacer por un esfuerzo sostenido de su suprema voluntad que el espíritu abandone la cárcel del cuerpo y obligarle á volver a ella; permanecer enterrados varias semanas, y otros ejercicios de esta índole, podemos y aún debemos invertir la naturaleza de las pruebas, demostrando á los demás y á nosotros mismos que un espíritu poderoso multiplica la flexibilidad orgánica y exalta la vitalidad hasta límites que no pueden alcanzar los atletas más robustos. Damos á nuestra envoltura corpórea toda la elasticidad de que es susceptible, acrecentando la fuerza de los centros nerviosos; debemos poder en todo más que todos y la base de este edificio es la gimnasia espiritual. Eso que los franceses llaman *sumenage* es para nosotros el principio del principio, el vencimiento de las resistencias más elementales. Nunca creemos demasiado intenso un trabajo, porque la intensidad elevada á un gran potencial es la forma propia de la verdadera vida, y merced á ella un minuto se puede convertir en un siglo, mientras que la existencia maquinal del hombre rudo y sin ideas, equivale al despilfarro de un siglo, cambiado en un minuto.

-¿Qué más da, si la vida es eterna y siempre queda tiempo sobrado por delante?

-Si la vida es eterna, también lo es la posibilidad de ser más perfecto cada vez, y el tiempo malgastado en las zonas inferiores es un cultivo inútil del dolor. Si usted pudiese calcular las ventajas internas y exteriores de todo ascenso bien ganado, vería que las distancias interestelares apenas dan idea de las que se abren entre un ser ansioso de progresar y otro apático, que se deja llevar á remolque. Estos adelantan sólo por corrientes de inducción; su estructura interna se modifica de fuera á dentro con una lentitud desesperante; son la muchedumbre, el coro, el bloque en que el escultor traza la figura, la sustancia blanda y amorfa en que imprimen

su huella los que la tienen; el elemento propiamente femenino de la vida, vegetativo, indiferenciado, esbozos de hombres, necesitados de un Prometeo que les galvanice con el fuego robado á los dioses.

-Renunció á luchar con usted; pues aunque se me ocurren muchas ideas que oponerle, hay algo que me dice que son falsas. Y ¿á qué negarlo? Yo mismo soy cómplice en el desmoronamiento de mis resistencias, porque ese modo ultrafantástico de concebir el mundo y la vida, lisonjea deliciosamente al loco de atar, soñador invencible ó altísimo poeta mudo que siento muy dentro de mí.

-Bien, amigo Miralta, así me gusta oírle, ya empezamos á entendernos y estamos en las mejores condiciones para dar comienzo á la formidable travesía. Kalidasti, tráenos tabaco brahmínico, y dejadnos hasta que yo llame. Y usted, mi buen compañero, permítame que le sirva de guía. Vamos á pasar á lo que un francmasón llamaría la cámara de las meditaciones.

La habitación que el brahmán acababa de bautizar con ese calificativo, distaba de tener apariencia lúgubre. Estaba tapizada de rosa pálido, la sillería era de terciopelo rojo y á un lado y otro de la chimenea veíanse dos hermosas estatuas coloreadas, á las que el artífice había sabido dar tal expresión que parecían seres vivos. La de la izquierda representaba un anciano de lengua barba blanca, con el rostro surcado de arrugas y crispado como bajo la influencia de alguna preocupación dolorosa; tenía en la mano derecha un reloj de arena casi lleno en la rama inferior del cono y próximo á quedar vacío en la superior; á corta distancia estaba un fénix colocado como en un lecho de reposo sobre un haz de ramas que parecía en ignición. Al pie de la estatua había una inscripción en caracteres misteriosos, que tradujo Haraontis: *Sufrir para vencer; morir para vivir*. La estatua de la derecha representaba un joven de tez ligeramente bronceada y de soberbia hermosura: una fuerza indomable se traslucía en el brillo singular de sus ojos negros que miraban hacia lo alto; la mano izquierda se apoyaba sobre el pecho y la diestra sostenía un martillo; la leyenda de esta figura era: *Los ojos en el cielo, en la tierra los pies; crea sin cesar, vive intensamente*.

Haraontis y Luis se habían reclinado en dos cómodos sillones, entre los que se alzaba una mesita de una extraña piedra translúcida, de

cambiantes reflejos irisados, en que la imaginación sobreexcitada de Luis parecía vislumbrar paisajes maravillosos y figuras de hombres y mujeres pertenecientes á una raza superior. Kalidasti les sirvió en copas de forma quimérica un licor que parecía rubí fundido y que producía un efecto delicioso como si se absorbiera un fuego suave y acariciador de imponderable dulzura, que nada tenía de común con los avances de la embriaguez. Por fin, el cigarro que Haraontis había llamado tabaco brahmínico, era de color verdoso y no presentaba la menor analogía con ninguna de las clases de hoja que Miralta, gran fumador, había probado; pero era tan singularmente agradable que lo aspiró con afán, declarando que nunca había sentido tan inefable deleite. Pero mientras hablaba parecía que sus palabras venían de muy lejos y que un sopor extraño se apoderaba de él. Su espíritu empezaba á desligarse de los lazos corporales; parecía sentir una lluvia torrencial de ideas imposibles de traducir en palabras. Haraontis fijaba en él una mirada tenaz, implacable, imperiosa como si quisiera fascinarle, y Luis, un tanto impaciente y humillado por la imposición violenta y continúa de aquella voluntad avasalladora, hizo un esfuerzo para levantarse y formular algo como una expresión de resistencia y protesta; mas apenas consiguió extender débilmente las manos, como intentando rechazar un fantasma. Este esfuerzo agotó sus energías y el último resto de su libre albedrío fué una idea ridícula que le hizo crispár los labios como para sonreír desdeñosamente. Comparó su situación actual á la de una dama que cede á los apremios de un seductor á quien hubiera querido reducir á las torturas de un deseo voraz y sin esperanza.

Mas este pensamiento vulgar, resabio de las costumbres mundanas, en que los conceptos se arrastran en los subsuelos de la imaginación como en su ambiente normal, se extinguió enseguida y Luis creyó que su espíritu se libertaba de un sedimento pesadísimo de impurezas que hasta entonces le había impedido marchar, convirtiendo sus impulsos más vigorosos en un penoso arrastre de algunos milímetros. Ahora se sentía dispuesto, ágil, podría volar sin esfuerzo.

Haraontis, en pie junto á él, señaló la estatua del viejo. Este se había incorporado y vuelto al revés el reloj de vidrio. El ave fénix agitaba sus alas entre las llamas que la envolvían; enrojecida como un metal candente se agitaba en un vértigo de felicidad.

Luis se puso en pié y siguió al indio, que abriendo una puertecilla disimulada en el muro, le hizo marchar largo rato á través de un estrecha galería, terminada por un espejo metálico. Miralta se vió representado allí de un modo singular, pues sin dejar de ser él mismo parecía envejecer por momentos, como si sus facciones se desvanecieran gradualmente. Sus cabellos encanecían é iban desapareciendo; el rostro presentaba los caracteres de la vejez; de pronto aquella imagen le dirigió una sonrisa y se disipó como un sueño.

Profundas tinieblas rodearon á Luis y sintió que le asían de la mano; pero se hallaba en tal situación de espíritu que nada le parecía sorprendente y ni siquiera pensó en preguntar á dónde iban y cuál era el objeto de todo aquello. Creyó, sí, que el espejo había girado sobre sí mismo y que iba descendiendo por otra galería más estrecha que la anterior. El descenso era muy rápido, mas no le causaba la menor molestia, quizá chocaba contra las paredes, pues tenía la impresión indefinible de sensaciones de rozamiento, humedad y frío; pero tan atenuadas como si los sentidos perdiesen su materialidad. Le pareció que ya no era sino una sombra conducida por otra y le habría sido imposible apreciar la duración de aquella travesía; hubo un momento en que quiso hablar, pero comprendió intuitivamente que no tenía órganos vocales y sólo podía modular ideas.

Vió, como en una especie de sueño que no lo era, un vasto jardín; un cielo con nubes, entre las cuales apareció un momento el astro de la noche, derramando su pálida luz sobre monumentos funerarios. Delante de él voltigeaba una llamita de variados colores, que le parecían enteramente nuevos é inesperados, pues jamás los había visto ni siquiera concebido; pero la idea de que los matices del arco iris no fueran sino una débil vanguardia de las tonalidades posibles de la luz no le causó la menor sorpresa. El mismo era un vago torbellino luminoso, de matices tan inconcebibles como los de cualquier color primitivo para el ciego de nacimiento. La flámula que le guiaba revoloteó como una mariposa muy cerca de un pedestal, en que Luis pudo leer este fragmento de inscripción: «de abril de 1926. Defendió con abnegación la honradez y la justicia. -Rechazó todo cargo público. -Hizo el bien y arrostró las persecuciones y la calumnia.-Imitemos su ejemplo.» No pudo ver el comienzo de la leyenda; pero la luna bañó un momento con su luz la estatua de bronce que en

actitud arrogante parecía erguirse sobre el pedestal, y entonces Luis experimentó por vez primera una sensación bien determinada de asombro que se tradujo en una sacudida trémula y en algo que podría llamarse el fantasma ó reminiscencia ideal de un sollozo.

Todo aquello se perdió en la sombra mientras él, que ya no era Luis Miralta, sino la conciencia íntima y profunda de un ser individual, susceptible de infinitos nombres, que nada le podrían añadir ni quitar, ascendía de un modo penoso á través de un ambiente pesado, quizá un líquido muy denso, acaso una masa supersólida á través de cuyos poros se iba elevando como atraído por un impulso superior, si bien con extremada fatiga, como el que falto de fuerzas no tuviese más remedio que emprender una subida interminable. Pero á la vez tenía la impresión de que en aquella especie de filtro invertido iba dejando fragmentos que sin formar precisamente parte de su ser, estaban á él tan íntimamente adheridos que no se desprendían sin angustioso trabajo, produciendo simultáneamente una sensación íntima de desgarramiento doloroso y de liberación inefable. Recuerdos y afectos terrenales que le abrumaban, intereses y preocupaciones de la vida, todo esto iba desapareciendo gradualmente y á medida que rompía esos lazos sentíase más dueño de sí, más independiente y sereno. Al fin la opresión que le fatigaba se disipó como una angustiada pesadilla y se sintió desprendido de la tierra, como flotante en un medio sutil que le envolvía como una ténue caricia. Vió nuestro mundo semejante á un globo plateado, iluminado en parte por el Sol y sumergido también parcialmente en una penumbra confusa, á través de la cual percibía los más insignificantes detalles. Pero las sensaciones visuales de esa llamarada viviente nada tenían de común con las que nos suministran los ojos; más bien podían compararse á las percepciones de un sueño, infinitamente más claras y fuera de las leyes de la perspectiva. En efecto, podía contemplar á la vez toda la superficie terrestre y aún la parte interior del planeta, como si lo mirase á la vez desde muchos puntos diametralmente opuestos. Poco á poco fué abarcando también simultáneamente la Luna, Venus y Marte, Mercurio y el Sol, Júpiter y Saturno, Urano, Neptuno y otros planetas más lejanos, en todos sus aspectos; y aunque sus conocimientos en geometría no eran muy vastos, creyó poder explicarse tan singular fenómeno admitiendo

que su espíritu, al abandonar la tierra, no había seguido una dirección determinada como piedra lanzada de la honda ó corpúsculo impulsado ó atraído en la prolongación de un radio cualquiera, ¿por qué razón en un sentido y no en otro? ni siquiera se había entregado á los caprichos ó vacilaciones de una voluntad indecisa ó perpleja, sino que, sin necesidad de ascender ni descender, ir á la izquierda ó á la derecha ó tomar un rumbo oblícuo-si es que estos términos podían entonces significar algo-se extendía en todas las direcciones por una fuerza de expansión irresistible, como un gas que ha escapado del vaso que le contenía y que necesariamente ha de dilatarse y crecer en todos sentidos hasta que las presiones del nuevo medio en que se halla le obliguen á limitarse y adquirir cualquiera forma, siquiera sea la más paradógica y complicada. Mas en este caso, la densidad del ambiente parecía ser infinitamente pequeña, de modo que *él* crecía y crecía sin cesar como una esfera cuyos radios se extendieran triunfalmente, buscando en vano barreras que pudiesen contenerlos. Envolvía suavemente las estrellas y los planetas que hallaba á su paso sin que se interrumpiese aquel ensanchamiento indefinido de su ser, aquel sueño realizado de dominación universal, en que millones de millones de astros y series de cielos, que nunca serán vistos desde la tierra, eran ya menos que glóbulos sanguíneos de su personalidad desbordante y conquistadora. Este viaje omnilateral por el océano etéreo, fluido hasta el punto de que la emanación más rarificada, el aroma sutil ó la radiación lumínica más ténues parecerían á su lado bloques densísimos, le causaba una satisfacción imposible de expresar, un placer de que no podría darse idea con ninguna de las metáforas del vocabulario humano; era aquello un triunfo ante el que se eclipsaban las alegrías delirantes de todos los vencedores, cualquiera que fuese el género y la importancia de sus conquistas. Comprendía entonces que las palabras *depresión* y *exaltación* con que en el mundo se califican respectivamente la tristeza y la felicidad, son presunciones de un hecho cierto, y que no hay criatura que no trate instintivamente de agrandar los moldes á que se ajusta su ser, por que todo límite es una privación de dicha. Aquella voluptuosidad sobrehumana, aquella locura de un átomo convertido en océano radiante era la verdadera vida, la vida libre, desbordante y sin condiciones; la victoria sobre el tiempo y el espacio.

Mas no puede haber victoria completa cuando se lucha con el infinito. De un modo confuso al principio, claro y evidente luego, comprendió *él* que el desbordamiento de su personalidad se paralizaba bruscamente. Su mar tenía un cauce insalvable, reconocía un *non plus ultra*. «Los espíritus,-pensó,-son grandes condensaciones de energía; cuando ésta se ve aprisionada en el organismo se reduce casi á un punto matemático; al quedar libre del cuerpo por la acción misteriosa de la muerte, sufre aún las presiones formidables de un ambiente relativamente denso y grosero como la atmosfera; luego se diluye en el éter, sustancia ultragaseosa, levísima, casi imponderable; crece en todos sentidos hasta que llega á ponerse en equilibrio con la presión de este medio y entonces cesa inevitablemente su desarrollo. Cada espíritu tiene su coeficiente de energía, su capital adquirido y cuanto mayor sea éste, tanto más grande será su posibilidad de dilatación. El calor, la luz, la electricidad están sometidas á esta misma ley. Yo he llegado á un límite que podré ampliar mediante nuevas encarnaciones, dando más intensidad á mi espíritu con el temple y vigor que le haga adquirir en sucesivas luchas. Ahora me recrearé contemplando todo lo que puede ser abarcado por mí. Es mucho, pero aspiro á más.

A la vez que saciaba su curiosidad, atraída continuamente por espectáculos admirables, en cuya explicación no podía ir más lejos de lo que le permitían los conocimientos acopiados en sus encarnaciones anteriores, ninguno de los cuales se pierde, iba recordando, vagamente al principio y luego con mayor claridad, la serie de sus existencias. En la Tierra había tenido varias y en los veinte años de la última su progreso moral é intelectual fué muy grande. Ahora comprendía de un modo evidente que la razón de ser de las humanidades que en cierta época pueblan los diversos mundos es un plan cósmico, pues los seres inteligentes, impulsados por las necesidades de una vida social cada vez más compleja, llevan á cabo modificaciones de inmensa trascendencia en los astros que les sirven de morada, desempeñando un papel comparable al de los microbios, que determinando la nitrificación, fertilizan las tierras permitiéndolas sustentar el imperio orgánico. El espíritu es una propiedad universal de cuanto existe; todos los seres, hasta la molécula más impalpable, tienen conciencia más ó menos vaga de sí mismos y esa conciencia

se fortifica y se hace más intensa por medio de asociaciones que tienden á engrandecerse sin cesar, no de otro modo que la materia cósmica tiende á formar nebulosas que se resuelven en astros. La muerte no es más que un momento de la evolución, un procedimiento necesario para dar al mismo núcleo de fuerzas un aspecto más adecuado, ya sumándole nuevos elementos, ya restándole los que no había podido reducir á unidad superior, por un trabajo incesante de organización íntima. Son posibles, pues, los retrocesos ó evoluciones regresivas y en este caso hay que dar comienzo á la tarea bajo un plan mejor concebido. El yo es una confederación de personalidades minúsculas que adquiere la conciencia de la personalidad superior en una serie de luchas contra el medio ambiente; cada victoria es una excelente preparación para conseguir otra más importante; pero en todo caso la perfección exige una constante vigilancia, un trabajo que cuanto más se ejercita es menos penoso y puede llegar á convertirse en una función incomparablemente grata. Hay espíritus que pierden millares de existencias en tanteos inútiles ó que se abandonan á la vida vegetativa; éstos se estacionan: progresan con una lentitud que les parecería desesperante si pudiesen formarse idea de su situación; pero los grandes deseos de mejorar no acompañan sino á los, que están destinados á ir adelante y sufren por la necesidad de irse creando los órganos que les faltan para convertir en realidades sus aspiraciones. La renuncia del sufrimiento y de la lucha, el indiferentismo, la pereza y el suicidio determinan el achicamiento de la personalidad, y si continúan predominando, producen la resolución del yo en elementos simplicísimos, pero nunca le aniquilan del todo, porque la conciencia es inseparable de la naturaleza, y las rocas, las plantas, los mismos astros la poseen. Lo que se ha llamado el éter, realiza la suprema expresión de la conciencia universal, reúne todos los atributos que en la divinidad han supuesto los teólogos y otros muchos que no han llegado á concebir. Para formarse una débil idea de lo que es Dios hay que recordar lo que es la patria, para cada uno de los que la forman y la humanidad para cada pueblo, pero todo ello transportado á una escala incomparablemente más grandiosa. La ascensión del espíritu no puede terminar nunca, porque cada cielo, por hermoso que pueda parecer al que no lo ha conseguido es menos bello que otros, y el deseo de estacionarse eternamente en uno

cualquiera no es más que una ilusión de la fatiga, un espejismo engañoso á que se renuncia con placer en cuanto se han recobrado fuerzas por el reposo. Esta constante aspiración á formas de vida cada vez más nobles, intensas y depuradas es todo lo contrario de la decepción y el desencanto, pues cada existencia superior colma con creces las esperanzas del que ha sabido merecerla y sólo le parece insuficiente cuando ha penetrado su secreto y agotado su fórmula. Para ello es preciso no dormirse sobre los laureles y buscar á cada paso mayores obstáculos que vencer, pues los espíritus inferiores del universo son celosos de toda superioridad y tratan de aminorarla; pero se plegan gustosos al dominio y guía de los verdaderamente fuertes.

Después de un prolongado éxtasis en el seno del infinito, el espíritu del que en la tierra se había llamado Luis Miralta sintió la necesidad de concentrarse y de animar un nuevo organismo para fortalecer algunas de sus energías morales. Podía elegir entre un sinnúmero de encarnaciones adecuadas á su coeficiente de progreso, mas las equivocaciones vanidosas exponen á dolorosos retrocesos de la personalidad y ya por comunicaciones con otros espíritus, ya por sus propios impulsos, optó por una misión de sufrimiento en un mundo poblado por una humanidad feroz y ruda cuyos sentimientos se propuso dulcificar y elevar, aun á costa de tremendos martirios. Sabía que el plan universal exige la pérdida de la memoria de las vidas anteriores en el espíritu que ha de afrontar una encarnación nueva. Prescindiendo de las razones de orden fisiológico que hay para esto, sería insostenible la carga moral de innumerables recuerdos sin aplicación al presente y que abstraerían por completo las facultades mentales, convirtiendo cada existencia en una serie de actos maquinales y en lamentaciones desesperadas de una nostalgia infinita. Desterrados perpetuos, con la memoria fija en muchas patrias y en la prodigiosa multitud de seres amados de quienes un destino cruel nos separaba por aterradores abismos, ¿cómo habíamos de interesarnos por la vida actual? Conviene que ésta sea una especie de sueño, con reminiscencias y esperanzas que no lleguen á la total certidumbre. En todo caso las energías latentes del espíritu se impondrán, manifestándose en forma de vocaciones, aptitudes, modos especiales de pensar y sentir, fuerza de carácter y elevación de aspiraciones. Cada uno será lo que

puede y merece ser, dados sus antecedentes, que no serán menos reales por quedar pasajeraamente velados. Habrá tentaciones que vencer y el resultado de la prueba será el aumento de la intensidad espiritual ó una desmembración más ó menos considerable de su poder; cambios simbolizados por los cielos é infiernos de muchas religiones.

A este paréntesis, voluntariamente doloroso, precedió una singular turbación, acompañada de la restricción del espíritu á sus antiguos límites; el océano inmenso se redujo casi á un punto. Pero el resultado de la experiencia fué en definitiva satisfactorio; cruentos dolores, noblemente aceptados, determinaron un triunfo de gran valía. Los descendientes de los que desconocieron y martirizaron á un ser generoso, han utilizado sus máximas y ellas germinan en los corazones, como semilla de bendición.

Cuando *él*, después de apreciar los progresos conseguidos, pudo recordar ampliamente y elegir otra morada transitoria, se dirigió una vez más á la Tierra, impulsado por afectos dulcemente imperiosos. Hay patrias que el espíritu recuerda siempre con amor.

capítulo



La llegada

A principios del mes de mayo del año 2010 de la Era Cristiana, el Intendente de Buenos Aires, Sr. Renato de Villena, recibió la visita del ras Ayub y de Yezid-Bajá, emir de Kordofán y pariente del Sultán de Abisinia. Viajaba el emir de Kordofán de incógnito, acompañando á su sobrino el príncipe imperial Ayub, á quien el muy poderoso y magnífico monarca de Abisinia, Etiopía, Sudán y Nubia, quería preparar á las tareas del gobierno, haciéndole conocer las maravillas de la civilización universal. El soberano, por su parte, no había querido salir nunca de sus vastos dominios, en que se hallaba muy á gusto y que ensanchaba cuanto le era posible, aprovechando las rivalidades de Francia é Inglaterra que, muy decaídas de su antiguo esplendor y sin poder acallar sus

rivalidades, luchaban penosamente por mantener su predominio en la mitad septentrional del Africa, mientras en el Sur y el Centro de este continente surgían imperios y repúblicas potentes, aferradas aún al tipo de gobierno militar que tendía á desaparecer en el resto del mundo, aunque todavía se conservaran vestigios de aquel sistema en algunos países de Asia y Europa.

El Intendente había tenido conocimiento de esa visita por un despacho telegráfico que le fué dirigido en la mañana anterior desde San Luis del Senegal y que, en señal de deferencia, había sido escrito por los citados personajes y reproducía exactamente su carácter de letra. Estas reproducciones autográficas por medio de corrientes de electricidad modificadas por el selenio, eran de uso muy frecuente y tenían un significado especialmente amistoso. El despacho, escrito en un papel impregnado de ciertos agentes químicos que dejaban paso á la electricidad en toda la extensión del pliego, menos en los puntos cubiertos por la tinta en el original, llevaba al frente los retratos de los expedidores, delicadamente marcados en colores sobre fondo verde pálido. Como el viaje entre el Senegal y Buenos Aires, no obstante la detención de dos horas en Río de Janeiro, duraba entonces, minutos más ó menos, medio día, los príncipes musulmanes debían estar en la gran metrópoli del Sur desde la noche anterior.

En aquella época los medios de comunicación habían progresado extraordinariamente; la utopia de la supresión del espacio, en cuanto supone una dificultad para las relaciones humanas, estaba cerca de convertirse en un hecho. En este aspecto de los adelantos materiales, como en otros varios, el siglo XX había cumplido con tal usura sus promesas, que era común, sobre todo entre los físicos, hablar del siglo XIX como de un periodo de barbarie en que la humanidad apenas empezaba á deletrear el alfabeto científico. Achaque de todos los tiempos es juzgar con cierto desdén á los anteriores, y el comienzo del siglo XXI distaba de ser una excepción de esta ley; por el contrario, la moda imponía una especie de aversión á las tradiciones y se pintaba con matices tan sombríos lo pasado, que sólo algunos espíritus independientes ó paradójicos tomaban á gala el convertirse en sus panegiristas.

Justo es confesar que los progresos científicos é industriales, ya que

no justificasen tan excesivo orgullo, lo explicaban en gran parte. Los motores terrestres y marítimos, estos últimos, en su mayor parte eléctricos, y provistos de poderosos acumuladores, con carga suficiente para el trayecto, avanzaban sin dificultad á razón de 500 á 600 kilómetros por hora y aún se trataba de obtener mayores velocidades para hacer frente á las exigencias del comercio y á la impaciencia de los mismos viajeros, á muchos de los cuales parecía demasiado largo el plazo de 30 horas que invertía el tren expreso de Nueva York á Buenos Aires, las dos mayores ciudades del mundo.

Estas rapideces vertiginosas se habían logrado mediante un ingenioso sistema consistente en neutralizar el peso de los vagones por medio de una serie de electroimanes potentes colocados en la parte inferior de cada coche y que levantaban el plano de las ruedas hasta la altura indispensable para que el rozamiento y carga sobre los rieles quedaran reducidos á poco más que cero. De este modo la fuerza impulsiva del motor, cualquiera que fuese la naturaleza de éste, se invertía casi toda en el arrastre horizontal y los ingenieros estudiaban nuevas combinaciones para llegar al desideratum de los mil kilómetros por hora, que ya no parecía inverosímil. Se aprovechaban todos los manantiales de fuerza; el mismo movimiento de los vehículos era utilizado en gran parte por conmutadores y alimentaba la energía de los electroimanes de los vagones, grandes como edificios de varios pisos y que soportaban cargas inauditas; de modo que un tren de mercancías parecía una calle en movimiento. La radiación calorífica del sol y la fuerza de atracción lunar, manifestada en la producción de las mareas, comenzaban á ser aplicadas á la industria por medio de aparatos cada vez más remuneradores, pero aún se obtenía un partido relativamente escaso de esas fuerzas inagotables, llamadas un día á transformar por completo la faz del mundo, reduciendo todas las máquinas conocidas á juguetes de niños. El alcohol, obtenido á precios ínfimos en cantidades prodigiosas; el petróleo, fabricado sintéticamente por medio de la reacción de ciertos metales sobre los hidrocarburos, y por fin, gran número de productos explosibles, habían sustituido con ventaja á la hulla, que apenas se empleaba sino en las pequeñas industrias. La generalización de los motores mecánicos había emancipado á los animales domésticos de la esclavitud del tiro y del yugo y sólo montaban



caballos los habitantes de las comarcas muy alejadas de los centros de población. También se había borrado todo vestigio de las bicicletas, tan generalizadas un siglo antes y que exigían una constante producción de fuerza humana y la adopción de actitudes molestas. En cambio, era grande la variedad de automóviles de todas clases, desde los capaces para muchas personas, hasta los propios para una sola, muy ligeros y que podían replegarse de modo que ocuparan muy poco espacio. Los había de bolsillo, semejantes á patines y provistos de dos ruedecillas ó de una sola central; permitían caminar hasta 20 kilómetros por hora los primeros y más de 30 los segundos; pero eran incómodos y únicamente los usaban las gentes humildes. Por fin, existían grandes máquinas voladoras, con velocidades regulares (200 á 300 kilómetros por hora) y se ensayaba el uso de otras más pequeñas y de aparatos voladores individuales, que hasta entonces habían dado poco resultado y producido algunas desgracias.

Hecha esta digresión, que hemos creído conveniente para explicar la rapidez del viaje de los dos nobles abisinios, dedicaremos algunas palabras al protagonista de esta parte de nuestro relato.

Renato de Villena, á quien había cabido la honra de ser elegido Intendente de la más complicada de las ciudades del mundo para el ejercicio de 2010, contaba en la actualidad algo más de 50 años y figuraba en el libro de oro de los característicos ó diferenciados superiores, en la categoría número 31, sobre la cual no había sino dos series de capacidades geniales muy difíciles de llenar y que de hecho estaban casi siempre en blanco. Esta clasificación por coeficientes personales habíase introducido en el segundo tercio del siglo XX, merced á los progresos de las ciencias antropológicas y descansaba en una serie de datos suficientemente aproximados acerca del potencial de las energías psíquicas de cada individuo. La psicología experimental, enriquecida con un número prodigioso de observaciones concienzudas, había revolucionado los ciencias médicas y permitía inducir, con una exactitud que siglos antes hubiera pasado por hechicería, la fuerza moral y mental de cada sujeto de observación. La inmensa mayoría de los sometidos á este examen, casi tan rápido como las mediciones externas de la antigua antropología, era clasificada en la vasta muchedumbre de los

indiferenciados ó indiferentes, gentes de buen sentido vulgar, útiles para las faenas y profesiones comunes, que no exigen facultades preciosas. En cambio, los que presentaban caracteres marcadamente favorables, eran objeto de una vigilancia particular. Desde su juventud, un signo convencional colocado antes de su nombre, servía de advertencia á los profesores universitarios para que les impusieran trabajos especiales sin temor al *sumenage*, y en efecto, muy rara vez desmintieron estos elegidos ó predestinados las esperanzas que en ellos podían fundarse, con arreglo al determinismo científico. La vigilancia de que se ha hecho mención, se refería á la conducta moral de los *característicos* y no entrañaba para ellos la más leve coacción física, ni aun siquiera la molestia de amonestaciones ó consejos que sirvieran de trabas á su libertad; únicamente se anotaban ciertas observaciones en el correspondiente registro y esto era todo. La filiación intelectual y moral, de capacidad y de resultados, especie de biografía sumaria de cada personalidad distinguida, era más completa de lo que hubiera podido desear un exigente y sabio jefe de pesquisas.

Esta alta inspección estadística y en cierto modo policial de la corporación de psicólogos experimentales, tuvo en el desarrollo de la sociabilidad argentina una influencia inmensa. Observaciones que al principio habían sido aisladas y de mero interés científico, se generalizaron pronto y entraron cada vez más en las costumbres y en las leyes; la corporación de antropólogos, constituida por un número fijo de miembros, sometidos á rigurosas pruebas de capacidad y espléndidamente retribuidos, llegó á ser, de hecho, un verdadero poder del Estado; un admirable instrumento de selección. Todo candidato á cargos públicos hubo de someterse al examen y calificación de ese areópago temible, que dictaba sus fallos con una imparcialidad pasmosa. Si el candidato, después de un dictámen desfavorable respecto de sus aptitudes, insistía en someterse á la votación popular, no se le oponía ningún veto y el pueblo decidía; pero tantas veces se confirmaron los pronósticos de aquella junta de sabios que se llegó pronto á dos hechos difíciles de prever un siglo antes: á presentar al pueblo una serie de gobernantes realmente capaces é íntegros que elevaron la grandeza nacional á inconcebible altura y á que el prestigio atribuido en otras épocas á los

sacerdotes pasase rápidamente á los médicos que, en conjunto, soportaron con gran honor la ruda prueba y se hicieron dignos de su apostolado terrenal, por su abnegación y la rectitud de sus proceder. La ciencia tuvo adeptos tan desinteresados como los más fervorosos místicos de las religiones y, por otra parte, las tentativas de engaño eran tan fácilmente desautorizadas y tan general el desprecio que acarrearaban á los culpables en tiempos de una publicidad vastísima, que llegó á ser imposible falsificar las reputaciones.

Había subido Renato hasta su cargo actual, comparable á la gobernación de un vasto imperio, después de haber mostrado grandes aptitudes como físico y como legislador. Se le debían descubrimientos notables, entre ellos la fijación de las imágenes psíquicas por medio de la luz del polonio, que producía impresiones diversamente coloreadas, representativas de otras tantas energías espirituales; algo así como un bosquejo interesantísimo de la fotografía del ser verdadero, y no decimos interior, porque la existencia de la irradiación astral era ya una verdad comprobada. Al mismo tiempo había demostrado Renato una vasta preparación administrativa y financiera. De tal modo, sin embargo, absorbían entonces los puestos del Estado las facultades más vigorosas, tales esfuerzos mentales imponían, que la duración de los primeros empleos no pasaba de un año y en este periodo se renovaban la presidencia de la República, la Intendencia de Buenos Aires y las direcciones de ministerio. Esta limitación había llegado á ser necesaria para evitar el agotamiento nervioso de los altos magistrados y sobre todo la estancación y rutina de los negocios y procedimientos. Se vivía en permanente revolución pacífica, en medio de una vertiginosa serie de ensayos y reformas y era indispensable contar con cerebros muy sólidos y firmes para que no se interrumpiese la marcha. La palabra *tradición* iba perdiendo todo prestigio y sólo entre los indiferenciados abundaban los llamados conservadores.

El doctor Villena se había dedicado casi por entero á los intereses de la colectividad desde que la muerte le privó de la dulce compañía de su esposa Irene, con la que había pasado veinte años de una dicha no turbada por la más leve discordia. De tal modo armonizaban sus caracteres, que parecían creados para comprenderse y estimarse. Fué el suyo un

amor sin arrebatos y sin decepciones, un afecto entrañable y sereno, que les hizo saborear toda la felicidad que puede nacer en la tierra de la fusión de dos cuerpos en una sola alma. Renato había sido para Irene la realización del hombre ideal, del esposo y del amante en su más noble personificación y á la vez Irene había sido para Renato esa encarnación superior de la belleza y la bondad que supera las ilusiones más atrevidas de la juventud; pues así como la vida es con frecuencia una deforme caricatura de los ensueños del alma, puede dar también, siquiera sea en casos excepcionales, mucho más de lo que se la pedía. Dos hijos, Augusto y Elisa, nacieron de esta venturosa unión y ambos colmaron de orgullo y satisfacción á sus padres, así por las dotes privilegiadas de su espíritu; como por la belleza física que reunían en alto grado. Augusto, que en el momento en que comienza esta relación entraba en los veinticuatro años, era uno de los más distinguidos jóvenes de su tiempo, ingeniero químico de gran renombre, que había realizado descubrimientos de trascendencia incalculable sobre formación sintética de algunos supuestos elementos simples, abriendo vastísimos horizontes á la ciencia. Su tesis doctoral, en vez de un trabajo medio literario y medio erudito de alumno aprovechado, había sido un golpe de maestro, una elevación increíble de águila de la ciencia, la producción por síntesis directa, de un glúten de propiedades análogas al que ofrece el extraído de los cereales. Este triunfo colosal, que resolvía multitud de problemas, no solo químicos, sino sociológicos, despejando casi por completo la incógnita de la alimentación humana á precios fabulosamente baratos, grangeó á Augusto Villena la admiración del mundo á través del cual cediendo á invitaciones entusiastas, realizó viajes que fueron una serie de ovaciones delirantes, muy superiores por su alta significación y completa sinceridad á las que sostenían los más pomposos soberanos de la tierra.

Esta victoria fué amargada por la muerte de su idolatrada madre que acaso se doblegó al exceso de la alegría. Pero en Augusto, de igual modo que en Renato, el dolor se tradujo en un culto apasionado al recuerdo de aquella mujer adorable y en poderosa concentración de las facultades del alma en nuevas investigaciones y empresas. Augusto participaba del ardiente espiritualismo de su padre y disintiendo en esto de muchos de sus colegas, creía que así como las manifestaciones orgánicas y vitales

obedecen á principios mecánicos, el espíritu rige todas las combinaciones de la materia, determina sus movimientos y la acompaña necesariamente en forma de voluntad y conciencia como un aspecto eterno de la energía universal. Intimamente convencido, pues, de que la muerte no es más que un episodio de la vida, y de que los seres que se han amado volverán á encontrarse y reconocerse, cultivó en silencio su noble pena, como se cultiva una planta de flores preciosas y continuó sus decisivos experimentos. Su nombre estaba inscrito en el libro de oro en la más alta categoría, con el envidiable número 33 y se confiaba fundadamente en que aquella vasta y noble intelectualidad preparaba á su patria y al mundo nuevas glorias en el terreno científico.

Elisa, cinco años más joven que su hermano, había recibido también una instrucción muy vasta, pero adecuada á su temperamento artístico. Amaba la pintura y la música y además escribía composiciones sentimentales, en las que se notaba la afectación propia de su sexo. Pero si esto es un defecto, lo compensaba con su ingenua modestia, y con la nobleza de sus sentimientos no dejaba, sin embargo, de presentar algunas desigualdades de carácter; sufría poco la contradicción y en estos casos alardeaba de una independencia varonil. Por lo demás, brillaba en todos los ramos de la educación de una joven distinguida; hablaba perfectamente los cuatro idiomas de rigor en aquella época y aunque había tenido el buen gusto de no adquirir títulos universitarios, sus conocimientos en literatura hubieran honrado á más de un profesor. Conocía, por fin, de un modo satisfactorio las que aún seguían siendo labores de su sexo, cada vez más facilitadas y también más complicadas, por los muchos inventos mecánicos que iban emancipando de no pocas sugereiones materiales á la humanidad femenina. En suma, sabía dirigir perfectamente una casa tan vasta como la de Renato Villena, en la que más bien sobraban que faltaban empleados domésticos-así se llamaba á los criados - elemento con el que había que transigir, como un mal menor, mientras no dieran resultados prácticos las figuras automáticas que ya prestaban algunos servicios y cuya docilidad era ejemplar cuando funcionaban normalmente.

capítulo



Los abisinios en Buenos Aires

El Intendente, prevenido por una serie de avisos telefónicos de la aproximación y llegada de sus visitantes, dió las previas instrucciones necesarias para que uno de los secretarios de su palacio los condujese á su presencia. El palacio de Villena, verdadero museo de preciosidades de todo género, como las demás moradas opulentas de aquel tiempo, estaba situado en uno de los extremos de la ciudad, á pocos kilómetros del Río de la Plata, casi en el recinto de la antigua Buenos Aires y era una vasta construcción metálica, de 150 metros de altura, formada por veinte pisos cuadrados que se iban estrechando conforme se ascendía, según el gusto babilónico, y que presentaba en su conjunto el aspecto de una pirámide. El

revestimiento del colosal edificio era de aleación de aluminio y selio, metales ligeros, poco alterables y protegidos por capas vítreas artísticamente coloreadas, que no solo moderaban los efectos de la radiación calorífica y luminosa del sol, haciéndola casi imperceptible, sino que por la acertada combinación de los tonos, daban á la extraña morada, rodeada de jardines y pensiles, fantástico atractivo. Allí, á más de la familia Villena, que se había reservado los pisos altos, habitaba una legión de servidores de Renato y de operarios de Augusto, muchos de ellos con sus respectivas familias.

Uno de los ascensores centrales trasladó en pocos momentos á los viajeros á las habitaciones de Renato de Villena, que esperaba en pie á sus visitantes en un magnífico salón. Cambiadas las cortesías de estilo no muchas, pues la necesidad de utilizar el tiempo iba simplificando notablemente la etiqueta-Yezid-Bajá, que era un respetable anciano como de sesenta años, presentó al Intendente varios mensajes de recomendación, uno de ellos suscrito por el monarca de Abisinia, y otros por influyentes personajes de diversos Estados; pues aunque el viaje carecía de significación oficial, siendo principalmente de estudio, deseaban hallar todas las facilidades posibles en sus investigaciones. El principe Ayub, joven de veinticinco años y acabado tipo de belleza oriental, había cultivado su espíritu con estudios muy superiores á los que acostumbraban hacer los nobles de su país y á la vez sobresalía en los ejercicios físicos y tenía probada su intrepidez en más de un combate.

Ofrecióles Villena con la mayor satisfacción sus servicios y después de haberles tranquilizado respecto al perjuicio que temían causarle distrayéndole de sus atenciones con aquella visita, pues eran las diez de la mañana y hasta las tres de la tarde disponía aquel día de su tiempo, entabló con ellos una conversación sobre varios asuntos, empleando el idioma inglés que, aparte del natal, era el más familiar á sus interlocutores.

-Las fugaces excursiones ó, mejor diré, trayectorias que en la noche de ayer y en la mañana de hoy hemos tenido que realizar por Buenos Aires-dijo Ayub-nos han llenado de asombro, á pesar de que hace algunos meses visitamos Nueva York. Pasmosa fué la impresión que nos produjo la metrópoli norteamericana y juzgábamos insuperable su grandeza y magnificencia; mas ahora empezamos á sospechar que no nos engañaron

los diplomáticos sudamericanos de varios países al decirnos que la ciudad de las ciudades es la capital del hemisferio Sur.

-Así es, en efecto, y no tardarán ustedes en convencerse de esta verdad,-dijo Renato de Villena.-La lucha entre Nueva York y Buenos Aires es antigua, data de más de un cuarto de siglo; pero todos los esfuerzos de los norteamericanos y todas las violencias que hacen sufrir á la estadística, no bastan á destruir los hechos, por más que los desfiguren. Admiro á los Estados Unidos en lo mucho que tienen de admirable; ese país representa uno de los más prodigiosos esfuerzos que ha realizado la humanidad; pero quisiera ver á sus hombres menos exclusivistas, menos obcecados en desconocer la evidencia cuando ésta se opone á los dictados de su amor propio. No insistiré en esto: cada cual entiende el patriotismo á su modo, pero siempre deberían quedar á salvo los fueros de la verdad. Y la verdad es que la cadena de antiguas ciudades que hoy forman un todo contínuo desde Lynn (Massachussets) hasta Mount-Vernon en Virginia, se prolonga de norte á sur en una extensión de 680 kilómetros, con una anchura máxima de 12 de E. á O., lo que daría, tomando estas dimensiones como si fueran constantes, 816 mil hectáreas de superficie, mientras la actual Buenos Aires, tomando solamente lo que pudiera llamar el casco de la ciudad y prescindiendo de sus expansiones, prolongadas como rayos de un sol naciente, mide 500 kilómetros de NE. á SE., y no menos de 225 de E. á O., y abarca una zona de diez millones de hectáreas próximamente. Ya ustedes ven que no hay siquiera posibilidad de discusión; se trata de una diferencia de área enorme, como de uno á diez, y sin embargo, se quiere negar la evidencia. Los norteamericanos aseguran que lo que nos empeñamos en llamar Buenos Aires es un conjunto de grupos aislados de población, entre los que hay grandes zonas agrícolas, mientras ellos han reunido de hecho Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Washington y las ciudades vecinas, urbanizando completamente el conjunto. Tienen razón al decir que viven allí más aglomerados que nosotros; puesto que la población de esa ciudad, que puedo llamar lineal, sube á 62 millones de habitantes, mientras aquí, en un espacio casi diez veces mayor, tenemos 80 millones en un vasto rectángulo dos veces más largo que ancho; pero las cifras absolutas son en Buenos Aires mucho mayores que en Nueva York y las relativas no nos preocupan, ya

que la comodidad, la variedad y la belleza están de nuestra parte. Es cierto; aquí tenemos vastísimas extensiones de huerta, no solo en la periferia, sino en el interior; pero no se interrumpe un momento la edificación de las grandes vías, ni la de las avenidas que circunvalan esta ciudad inmensa; el aire es más puro, las facilidades de aprovisionamiento mayores, las perspectivas incomparablemente más hermosas y cada grupo originario ha conservado su individualidad, sin menoscabo de la unidad del conjunto. Hay aquí extensos barrios de calles relativamente estrechas con altísimos caserones de gusto norteamericano y en que la población es tan densa como en Nueva York; pero abundan los recintos más desahogados, y en estos se vive con más holgura, más luz y más higiene. El inconveniente de las distancias se anula con la prodigiosa abundancia de vehículos de todo género, y en último término, hay donde elegir. Ya tendré el gusto de servir á ustedes de guía por esta red y estoy seguro de que no han de tardar en orientarse por el laberinto, sin necesidad de hilo protector.

-Elevados desde las primeras horas de la mañana en un aeroplano dirigible-dijo el anciano Yezid-hemos podido observar, como á vista de pájaro, que ésta que no se si llamar ciudad ó vastísima provincia de casas, no tiene límites apreciables en ningún sentido, mientras los de Nueva York, en el sentido de la anchura, se percibían desde no muy gran elevación; pero lo que no podemos explicarnos es el hecho de que la nación argentina, mucho menos poblada que los Estados Unidos, haya llegado á tener una capital que, ya estamos persuadidos de ello, es incomparablemente más extensa.

-Ese fenómeno-repuso el Intendente-obedece á dos razones principales; una del orden físico, que es la suavidad excepcional del clima de esta región, en que el invierno es templado y el verano poco riguroso, circunstancias que no se dan en la costa oriental de Estados Unidos; otra del orden social y económico, y es el carácter más expansivo, más cordial de nuestro pueblo, que se ha opuesto siempre á la organización de los *trusts* ó sindicatos omnipotentes que allá lo acaparan todo. Allí hay cuantiosísimas fortunas individuales, que se transmiten y aumentan por herencia, y un personaje puede ser rey del trigo ó del acero ó de los transportes ó de la carne; aquí no hemos querido introducir esa clase de monarcas, peores aún que los emperadores políticos, y hemos evitado

en lo posible las grandes diferencias de fortuna; somos más bien usufructuarios y cedemos con placer á la colectividad nuestro sobrante en cuanto empezamos á sentirnos demasiado ricos. No somos Cresos sino accidentalmente y de pasada; hemos aprendido á limitar nuestras aspiraciones y cuando nuestros hijos están á salvo de la pobreza, tributamos gustosos con el resto, seguros de que la administración pública está en buenas manos. Así, encontrarán ustedes en Buenos Aires una serie prodigiosa de fundaciones y empresas de aprovechamiento y beneficio nacionales. Todo argentino tiene asegurado, en el peor de los casos, un conjunto bastante aceptable de medios de vida, á cambio de una modesta cooperación personal al trabajo común, y eso que nuestra República cuenta cerca de 200 millones de habitantes. En los Estados Unidos hay 450 millones y no viven, por cierto, mejor que nosotros; pues la lucha por la existencia es allí más ruda, por la exageración del feudalismo industrial y propietario. Allí alcanzan fabuloso poderío las personalidades vigorosas y también las favorecidas por las circunstancias, pero los vencidos por la vida y aplastados sin compasión se cuentan por muchos millones. También aquí tienen premio, y no escaso por cierto, los hombres excepcionales que prestan servicios de valía á la colectividad; pero nos preocupamos mucho de los débiles y no identificamos la desgracia con el crimen. Necesitamos muchas pruebas para definir como parásito á un ser humano; es difícil que no hallemos alguna aplicación á todos los órdenes de aptitudes, aun á los más modestos. En suma, hemos aplicado una gran dosis de socialismo á nuestra organización; el Estado es aquí una máquina poderosísima que no nos inspira recelos ni aversión de ninguna especie; es el individuo gigantesco, el coloso inteligente capaz de realizar lo que no podrían los individuos aislados, verdaderas células del organismo, ni siquiera las asociaciones, que no pasan de ser ganglios. Hemos preferido cultivar el cerebro y me parece decisivo el resultado de la experiencia. Nuestro pueblo vive feliz y orgulloso de ser argentino, el coeficiente de progreso de nuestra cifra de habitantes es mucho mayor que en Norte América y si allí son todavía más, es porque nos llevaban un prodigioso adelanto. Pero aquello se fatiga y esto se encuentra en plena germinación.

-¿Habrán tenido ustedes que hacer frente á la rivalidad del coloso del Norte en más de una ocasión?-preguntó Yezid.

-Sin duda: Venezuela, Colombia previamente desmembrada y Centro América fueron invadidas en 1950 por los Estados Unidos y hubieron de libertarse á costa de grandes sufrimientos. Las amenazas de absorción llegaron á ser tan duras que se impuso la más estrecha inteligencia entre los países de nuestro idioma. La guerra que, veinte años más tarde permitió á los Estados Unidos conquistar el Canadá, ya independiente de la Gran Bretaña, venció las últimas resistencias locales y entonces se echaron las bases de la Confederación Latino Americana, cuyo primer presidente fué un salvadoreño de pasmosa energía, asistido por un consejo en que figuraba un representante de cada nación confederada. Siguíóle después un peruano, luego un brasileño, después un mejicano, luego un chileno. Los argentinos declinábamos con empeño el honor de dirigir la confederación, precisamente porque éramos el alma de ella. Cada nación se dirigía, por lo demás, con absoluta independencia interior; la presidencia y el Consejo Supremo se renovaban en períodos de tres años. En 1994 fué designado por unanimidad un presidente argentino y desde hace seis años la capital de la Confederación Latino Americana, que antes era indeterminada, es Buenos Aires, y el Consejo, con su presidente, no dura sino dos años. Ahora ya no estamos en el caso de temer guerra con los Estados Unidos ni con cualquiera otra nación ó grupo de naciones. La República Argentina cuenta cerca de 200 millones de habitantes á los que hay que agregar 20 millones del Uruguay, 18 del Paraguay y 50 de Bolivia, países vinculados al nuestro por tratados especiales en una supernación, lo que nos da 300 millones de habitantes en caso de un conflicto, más difícil cada día. Hay además, Chile con 60 millones de habitantes, el Perú con 65 millones, el Brasil con 130; el Ecuador con 30; Colombia con 45, Venezuela con 35 y la república de Guayana con 12. Esto da, en cifras redondas, 665 millones para la América del Sur; pero como además tenemos en la Confederación á Méjico con 100 millones, á Centro América con 25 y á varias de las Antillas con 20 millones, resultan hoy para la Confederación más de 800 millones de habitantes, y cada año aumenta este número por lo menos en veinte millones. Los Estados Unidos, contando el Canadá, tienen, según el censo del último trimestre -ahora no hay descanso en estos trabajos-606 millones de habitantes, de modo que no saldrían bien librados en una lucha. Además, cada día parece

más bárbaro, inútil y cruel el sacrificio de cientos de miles de hombres, y aunque los esfuerzos de cada contendiente se dirigen sobre todo á privar de medios de ataque y defensa al contrario, desbaratando sus máquinas de exterminio y los choques entre ejércitos van pasando á la historia -pues grandes masas de hombres pueden ser aniquiladas en momentos por la agitación vertiginosa que producen los explosivos en las capas atmosféricas-siempre se pierden en estas contiendas muchísimas vidas sin provecho de nadie. Sin las aplicaciones del radio, el polonio y otras sustancias análogas que neutralizan las más violentas proyecciones de energía eléctrica, habría sido relativamente fácil para los misántropos, los malvados ó los ambiciosos el aniquilamiento de gran parte de la humanidad. Por fortuna, esos cuerpos maravillosos que así matan como salvan á distancias increíbles, han servido de base á medios de prevención y defensa que apenas eran sospechados hace un siglo. Ahora, pues, el objeto de la guerra no es destruir al adversario, sino reducirle á la impotencia, maniatarle é imponerle condiciones, que consisten en la retribución del daño causado y en un empequeñecimiento de su personalidad; en una vigorosa limadura de las uñas y los dientes.

-Queda en pie todavía la amenaza de Europa,-observó Ayub.

-No puede inspirarnos graves recelos. Su población crece con mucha lentitud relativamente á la nuestra. Tiene, es cierto, mil millones de habitantes; pero las naciones en que se divide no llegarán fácilmente á un acuerdo. Las repúblicas unidas de Iberia, con sus sesenta y cuatro millones de habitantes, están aliadas de corazón á los intereses sudamericanos y otro tanto sucede con Italia, que domina las dos orillas del Adriático. Alemania, despues de haber absorbido el antiguo imperio austro húngaro, con más Dinamarca y Holanda, podría inspirarnos cuidado con sus 320 millones de habitantes, sus temibles aprestos guerreros y su ambición de conquistas; pero no tiene poco que hacer con defenderse de Rusia, que la amenaza con sus 520 millones de súbditos ultra civilizados de los czares, que aún mantienen su soberanía en más de media Europa y gran parte del Asia. La república francesa, después de incorporarse á Bélgica, ha tratado varias veces de organizar la confederación latina, pero bajo condiciones de predominio que Italia y los Estados de Iberia no han querido aceptar, y así estas tres naciones, que juntas reunirían 250

millones de habitantes, siguen aisladas, lo que las perjudica de un modo enorme. En cuanto á Inglaterra, después de haber perdido sus colonias de la India y Australia, sufrió un golpe rudo con la separación de Irlanda y hoy vive de hecho, ya que no de nombre, bajo el protectorado de los Estados Unidos, que aún la permiten explotar una parte del Africa y conservar una holgada posición mercantil. Rudo ha sido el golpe para el orgullo británico, pero la historia ofrece contrastes muy curiosos y más de una metrópoli de ayer vive hoy bajo la dependencia, no menos real por lo indirecta, de sus antiguas colonias.

-Nosotros los africanos-dijo Ayub-tenemos aún mucho que sufrir de algunas de esas naciones europeas. Los americanos, más poderosos, os previnisteis con tiempo y no estais ya en situación de temer vejaciones, antes podríais imponerlas; mas en Africa no suceden así las cosas. Tenemos aún á los ingleses en Egipto, El Congo y Hotentocia; á los alemanes en Zanzíbar y en vastas regiones del interior; á los franceses en Berbería, Sahara, el Senegal y Madagascar; á los italianos en Trípoli; los españoles y portugueses se mantienen todavía en varios puntos de la costa. Hierve nuestra sangre al ver que aún se nos mira como pueblos nacidos para la servidumbre, después de transcurrido el siglo XX, que debió haber borrado los últimos vestigios de colonización en el mundo entero. Si nosotros los abisinios hemos logrado mantener nuestra independencia, ha sido á costa de sacrificios terribles, de luchas incesantes, en que hemos puesto á contribución todos los inventos devastadores de los últimos tiempos. Nuestro país ha sido y es el refugio de todos los aventureros desesperados á quienes halagan todavía las emociones de la guerra; las puertas del único imperio independiente del Africa están abiertas de par en par á los ingenieros que nos propongan alguna máquina mortífera, á los arbitristas del mal y de la destrucción. Así tenemos que vivir y así viviremos hasta que el Africa se emancipe ó hasta que el último abisinio haya caído asfixiado por un proyectil deletéreo ó hecho trizas por un explosivo. Situación terrible, pero necesaria cuando no tiene más que dos soluciones, la esclavitud ó la victoria.

-Pero-indicó Renato-¿creéis en conciencia que el continente africano está en condiciones de figurar dignamente entre las sociedades libres y progresivas?

-Lo creemos con fervor-repuso el viejo Yezid-porque nosotros los abisinios, cristianos desde hace quince siglos, antes que lo fueran algunos de los más orgullosos pueblos de Europa, hemos sabido ir adelante sin renunciar á nuestra personalidad y ésta es precisamente la que quieren destruir los educadores venidos de fuera. No se trata de impulsarnos, sino de eliminarnos; no se nos coloca en la corriente sino que desean ahogarnos en ella, y esto no lo toleraremos jamás. Quisiéramos ir al progreso sin arrebatos, por la depuración de nuestro carácter y tipo, mas no se nos deja y Abisinia es un campamento. Hemos conquistado el Somal, el Sudán, la Nubia y la mitad de la Arabia; nuestro imperio tiene seis millones de kilómetros cuadrados y cien millones de habitantes y aspiramos por su medio a la liberación del Africa. Nos dormimos acariciando esta idea y cada mañana nos levantamos más decididos á realizarla. Mientras tanto, sembramos de apóstoles el continente, nada nos arredra, nos defendemos, estudiamos y cultivamos la fé, la esperanza y la cólera en nuestros corazones.

-Bueno es añadir-dijo Ayub-que no nos faltan auxiliares poderosos y que disponemos de una diplomacia experta y sagaz. El Japón, dueño de la China Oriental y de parte de Indo-China, nos presta su cooperación poderosa; en general, nos han sido favorables los Estados Unidos y, por fin, las mutuas discordias de Francia, Inglaterra y Alemania, nos dan con frecuencia medios de sortear la situación y aún de obtener ventajas. Vuestra cooperación sería completamente decisiva.

-La República Argentina en particular y la Confederación Latino Americana en general-contestó Villena-no aceptan el peligroso papel de providencia terrestre y necesitan toda su fuerza, que ciertamente es grande, para que su progreso no se interrumpa un solo momento. La necesidad de crecer nos hace egoistas, si puede llamarse egoismo á la abstención sistemática de toda violencia; salvo el caso de agresiones que serían, así lo espero, inmediatamente rechazadas. Pero confiamos en la acción de las fuerzas vivas; creemos que lo que debe triunfar, triunfa; el ejemplo de la India Oriental, que ha logrado constituirse en gran república federativa después de luchas épicas, nos hace creer que vosotros llegareis también á vivir tranquilos, fuertes y respetados, sobre todo si no confundis vuestro legítimo deseo de mantener la independencia de Abisinia con la aspiración,

que juzgo peligrosa y muy difícil, de hacerlos, no ya libertadores, sino dueños del Africa.

Siguió un rato por este camino la conversación y luego varió su rumbo, contrayéndose á una plática más serena respecto de los grandes adelantos materiales realizados en los últimos tiempos. Los abisinios, aunque preocupados especialmente con los aparatos bélicos, se mostraban admiradores de las artes de la paz. Rogaron al Intendente que les presentase al joven Augusto, por cuyos descubrimientos sentían la mayor admiración, y Renato accedió con gusto á ese deseo que lisonjeaba su cariño de padre, si bien exigió en cambio á los viajeros que honraran aquella mañana su mesa. El ofrecimiento fué aceptado con frases de afectuosa gratitud y como aún disponían de una hora se dirigieron, previo aviso mediante un conductor fonográfico, al laboratorio del genial experimentador.

capítulo

6

La cueva del mago

Augusto recibió con suma cortesía á los huéspedes y besó en la frente á su buen padre, rindiendo culto á una costumbre patriarcal, siempre observada en su familia, en la cual, sin embargo, se daba un caso curioso: Renato y Augusto, no solo parecían dos amigos, sino que el primero, demasiado noble para no apreciar la superioridad, se esmeraba en tratar á su hijo con respetuosa deferencia, como si estuviesen invertidos los papeles y, contra lo que se observa alguna vez-¡tan flaca es la naturaleza humana!-estimaba en mucho más los triunfos de Augusto que los propios. ¿Qué sería de la humanidad, decía, si nuestros descendientes nos imitaran en vez de continuarnos? Si el hijo no supera en algo al padre y el discípulo no llega á valer más que el maestro, asistiremos á

la mayor de las desgracias, á la evolución regresiva de una estirpe ó de una sociedad.

Pocos minutos de conversación bastaron para que se estableciera entre los recién llegados y Augusto viva predisposición á la más cordial simpatía. Los que miraban el cuerpo astral como una débil proyección de energías puramente mecánicas-y eran muchos- renunciaban á explicar esos fenómenos afectivos, pero Renato, firmísimo creyente en el espíritu, aseguraba que el alma de Augusto poseía un gran poder de atracción é irradiaba bondad y magestuosa fuerza. Más de una niña casadera opinaba lo mismo; pero el joven, demasiado absorto en sus experiencias, no mostraba prisa en unir su suerte á la de ninguna de aquellas encantadoras mariposas del jardín de la existencia, que hasta el presente, sólo era para él un vasto laboratorio.

No nos extenderemos mucho en la descripción del suyo, que ocupaba un edificio de planta baja y de regulares dimensiones. Sus obreros, casi todos ingenieros distinguidos, estaban encargados de experimentar en grande lo que él hacía en pequeño y valiéndose de aparatitos tenues y delicados, que parecían juguetes de niños, pero que le permitían llegar á fórmulas trascendentales. Los grandes hornos eléctricos que abundaban en los talleres y que daban temperatura hasta de diez mil grados-mayores de las que hay en la superficie solar-eran reemplazados en las habitaciones particulares de trabajo del químico por máquinas en miniatura, capaces, sin embargo, de producir efectos paradójicos en las porciones infinitesimales de materia que le servían para sus observaciones. Cuerpos de potente radiación, como el polonio, el telenio, el dinamio y otros descubiertos en el último tercio del siglo XX y que realizaban la aparente contradicción de fuerzas prodigiosas en imperceptibles masas, eran los principales agentes de sus investigaciones, auxiliadas por microscopios de sencilla construcción y poco volúmen, que podían dar amplificaciones de quinientos mil diámetros, lo que traducido al idioma de los burlones, valía tanto como elevar los microbios al tamaño de carneros. Esto había permitido descubrir multitud de ignorados detalles y resolver muchos problemas biológicos, pero suscitando otros nuevos, porque nunca faltan á la naturaleza líneas sucesivas de atrincheramientos en que replegarse. Basta decir que se había comprobado la existencia de microbios de

microbios y aun de células de células y que los actuales elementos orgánicos, supuestos primarios, pasaban ya por colosos en su género, por verdaderos mundos, de que el más vil parásito de una mosca era ya una espléndida constelación, una vía láctea ó cosa semejante. Y en la química, los resultados eran del mismo orden; ya no se creía en la molécula ni en el átomo, sino como nombres genéricos aplicables á masas indeterminadas de sustancia heteromorfa ú homorfa, esto es, á construcciones formadas por conglomerados aproximadamente equivalentes de distintos tipos ó de un tipo análogo. La individualidad irreductible dominaba en todo; no había una millonésima de milígramo de oro ni de oxígeno iguales á otras y las series ó confederaciones aparentemente iguales eran, á la vez, inevitablemente variadas. El antiguo átomo, símbolo de la unidad ó del punto de partida, se desdoblaba en torbellinos de iones que á su vez eran sistemas complicados de energías concurrentes. Y sin embargo, se ahondaba más y más cada vez en estos abismos del infinito minúsculo y ni un solo paso se daba en balde, porque si surgían nuevos misterios quedaban explicados con claridad muchos enigmas antiguos. Así, por ejemplo, los progresos incesantes de la Química del espacio, dieron gradualmente en tierra con la antigua división de los cuerpos en simples y compuestos. No quiere decir esto que triunfara el principio de la unidad de la materia, tal como lo entendían los antiguos, pues la idea de materia era cada día más vaga y aun la palabra empezaba á ser desterrada de la ciencia, como una abstracción embarazosa. Ahora se fijaba más la atención en el concepto de la energía y se tenía muy en cuenta que los cuerpos con sus aparentes propiedades de forma, color, dureza, etc., son principalmente fantasmas subjetivos, relaciones de algunas influencias exteriores con nuestra sensibilidad orgánica. Aceptábase, pues, la existencia de ciertos sistemas de movimiento, de ciertas condensaciones ó modos de agrupación del éter, variables hasta lo infinito, perceptibles las menos y éstas reducidas á una serie determinada de aspectos muy frecuentes, cada uno de los cuales se distinguía con un nombre particular. Por tradición, se conservaban los de los radicales llamados elementos por los antiguos y que habían aumentado mucho en número; pero la nomenclatura tradicional había sufrido grandes modificaciones. Ya no se hablaba de metales ni metaloides, de óxidos,

ácidos ni sales; las antiguas creaciones habían cedido el paso á fórmulas de geometría analítica y descriptiva. En cuanto á lo que llamaban los alquimistas *transmutación de la materia*, se admitía como un axioma; pero en la práctica se luchaba con grandísimas dificultades, porque la fórmula de organización específica de cada radical era poco menos que invariable y se imponía la necesidad de descubrir formas de agrupación etérea muy sutiles y dotadas de poderosísimas afinidades para descomponer, por ejemplo, la complicada condensación de energías llamada plomo, y formar, por sucesivas sustituciones, mercurio, plata ó cualquiera otra sustancia. La posibilidad de la empresa era evidente, pero su comprobación en cada caso exigía el sacrificio de la actividad de muchos hombres de ciencia. Pero no se desmayaba un momento; las dificultades atraían los espíritus como la luz atrae las mariposas y era incalculable el número de monografías publicadas en los países más cultos-entre los que ocupaba envidiable lugar la Argentina-no sólo dando ideas y procedimientos para crear una porción de cobres, hierros, oros, arsénicos, nitrógenos, etc., diferentes y dotados de interesantes propiedades nuevas, sino para facilitar lo que podría llamarse el *salto mortal* de un antiguo elemento á otro. Ante todo parecía incuestionable que entre los metales más parecidos, había una larguísima serie de gradaciones que la naturaleza terrestre no favorecía y que debían irse creando en ambientes excepcionales, creados y mantenidos á costa de ímprobos trabajos. En cambio, merced á los nuevos puntos de vista, se podía aspirar racionalmente, no sólo á pasar de unos cuerpos á otros, sino á crear intencionalmente aspectos, agrupaciones ó sustancias que las fuerzas naturales no han podido dar en nuestro mundo, porque á ello se oponían las condiciones del ambiente físico. Llegaría, pues, el momento en que la inteligencia humana determinase seres organizados de tal suerte-el organismo complicado de los *minerales* era ya un hecho universalmente admitido-que pudieran satisfacer las crecientes necesidades de la civilización con mayores ventajas que todos los cuerpos conocidos y esta serie de adquisiciones graduales renovaríá muchas veces la faz del mundo. Ya se habían logrado conquistas sorprendentes en este sentido; las construcciones urbanas, sin ir más lejos, se revolucionaban de día en día, con el empleo de materiales no sospechados

en otras épocas, dotados de ligereza y solidez é inaccesibles á los microbios.

En cuanto á la química orgánica, sus progresos eran notabilísimos. Multitud de sustancias, ya ternarias, ya cuaternarias formábanse con facilidad por medio de la síntesis directa. Desde 1960 se había ideado el medio de producir de este modo una serie de almidones artificiales, que no presentaban, es cierto, el carácter de organismo vivo que revela el microscopio en el almidón extraído de los vegetales, pero que, por lo demás, ofrecía la misma reacción característica con el yodo y formaba por la cocción una especie de engrudo. Se pasó en poco tiempo á la preparación sintética de la glucosa, lactosa, levulosa y sacarosa, y en los últimos años del siglo XX ya no se cultivaban sino por excepción las plantas productoras de azúcar. El descubrimiento del glúten sintético por Augusto Villena en 2005 resolvió en principio el problema de hacer pan sin necesidad de cultivar los cereales. En la época en que suponemos desarrollada esta acción, no solo el joven químico argentino, sino legiones de sabios de todos los puntos del globo habían ido depurando el invento de tal modo que ya empezaba á ser práctico, pues el pan artificial se producía por las dos terceras partes del coste del natural, pero Augusto había calculado que llegaría á exigir solo la centésima parte del actual gasto y esto había dado margen á una contienda vivísima, pues los propietarios de los campos de cultivo se veían amenazados de una de las crisis más tremendas que había registrado la historia; los terrenos empezaban á perder su valor y era tremenda la guerra que se hacía por muchos al nuevo invento, presentado como una sentencia de empobrecimiento y desesperación para la humanidad.

-No son todo alegrías y flores en la senda de los descubrimientos científicos-dijo Augusto á sus visitantes después, de haberles referido lo más breve y sencillamente que pudo cuanto dejamos expuesto.-Mientras se me recibía en las ciudades como á un salvador de los pobres, no faltaban quienes me acusaran de envenenador de la especie humana. Y, sin embargo, el pan químico es tan alimenticio, sano y grato como el extraído penosamente del trigo, y llegará día, (espero vivir lo bastante para verlo,) en que un kilogramo no valga más de cuatro milésimos de franco, comprendidos los gastos de producción y la remuneración de los

operarios. Sin duda, esto causará un completo desastre a los cosecheros y panaderos, pero la humanidad dispondrá de un alimento casi gratuito y esto es lo que importa.

-¿Nos acercamos, pues, á la apoteosis de la falsificación?-preguntó Yezid.

-Usted lo ha dicho-contestó sonriendo el jóven.-La química es, en efecto, una gran falsificadora, ó mejor, suplantadora de la naturaleza y tiende á inutilizarla. Pero esto no es más que jugar con palabras; todo es natural en el mundo y lo que importa es canalizar y acelerar las fuerzas universales, para que produzcan más y mejor cada vez. En realidad, lo que se llama falsificación no es otra cosa que la intervención inteligente del hombre en la marcha de los agentes naturales. Comienza esa falsificación en el cultivo, que es ya una tentativa de formar ambientes artificiales para el mejor desarrollo de ciertos aspectos de la vida; sigue en la molienda de los granos, en la preparación y cocción de los alimentos, en la confección de las prendas de vestir y de los materiales de construcción; toda industria falsifica lo que se llama la naturaleza, es decir, el conjunto de fuerzas espontáneas, pero siempre desde el punto de vista del progreso, de la mejor adaptación á nuestras necesidades, de la disminución del dolor y de la fatiga. A la larga, nada se perderá con que muchos campos queden incultos, si el hombre come más y mejor que antes y no tiene que inclinarse á un suelo muchas veces ingrato, para pedirle su alimento á costa de trabajos abrumadores. Hoy es ya general el consumo de vinos, pastas y grasas artificiales, incomparablemente más sanos y mejores que los llamados naturales, de sabor exquisito y sin los peligros de infección que acompañan á lo muerto, esto es, á lo que sigue viviendo bajo disfraces á menudo terribles. Esto abarata la existencia, suprime riesgos y acrece las dosis de ventura de los habitantes del mundo y la posibilidad de su multiplicación. No hay sistema socialista que con tanta verdad y eficacia redima á los hombres como esta serie de progresos realizados y de obstáculos vencidos. Por lo demás, fabricamos también sintéticamente homólogos de la celulosa; con pastas sutiles que reúnen todas las condiciones de flexibilidad, elasticidad y abrigo, hacemos trajes cómodos y elegantes, que valen un franco y podrían durar algunos meses, si la higiene no aconsejase arrojarlos cada dos ó tres semanas,

pues el lavado costaría más que un vestido nuevo. La enorme cantidad de ropas lanzadas diariamente á las basuras es utilizada-en unión de buena parte de éstas-en la fabricación de pastas textiles regeneradas, con que se preparan trajes nuevos en pocos minutos. El arte de la sastrería ha sufrido una gran revolución; las medidas, el corte, la confección todo es automático y como ahora están en moda, por razones higiénicas, las vestiduras flotantes del neo-renacimiento greco-romano, muchos antiguos cortadores vuelven los ojos con tristeza á las costumbres de hace medio siglo, en que los hombres se apretaban el talle y se estrangulaban los miembros. Lo que varía poco son las botas, aunque ya verán ustedes ejemplares curiosos. Los sombreros ligerísimos y elegantes, protegen contra el sol, y dejan de circular, entibiándolo, el aire, á la vez que por su preparación especial, matan el microbio de la calvicie. En fin, las ropas despiden efluvios insensibles que neutralizan constantemente los desagradables productos etéreos de la transpiración cutánea, lo que no supone la superfluidad de los baños - agregó sonriendo.

-Pero esa inconcebible baratura ¿no será una sentencia de muerte para el lujo?-preguntó Ayub, aficionado á los oropeles, como buen oriental.

-Por el contrario-indicó Renato-el lujo alcanza proporciones que en otros tiempos habrían parecido increíbles. Hay gradaciones infinitas en los tejidos falsos y se conservan los verdaderos; la elección de colores no ha sido nunca tan libre y fácil; matices de una delicadeza sorprendente, tornasolados, irisados, tenues ó francos, halagan la vista; es una orgía de tonos; el delirio realizado de un pintor. Se ha dicho que el siglo XIX llevaba luto por la muerte de las generosas aspiraciones de los enciclopedistas; mas hoy la vida empieza entre nosotros á ser un verdadero placer y hasta las muchedumbres han perdido su miserable aspecto de aquellas épocas de explotación y barbarie.

-¿No hay, pues, pobres en esta tierra privilegiada?-preguntó Yezid con cierto aire de incredulidad.

-Los hay, sí: como los habrá siempre-respondió Augusto-porque la pobreza y la riqueza están esencialmente en el espíritu, y los espíritus, iguales en sustancia, no lo son en progreso. La pobreza, en todos los tiempos y en este más, se identifica en el fondo con la falta de arranque

y de iniciativas; el pobre es el cobarde ó por falta de valor ó por mal empleo del mismo. En cuanto á la pobreza material, entendida como falta de lo necesario para vivir, no existe hoy ni existía desde el primer tercio del siglo pasado. Añadiré que á fines del siglo XX nuestro calumniado planeta producía ya más del doble de lo preciso para sustentar a sus pobladores. Lo que hoy pasa es que los poseedores del mínimum, que supone ya no pocas comodidades, se llenan de angustia y despecho porque no alcanzan el máximium, que tendrían si lo mereciesen y esto les hace creerse desheredados y miserables: se trata de una comparación y nada más. Pero las mujeres del pueblo llevan muchas joyas de oro y piedras preciosas, mientras las clases diferenciadas van prescindiendo de esos adornos ó se distinguen sólo por la labor artística de los mismos.

-En efecto - dijo Yezid - las piedras preciosas disminuyen de valor de día en día.

-Se las fabrica industrialmente en condiciones muy superiores á las de la naturaleza-prosiguió Augusto-y no tardarán en servir por su baratura como materiales de construcción. Ya en los Estados Unidos, algunos millonarios vanidosos han empleado diamantes para preparar su café en maquinillas eléctricas y en la orfebrería de las familias acomodadas abundan aquí, y en otros países, los vasos tallados en piedras preciosas artificiales. Pero como la tendencia á distinguirse vivirá tanto como el hombre, los ricos usan objetos de mérito especial por su trabajo y apelan á cuerpos de obtención muy difícil, á tegidos de precio y cualidades raras. Por lo demás, nunca fué tan pasajera como hoy la moda; cada mes hay una nueva y no faltan personas que la sigan con ardor, temerosos de caer en deslíz. Bueno es añadir que los grandes artistas no desdeñan dar sobre este punto ideas geniales y con ello gana la estética.

-Francamente-observó Yezid-todo esto me desconcierta y aun me causa cierta angustia. He visto anoche y esta mañana periódicos mudos de cincuenta metros cuadrados y que se reducen á un tamaño insignificante, casi como pañuelos de bolsillo; periódicos habladores y musicales, que hablan en los principales idiomas por medio de procedimientos fonográficos, cintas parlantes, que dan cuenta sin cesar de los principales acontecimientos del mundo; se nos dijo también que para los pobres hay resúmenes noticiosos que una vez leídos, les sirven

de desayuno y cuyo precio es irrisorio; que la jornada legal de trabajo no pasa de cuatro horas, distribuídas en secciones de á dos, por mañana y tarde, y á la verdad, todo ello me parece asombroso. ¿A dónde se va á parar por este camino? La humanidad ¿no sucumbirá en la molicie?

-Todo lo contrario-repuso Augusto-se hará más fuerte, bella y feliz. La monotonía de tareas realizadas sin interés y con fatiga, degrada el tipo humano y amengua la fuerza de producción; más hacen hoy los trabajadores en tres ó cuatro horas que los antiguos en ocho: la variedad en las ocupaciones las hace más agradables y lo cierto es que cada día hay menos perezosos.

-¿Y la moneda?,-preguntó Ayub.

-Han desaparecido ya los antiguos patrones metálicos, el oro inclusive -contestó Renato-y el tipo adoptado para los cambios es el *trabajo*, valor por excelencia. Tenemos, pues, bonos de *trabajo-hora*, que es la unidad aceptada y representa la producción media de un hombre trabajador en ese tiempo; estos bonos se subdividen en otros de 10, 5 y 1 minutos y tenemos múltiplos de 4 horas, ó sea la jornada legal, de diez, veinte, cincuenta, ciento y hasta mil horas. Un bono de 4 horas permite á una familia modesta cubrir sus gastos del día; su poder de adquisición viene á ser análogo al de una moneda de cinco pesos en oro hace un siglo. El que desea trabajar más de las 4 horas legales en cualquiera de los talleres públicos recibe el equivalente de su actividad en bonos de *trabajo-hora* y hay faenas especiales que, por sus riesgos ó por la tensión de espíritu que exigen, son retribuídas con más amplitud. Para las carreras especiales hay regulaciones ó tarifas que se alteran de tiempo en tiempo, según las capacidades disponibles. Además, se aplica entre nosotros el sistema de la cooperación y después de apartar un tanto por ciento de reserva para el Estado, las ganancias obtenidas se distribuyen á fin de año entre los trabajadores, con arreglo al número de horas en que han ejercitado sus fuerzas. El bienestar es muy general y nada es tan fácil á una familia laboriosa como crearse un hogar propio y un suplemento de comodidades. El tipo del avaro, que atesora por atesorar, no ha desaparecido, porque siempre habrá locos, pero disminuye de día en día; pues en una sociedad como la nuestra, la previsión temerosa del porvenir va perdiendo los fundamentos que pudo tener en otras épocas.

-Pero este crecimiento prodigioso de la población, este amontonamiento de millones de seres humanos, ¿podrá continuar sin que surjan inconvenientes graves?-indicó el viejo Yezid.

-Esa observación-dijo Augusto-es del mayor interés y merece ser tomada muy en cuenta. Sin duda, el número de habitantes posibles en la tierra ha de tener un límite, pero ¿cuál será éste? Recordaré á ustedes que á principios del siglo XIX la población total del mundo se calculaba en 700 millones de habitantes y que un siglo después, hacia el año 1900, había más que duplicado, pues era de 1600 millones. El término medio de bienestar era, no obstante, mucho mayor. Pues bien, hoy se calcula en 4500 millones el número de habitantes de la tierra y la vida es más fácil y cómoda que lo fué jamás; la producción aumenta más aprisa que la población al revés de lo que pensaban algunos antiguos economistas. ¿A dónde llegaremos por este camino? Se pregunta. Y yo respondo: Mientras el carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el nitrógeno abunden, no hay que desalentarse: adelante siempre. Tenemos en la atmósfera sobre 4 trillones y medio de kilogramos de nitrógeno; sólo en el agua contamos con 116 trillones de kilogramos de oxígeno y 14 trillones de la misma medida de hidrógeno. El carbono escasea mucho más; el de la atmósfera no pasa de la sexta parte de un trillón de kilogramos y tiende á disminuir continuamente, porque se fija en la corteza del globo -mármoles, cretas y otros muchos minerales. - Podemos desprenderle; hoy se le prepara en forma sólida y como gas, antes desconocido; de todos modos su proporción es corta en relación á los otros cuerpos que he citado.

Ahora bien; yo calculo el peso de todos los seres organizados existentes hoy en el mundo -hombres, animales y vegetales-en 120 billones de kilogramos, de los que la especie humana representa menos del dos por mil. Esto ya es algo y sin embargo, no acapara más que una parte por cada cuatro mil del carbono contenido en la atmósfera terrestre. Pero la humanidad necesita crecer y lo hará mientras no la falte sitio: yo he calculado el máximo de crecimiento compatible con la comodidad en que haya, por término medio, una familia de cinco personas en cada hectárea. Descontando las zonas glaciales, que parecen inhabitables-en los polos no se ha encontrado sino vegetaciones microscópicas,-nos quedamos con unos 100 millones de kilómetros cuadrados, que podrían albergar, á lo sumo, 50 mil

millones de criaturas humanas. Multipliquemos por quinientos ó si se quiere por mil el peso que representaría esa humanidad, á fin de que abunden los animales y vegetales útiles ó bellos, y tendremos para los organismos terrestres un peso aproximado de dos mil billones de kilogramos. La atmósfera contiene 300 veces más carbono del indispensable para sostener tanta vida, pero la extracción de la mina aérea es tan difícil, que este problema me quita el sueño, y mi preocupación constante-se lo confieso á ustedes, señores - es llegar á la obtención del carbono artificial, ya sea por síntesis directa-pues no hay, por fortuna, cuerpos simples sino formas de energía, -ya por otros medios. Si pudiera dar con la clave, ya podría multiplicarse la humanidad cuanto quisiera, desbordándose como un río que sale del cauce; su porvenir estaría garantido; un diluvio de inteligencia y sentimiento cubriría el mundo: creo que entonces nuestro planeta, ennoblecido y depurado, sería una residencia ideal. ¿Quién sabe si sus dichosos pobladores llegarían á dirigirle como un buque á través del espacio, valiéndose para ello de las mismas fuerzas que hoy hacen aparecer absurdo ese intento?

Augusto quedó algunos momentos como abstraído en profundas reflexiones, de que le sacó un aviso eléctrico, indicador de que el almuerzo estaba servido. Atravesaron los jardines, llenos de vistosísimas plantas, y pocos minutos después, hechas las abluciones de rigor y habiendo recibido como una caricia impalpable el delicado perfume que irradiaban unas hermosas flores artificiales de brillantes corolas, cada una de las cuales desprendía una esencia especial, de sutileza y fragancia incomparables, llegaron á un suntuoso gabinete.

La encantadora hija de Renato acogió, con la mayor gentileza, á las huéspedes abisinios, y después de una breve conversación pasaron todos al espléndido comedor en que se había dispuesto el almuerzo. Dos empleados de servicio atendían o prevenían las menores indicaciones de los invitados; en cuanto á Renato y sus hijos, se hacían servir por autómatas contruidos por Augusto y en el manejo de los cuales estaban sumamente adiestrados, cosa indispensable para evitar alguna equivocación incongruente ó embarazosa. Aquel día funcionaron con tal perfección, que el príncipe y el emir no se dieron cuenta hasta el fin del banquete, de que había entre los cinco servidores, tres hombres falsificados, que hablaban y se movian quizá tan á punto como los legítimos.

capítulo



Un almuerzo literario-sociológico artificial

En obsequio á los visitantes figuraban en la mesa varios servicios de carnes, aves y pescados de uso antiguo; pero abundaban también otros platos, verdaderos trabajos de arte, en que se imitaba con mucha perfección frutas, hortalizas, flores, y que estaban confectionados con delicadeza. Previa advertencia de Augusto, que no quería sorprender á los invitados, probaron éstos una preparación de gelatina y glúten artificiales, muy bien condimentada y la encontraron exquisita, hasta el punto de que Yezid, consumado gastrónomo, se hizo plato dos veces. Había en la mesa vinos naturales y artificiales de las mismas marcas, y ni el prestigio de la procedencia fué bastante para adjudicar á los primeros la supremacía: estaba ya muy lejos la época de las groseras imitaciones que

solo producían brebajes desagradables y malsanos. Un licor cristalino que al contacto del aire adquiría matices tornasolados, permitiendo ver por un efecto especial de refracción los colores de la bandera argentina, produjo en Yezid y Ayub la más agradable beatitud. Era uno de los más deliciosos productos de la destilería nacional, y había sido inventado por el infatigable Augusto, que no desdeñaba ninguna de las aplicaciones químicas, ni aun las que hubieran calificado de bagatelas algunos sabios extremadamente austeros. Este licor, llamado *argentino*, carecía de alcohol, y absorbido en cierta dosis de que no era prudente pasar, ejercía sobre el sistema nervioso una impresión de dicha comparable á la que experimentan los consumidores de hachich y opio, pero más delicada y exenta de todo peligro. Lejos de producir el entorpecimiento de la embriaguez, aclaraba singularmente las ideas y ampliaba la intensidad de los sentimientos agradables. Era, según explicó Augusto, un ensayo de condensador de las energías psíquicas, y su efecto se completaba por medio de cigarrillos especiales, en que el tabaco, preparado con gran habilidad, lejos de tener cualidades nocivas se convertía en un precioso auxiliar de la digestión y en una sustancia higiénica que estimulaba suavemente el cerebro y prevenía contra no pocas enfermedades. La ciencia del siglo XX había establecido la perfecta inocuidad del tabaco, tan calumniado en otros tiempos, y neutralizando la acción de los productos que ofrecían algún peligro para ciertos temperamentos, había sacado un partido maravilloso de estas inhalaciones gratas, cuya importancia terapéutica era cada día mayor. El número de fórmulas para la confección de cigarros era considerable; para cada individuo estaban indicadas éstas ó aquellas marcas, según la complexión del fumador: el análisis tan severo como fácil, pues una lente de cristal poloniado permitía distinguir en el humo signos característicos, hacía punto menos que imposible toda superchería, y estos medicamentos gaseosos habían sustituido con grandes ventajas á la mayoría de los antiguos preparados farmacéuticos. Las instrucciones respecto de la dosis conveniente para el consumo de cada fórmula eran, en general, bien observadas por el público, merced á los progresos de la cultura, y en cuanto á los tabacos que pudiéramos llamar normales, ni el uso ni el abuso presentaban otro inconveniente que la saciedad.

Bueno es hacer notar que el desarrollo extraordinario de la costumbre de fumar, había limitado mucho el consumo de las bebidas alcohólicas; pues la modificación agradable de la inteligencia y del sentimiento que buscan los consumidores de estos líquidos-mayor admiración, ideas más rápidas y alegres-se las proporcionaba con menos riesgo y más baratura el tabaco depurado. La embriaguez alcohólica era, pues, mucho menos frecuente que en el siglo anterior.

Durante el almuerzo la conversación giró, al principio, sobre la situación del Africa, esa inmensa colonia en que con tanto brío se despertaba el sentimiento de la libertad. Elisa mostró la más viva simpatía por esos ideales, diciendo que era oprobioso para la humanidad el hecho de que el siglo XX no hubiese roto aún las cadenas del coloniaje para pueblos cuya personalidad era digna de respeto. Estas ideas de la joven acrecentaban la admiración que desde el primer momento había inspirado por su belleza al príncipe Ayoub, quien, sin darse cuenta de su indiscreción, la contemplaba con arrobamiento. No pudo menos de observarlo Elisa y algo turbada ante aquellas miradas devoradoras del apasionado africano llevó el coloquio por otros derroteros, auxiliada por su hermano, que se dió cuenta de la situación. Leía el joven como en un libro abierto en el tumultuoso pecho del africano, y se decía que estos hombres atávicos eran de sentimientos nobles, pero demasiado impulsivos. Además, el licor argentino tenía su parte de responsabilidad en aquella explosión mal reprimida de afectos simpáticos.

Se habló de literatura y Ayub, que era poeta de corazón y no carecía de conocimientos generales en este ramo de la cultura, se expresó con elocuencia y acierto. Pero sus ideas, aunque fueron recibidas con deferente aprobación, parecían arcaicas. Desde mediados del siglo XX habían ido desapareciendo de América y Europa los versificadores, y al presente la rima era sólo un recuerdo histórico; parecía extraño que las gentes hubieran podido conmovirse alguna vez con el acorde mecánico de ciertos sonidos al final de porciones simétricas del lenguaje. La creciente aplicación del telégrafo al periodismo y la necesidad instintiva de ganar tiempo, habían determinado gradualmente cambios notables en la expresión literaria. Se abreviaba cada vez más la exposición, fueron suprimiéndose los antiguos editoriales de los diarios, y el mérito, consistía en hacerse comprender

bien con pocas palabras. La necesidad de que los niños abarcaran en breve plazo los elementos de multitud de ciencias muy avanzadas y ricas en datos, determinó una revolución prodigiosa en los libros de texto. Se establecieron concursos públicos para otorgar premios á las obras más cortas y completas: el fárrago y la redundancia se miraban primero con disgusto y luego con indignación. Llegóse, por fin, á condensar las ciencias y las artes en un conjunto de breves y sencillas fórmulas, que retenían bien los alumnos y á las que se daba fácilmente cualquiera de sus infinitas aplicaciones. El ideal era que una cartilla de pocas páginas contuviese tanta materia como toda una biblioteca escolar de principios del siglo XX, y á la verdad, tantas inteligencias vastas y poderosas se pusieron al servicio de este plan de enseñanza, que se realizó lo que al principio se tenía por un imposible. Las consecuencias fueron más ventajosas de lo que en un principio se había esperado. Aquella concisión ultraspartana y á la vez de admirable claridad y vigor, dió por resultado que á los once años tuvieran los niños de regular capacidad mucha más vasta y sólida instrucción que los doctores del siglo XIX. Entrando en juego centenares de millones de células, hoy dormidas, de la sustancia gris del cerebro, los niños aprendían sin fatiga y hasta con avidez en un año lo que en épocas anteriores hubiese agotado las energías de toda su juventud. Las carreras terminaban ordinariamente á los dieciseis ó dieciocho años, y luego cada profesión exigía una labor continua en puntos especiales, sin que tan prodigioso ejercicio agotase las fuerzas, pues el cerebro, comparable á un estómago varias veces más robusto que el actual, se había hecho muy exigente y reclamaba nutrición intelectual intensa y copiosa. Bueno es añadir que la alimentación propiamente dicha se había ido transformando de tal modo que las indigestiones iban siendo poco temibles. En vez de masas musculares, tejidos cartilagosos y sustancias grasientas que desafiaban todos los recursos del jugo gástrico, se generalizaban las jaleas más delicadas y nutritivas, preparadas mediante artificios que las hacían extremadamente apetitosas. Los manjares, translúcidos y revestidos de formas caprichosas en elegantes moldes, eran gratos hasta para las personas más inapetentes, y su fácil asimilación evitaba esa pesadez cerebral que en otros tiempos convertía en un suplicio la vida de muchos hombres, haciendo dispépticos á casi

todos los trabajadores intelectuales. Aún se consumía, sin embargo, carne y pescado en proporciones enormes; pero más bien entre las clases populares; pues las familias distinguidas, aunque tuvieran con frecuencia en sus mesas algunos platos de esos manjares, los consideraban demasiado indigestos y toscos.

Volviendo de la cocina á la poesía, diremos que Ayub mostró no poco desencanto cuando Elisa le trazó el cuadro de la literatura contemporánea, limitada casi á fórmulas brevísimas, como los libros de estudio.

-Un autor que no dijese algo nuevo y profundo-manifestó la joven-se vería expuesto al desprecio de un público tan exigente como el de nuestros días. Ya no tenemos novelistas, al menos en el sentido que en otros tiempos se daba á esta palabra. Hay, sí, autores de leyendas en que se describen estados y reacciones de sentimientos como si se tratara de experimentos científicos. Una página y á veces una frase intensa, si es verdaderamente original, bastan para la reputación de un autor. La rima se ha sustituido por acordes felices de ideas y sentimientos, capaces de sugestionar hondamente al que oye ó lee.

-¿Y el teatro?-preguntó el príncipe.

-Solo nos queda la Opera, en que de vez en cuando se dan representaciones simbólicas, aparte de las históricas que permiten exhibiciones de trajes y costumbres de la antigüedad, todo ello idealizado para que pueda soportarlo el público. También se conservan y hasta prosperan los circos de gimnastas. En cuanto á lo demás, los fonógrafos perfeccionados, han sustituido con ventaja á los actores de otros tiempos. Basta una sola impresión de voz y figura para una serie interminable de representaciones y la ilusión es completa. Los cómicos se han refugiado en los arrabales y pueblos pequeños, donde no hay los elementos necesarios para las proyecciones luminosas y la audición fonográfica en gran escala. Además, el espectáculo de la vida real es hoy tan variado é intenso que el teatro, lejos de depurar y embellecer la existencia, parece que la debilita.

-Ya veremos y juzgaremos todas estas novedades -dijo Ayub-pero la impresión que siento al oír á usted, señorita, es la de un creyente que asistiera á la demolición de todas sus esperanzas en nombre del progreso, deidad insaciable que vive devorando ilusiones, sin dar tiempo para que nos forjemos otras nuevas. ¿Tanta prisa hay por llegar, no sé á dónde, que

ni siquiera puede el viajero fatigado detenerse á contemplar las hermosas perspectivas que le ofrece el camino?

-Más de una vez me he preguntado lo mismo-respondió Elisa-y he llegado á temer que nos condenemos á una vida extraña en que se dispone de todo lo necesario para ser feliz, pero apenas se goza un momento de felicidad, porque el descanso parece una pérdida irreparable, una confesión de fatiga y en resúmen una prueba de postración y debilidad. Pero no soy yo quien puede resolver dudas de que participo, acaso porque las mujeres tenemos menos aptitud para renunciar bruscamente á las tradiciones y los recuerdos. Mi padre y mi hermano piensan de un modo muy distinto.

-Cierto es-dijo Renato-y si algo lamentamos es no poder ir más aprisa. Cada uno de los altos en la marcha representa muchos dolores sin calmar, muchos problemas aplazados para mañana, cuando hubieran debido ser resueltos ahora.

-Además-añadió Augusto-no es prudente detenerse cuando los demás caminan con apresuramiento. La forma de la guerra en nuestros días es la competencia en los adelantos; el que se rezaga, difícilmente vuelve á ganar el puesto perdido. A fuerza de luchar con el torbellino de la vida contemporánea nos habituamos de tal modo á sus corrientes vertiginosas que, fuera de su influjo excitador, parece que nos agitamos en el vacío. Las altas presiones son nuestro medio ambiente.

-Pero ¿resisten todos esta lucha sin tregua contra dificultades que sólo se resuelven para ceder el paso á otras mayores?-preguntó Yezid.-¿No caerán rendidos muchos de los atletas que se disputan la copa de oro?

-Sí;-contestó Renato y este es un aspecto de la cuestión. Entre la existencia relativamente beatífica y aun pudiéramos decir inerte de los siglos anteriores y la de hoy, media un abismo que no se colma sin pena; la acomodación al ambiente actual no es un juego de niños, y los que flaquean, los que sucumben y se rinden ó estallan se cuentan por legiones. Las víctimas pertenecen casi todas á los habitantes de la zona media, á los cerebros de transición, demasiado altivos ó ambiciosos para mantenerse en la turba multa de los indiferenciados y no tan fuertes que puedan convertir en realidades sus aspiraciones. Muchos de estos fracasos se previenen con el examen psicográfico, merced al cual tiene cada uno idea de las fuerzas que puede desplegar en el combate y de las que sería temerario

pasar. Mas hoy, como siempre, el amor propio se antepone á menudo á las sugerencias de la prudencia, y el deseo de ganar algunos grados en la escala mueve á intentar aventuras no menos arriesgadas que las de los cuentos fantásticos. Bueno es hacer notar que muchos triunfan, ya porque llegados á cierto punto recogen velas y se conforman con lo adquirido, ya porque el firme deseo de avanzar puede ser indicio de una fuerza latente que se manifiesta y acrecienta en las vicisitudes de la lucha. Pero, lo repito, los que caen son en gran número; los casos de locura son muy frecuentes en nuestra conturbadísima sociedad: se necesita ser buen marino para no sentir los efectos del balanceo. Asistimos á estos desventurados lo mejor que nos es posible, y he de advertir á ustedes que la terapéutica de las enfermedades mentales ha progresado de un modo notable; raro es que las perturbaciones lleguen á la demencia confirmada. Restablecido el enfermo evitamos su recaída, consagrándole á tareas que pidan escasa tensión cerebral y aún es posible una existencia decorosa y moderadamente intensa y feliz para esos vencidos del pensamiento. Por lo demás, el progreso no se interrumpe, las bajas quedan suplidas con exceso y la explicación es muy sencilla; hace un siglo no había en todo el país sino algunos centenares, pongamos millares, de hombres realmente ilustrados; ahora tenemos millones. Proporcionalmente trabajan hoy cincuenta intelectos poderosos por cada uno que trabajaba en 1910; esto tenía que conducir á resultados muy superiores y así ha sucedido.

Esta última parte de la conversación, había entristecido algo á los comensales. Mas llegaba el momento de partir; Renato y Augusto se dispusieron á servir de guías á los abisinios, quienes expresaron su gratitud por las atenciones recibidas y Ayub al despedirse de Elisa hubo de manifestarla en términos un tanto poéticos, aunque no rebuscados, que un insecto puede prendarse de una estrella sin que ésta se dé por ofendida, y que él se conceptuaba muy dichoso por haber emprendido un viaje en que había ganado el derecho á un recuerdo de cuya dulce posesión nadie le podría privar. Aunque un poco violenta, agradeció Elisa estas frases, y en cuanto á Renato y Augusto, hubieran preferido que no figurase tal número en el programa; pero se esforzaron por achacar la desafinación á las costumbres africanas y salieron con sus invitados á la azotea ó plataforma donde les aguardaba el aparato de navegación atmosférica.

capítulo



Buenos Aires á vista de pájaro

La locomoción á través del aire se había convertido á principios del siglo XXI en un hecho tan generalizado, que pudiéramos llamarlo trivial. No había país alguno en el mundo en que no se conocieran y emplearan las máquinas voladoras en sus dos tipos fundamentales de aeroplanos y globos dirigibles; los primeros de metal, que regulaban el peso específico mediante considerables aumentos ó disminuciones de su volumen, de modo que podían ser mucho más ligeros ó mucho más pesados que el aire, á voluntad de los tripulantes. En cuanto á la propulsión horizontal se obtenía de un modo satisfactorio mediante subidas y descensos consecutivos, determinados por la forma del aparato-dos conos de muy escasa altura unidos por sus bases -de suerte que el avance se hacía en

una serie de ángulos enlazados de unos 150 ó más grados de amplitud. Esto no era precisamente un trayecto horizontal, pero se aproximaba mucho, la horizontalidad perfecta exigía el uso de trolley inferior y permitía elevaciones escasas; de modo que se iba renunciando á este procedimiento dispendioso y pesado. Otros aparatos de aviación se movían por medio de motores alimentados con cinta explosiva: éstos marchaban en cualquier dirección contra los vientos más potentes, pero eran arriesgados. Por último, los globos dirigibles hacían trayectos sensiblemente horizontales, pero se resentían de lentitud.

El aparato en que se colocaron nuestros amigos, pertenecía al tipo aeroplano y presentaba grandes comodidades. Guiábalo un experto timonel, Angel Aguilera, muy entusiasta de su papel, en que hubieran podido reemplazarle en caso de necesidad Renato ó Augusto, que le trasmitían sus indicaciones por medio de un tubo microfónico. La velocidad máxima del aeroplano, llamado Elisa, en homenaje á la bella hija del intendente, era de unos 300 kilómetros por hora, pero no se invertían, por precaución, rapideces más altas de 200 á 250 kilómetros.

En los primeros momentos el aparato se levantó á una prodigiosa altura, para lo cual se le agigantó con un sencillo mecanismo que aumentaba muchas veces su volumen, separando los dos conos y manteniendo unida sus bases mediante reservas antes replegadas y que formaban un todo continuo, ligero y de pasmosa resistencia. Unos miradores constituídos por sustancias más transparentes que el mejor vidrio, permitían apreciar los detalles del paisaje; algunos de estos miradores eran de piezas movibles y hacían el papel de anteojos terrestres. Los viajeros habían comenzado su excursión á la 1 y 25 minutos de la tarde, y á la una y media estaban ya á doce mil metros de altura. La enorme diferencia de presión no les podía molestar en lo más mínimo, porque disponían de todo el aire comprimido que pudieran necesitar y el aparato resistía perfectamente la tensión interior. Una rápida marcha hacia el oriente les colocó en breves minutos sobre el Río de la Plata, perceptible como una franja triangular en el fondo de un abismo.

-Desde aquí, aproximándose á los miradores telescópicos-dijo Renato, - abarcan ustedes un radio de más de 600 kilometros; esto es, un círculo cuyo diámetro viene á ser la trigésima tercera parte de la vuelta del planeta

por un círculo máximo. No se ve con nitidez sino los dos tercios de ese inmenso casquete; sin embargo, la mirada llega por el oriente hasta el Atlántico; Montevideo, Maldonado y varias ciudades brasileñas son perfectamente perceptibles; por el Norte abarcamos los ríos Paraná y Uruguay con muchos de sus afluentes y gran parte de las provincias de Entre Ríos, Buenos Aires y Santa Fe, y al S. y al O. se extiende, como ven ustedes, un prodigioso rebaño de construcciones, una especie de continente de edificios, que no es otra cosa que la ciudad de Buenos Aires.

Los abisinios, mudos de admiración, no apartaban sus ojos de las mirillas situadas cerca del fondo del aparato.

-Esto es sobrehumano, enloquecedor, parece la realización de un delirio-dijo al fin Ayub tras largo rato de contemplación apasionada.

-Confieso que tan prodigiosa grandeza me causa vértigo y anonadamiento-manifestó á su vez Yezid.

-En realidad, jamás se había llegado á tanto en país alguno del mundo-indicó Augusto.-Hemos ido convirtiendo en una población continua la tercera parte ó más de la provincia de Buenos Aires. La capital se ha desbordado sobre las tierras circundantes, que no han podido ni querido resistir esa benéfica invasión. Hace un siglo el término municipal apenas llegaba á 200 kilómetros cuadrados; hoy, sin contar las ciudades lineales, verdaderas expansiones ó tentáculos del adorable mónstruo, que se prolonga por el oriente hasta Montevideo, por el norte hasta el Rosario, por el sur hasta Bahía Blanca y por el oeste hasta San Luis y Córdoba, formando una estrella gigantesca (los primeros hilos de la tela de araña, las primeras vías de la formidable ciudad argentina del porvenir) la Estrella del Sur, propiamente dicha, pasa de cien mil kilómetros cuadrados y se aproxima á los 80 millones de habitantes. Pero si incluimos esos arrabales sin fin, esos rayos de la estrella, hay que añadir más de otros 30 millones de pobladores. Semejante alarde no ha tenido igual en la historia; ya ven ustedes que tenemos sitio para alojar cómodamente diez ó doce confederaciones de ciudades por el estilo de Nueva York, con la enorme ventaja de que la población de Buenos Aires ó la Estrella del Sur, como también la llamamos, está, en general, mucho más diseminada; porque exceptuando la aglomeración antigua, el macizo formado por el núcleo

primitivo, tenemos más de un cuarto de hectárea por habitante, y estos huecos los rellenos con jardines deliciosos, huertos y hasta zonas encantadoras é higiénicas de cultivo á la moderna.

- Desearíamos conocer algunos datos acerca del crecimiento de este coloso-dijo el emir.

-Yo les facilitaré historias impresas muy completas y detalladas; -contestó Renato-por ahora me limitaré á indicaciones generales, advirtiéndoles que ninguna conversación puede halagarme tanto como ésta, porque mi adhesión á Buenos Aires es un culto, una idolatría.

-Le oiremos con el mayor gusto-dijo Ayub-advirtiéndole que, aunque nuevos en este maravilloso país, nos sentimos ya ligados á él por un afecto entrañable.

Augusto sonrió levemente á la vez que daba algunas órdenes al conductor Aguilera, para que descendiese aproximándose á la ciudad antigua, manteniendo el aparato á una altura no mayor de 600 metros. En cuanto á Renato, no poco lisonjeado por el caluroso acento de sinceridad del príncipe, habló en estos términos:

-Hace un siglo, la población de Buenos Aires no pasaba de un millón y doscientos mil habitantes, sin embargo de lo cual era ya una de las mejores ciudades del mundo. El país reunía condiciones excelentes para el fomento de su cultura y su riqueza; pero carecía de buenos gobernantes y administradores. La política en aquellos tiempos era vergonzosa; muy pocos hombres se habían elevado á la noción del verdadero patriotismo. No faltaban, sin embargo, ilustres ciudadanos, descollando entre todos don Bartolomé Mitre, pero muy poco era lo que podían conseguir; su voz se ahogaba en el clamoreo suscitado por las más bastardas y egoistas pasiones.

-Conocemos y respetamos á esa ilustre figura histórica-dijo Yezid-y en nuestros colegios se le llama el gran sudamericano del siglo XIX.

-Aquí-prosiguió Renato inclinándose con deferencia-le hemos elevado un monumento colosal, que pronto verán ustedes, y cada argentino lleva en su corazón y en su pensamiento el nombre de Mitre, símbolo de la unión nacional. Mas en la época de que hablo, el egoismo era mucho más fuerte que la justicia. Se buscaba el triunfo personal por medio de la riqueza, conquistada á costa de los intereses del país, que perdía mil

millones por cada millón adquirido por los logrerros. No hay palabras que den clara idea del divorcio que reinaba entre las aspiraciones del pueblo y la pequeñez moral de sus gobernantes; cada nueva situación era un nuevo desengaño. El país, á pesar de todo, progresaba; pero con dolorosa lentitud. Por fortuna, la juventud de 1910 mostró cualidades de inteligencia y corazón que permitieron esperar tiempos mejores. Y hubo un hombre, Luis Miralta, que después de haber disipado vanamente, como tantos otros, los mejores años de su vida, tomó una resolución heroica y supo cumplirla. Cuéntase de algunos grandes pecadores de otros siglos que, al sentir el acicate del remordimiento, se hacían monjes y edificaban con su piedad á los hombres de su generación. Luis Miralta, reprochándose la inutilidad de su existencia, consagró la que pudiera quedarle al bien de su patria y se convirtió en apóstol desinteresado de aquella juventud en que tantas esperanzas podían fundarse. Las conferencias públicas que promovió, los discursos que hubo de pronunciar, así en Buenos Aires como en otros puntos de la República, sus folletos repartidos gratuitamente, sus acertadas indicaciones y la firme resolución manifestada desde los primeros momentos, y en que supo perseverar frente á todas las tentaciones, de no aceptar un solo cargo público, acabaron por darle una reputación inmensa. Hacían falta entonces grandes ejemplos de austeridad y abnegación, y aquel hombre supo darlos. Elegido varias veces diputado contra su voluntad, renunció siempre la investidura; el parlamento estaba viciado por los políticos de oficio, y la palabra de Miralta ejercía, fuera de la llamada representación nacional, una influencia decisiva que hubiera perdido en aquella atmósfera de excepticismo y caudillaje. Llegó á ser el ídolo de la juventud y tuvo millares de discípulos fervorosos, alguno de los cuales llegaron al Parlamento y al gobierno. Aquel hombre excepcional murió á los veinte años de apostolado con el inmenso consuelo de ver á su patria en manos puras y en franca vía de regeneración y progreso: su entierro fué una manifestación comparable sólo á la que se había realizado cuando la muerte arrebató al que ha llamado usted, con razón, el gran sudamericano del siglo XIX.

¡Qué inmenso es el poder de un hombre cuando se consagra fervorosamente al bien de la colectividad! La generación educada por Miralta levantó este país á una altura increíble. Hubo un largo periodo de



verdadero frenesí patriótico, en que se registraron hechos y competencias de generosidad cuyo recuerdo fortalece el alma. No vacilo en decir que desde 1930 á 1960 tuvimos los mejores gobiernos del mundo.

Ya en 1930 tenía Buenos Aires más de tres millones de habitantes y empezaban á poblarse con regularidad los campos de la República. Pero en el segundo tercio del siglo XX las condiciones interiores del país se habían mejorado tanto y la administración era tan envidiable, que la inmigración á la Argentina tomó proporciones fabulosas: el mundo entero vaciaba sus caudales y sus hombres sobre nuestro suelo. La fiebre de producción valorizaba los terrenos situados en las proximidades de Buenos Aires en proporciones increíbles; hubo que ampliar sucesivamente el término municipal, que se fué extendiendo por los antiguos partidos de Matanza, San Isidro, San Martín, Olivos, Morón, Moreno, Merlo, General Sarmiento, San Fernando, las Conchas, Lomas de Zamora, San Vicente, Almirante Brown, Quilmes y Temperley, tomando más adelante mayores desarrollos. Hoy los contornos de Buenos Aires no están bien definidos, pues no pasa un mes sin que se construya seis ú ocho mil edificios de nueva planta; pero en general sirven aún las indicaciones de este croquis -dijo mostrando á sus interlocutores un pequeño plano.-La ciudad, á más de los antiguos departamentos que indiqué-hoy son barrios ó distritos-se extiende por Monte Grande, Cañuelas, Lobos, Ranchos, Chascomús, Brandzen, La Plata, Lavalle, Dolores, Velázquez y Maipú, terminando en esta dirección cerca del Cabo de San Antonio. Sigue hacia el S. O. por Las Flores á Saladillo, 25 de Mayo, Chivilcoy, que forma el extremo O., recurvando por Mercedes, Luján, Salto, Arrecifes, Pergamino, (extremo N. O.) Guerrico, Conesa, Rojo y San Nicolás, al Norte. Estos son, aproximadamente, los límites actuales de Buenos Aires. ¿Dónde se detendrá su crecimiento? Es aventurado contestar á esta pregunta. La humanidad propende aquí y en todas partes á concentrarse en núcleos urbanos cada vez mayores, y la crisis de los campos de labranza, combatidos por las fábricas de productos químicos, favorece la evolución. Quizá se reaccione algún día; quizá, por el contrario, los continentes lleguen á convertirse en vastas ciudades de edificios aislados; yo me inclino á esta última suposición.

-¿Qué materiales se emplean preferentemente en estas vastísimas construcciones?

-preguntó Yezid.

-Por mucho tiempo el bello ideal fué edificar solamente con hierro, piedra arenisca y porcelana, y tenemos cientos de miles de casas de este tipo, muy sólidas é higiénicas. Después con el hierro han ido alternando el aluminio y el selio, metal este último casi tan ligero como el agua, tenaz, duro y poco alterable, pero difícil de obtener á precios remuneradores. De los cuatro millones y pico de casas que tenemos, más de la mitad son de papel y celulosa comprimida y siliciada; materia resistente, impermeable, tenaz y que permite el empleo de ornatos, caprichos y fantasías cada vez más nobles y de mejor gusto, porque durante su elaboración se puede moldear como una pasta docilísima. Usamos con profusión chapas de mármoles artificiales y de metales diversos; sobre todo aluminio, bronce variados y oro. En ciertos días de festividad pública, todo vecino puede conseguir que las fachadas de su palacio brillen discretamente, como si estuvieran formadas por metales puros de diversos colores, en que el sol, sin deslumbrar, produce efectos verdaderamente hermosos. Como dato interesante, diré á ustedes que el desarrollo total de las calles de Buenos Aires pasa hoy de 312 mil kilómetros, casi ocho vueltas á la Tierra por el Ecuador.

-¿Hay algún estilo arquitectónico predominante en este Océano de viviendas?-preguntó Ayub.

-En las estaciones, mercados, embarcaderos y demás recintos destinados á dar cabida á cientos de miles de personas á la vez, el estilo es completamente moderno y los materiales exclusivamente metálicos y revestidos de barnices ó esmaltes aisladores, porque ninguna de las formas antiguas nos permitiría cubrir espacios tan inmensos; en general se usan arcos de pocos grados y de radio grandísimo para las series de puertas y luego se busca la belleza en los remates y en los detalles de ornamentación. Abundan mucho también las torres, necesarias para servir de apeaderos y de puntos de partida á las máquinas voladoras; hay edificios de esa índole que miden 400 y más metros de altura. Por la noche brillan como gigantescos faros, iluminando un radio muy considerable y algunos tienen verdadero mérito artístico. El más importante,

situado hacia el centro de la ciudad, es una colosal escultura: *La República Argentina difundiendo la libertad en América del Sur* y su elevación llega á 512 metros.

Prescindiendo de estas construcciones gigantescas, tenemos otros edificios grandiosos, como el palacio del Presidente de la República Argentina situado, por tradición, en el mismo sitio que ocupaba, un siglo hace, la Casa Rosada; pero incalculablemente mayor, tiene 33 pisos y 16 cuerdas de superficie y está rodeado de admirables jardines, con estatuas de todos los presidentes. En un siglo hemos ganado al río de la Plata muchísimo terreno, lo hemos canalizado, haciendo desaparecer en gran parte los bancos que dificultaban su navegación y le hemos dado más profundidad. Muy cerca del palacio de nuestro Presidente -á quien visitaremos mañana- conservamos con amor un monumento minúsculo, achatado, sin valor artístico; pero que lo tiene inmenso para nuestros corazones de patriotas; el Cabildo, de donde salió en 1810 el grito de la independencia argentina. Respetando su desplazamiento, hemos ido renovando poco á poco su material, que está formado de pórfido, ágata, mármoles admirables y metales preciosos. Cerca del faro gigante, en el centro de la Estrella del Sur, hemos levantado con un verdadero delirio de lujo, y me atrevo á decir que también con elegancia y arte excepcionales, el magnífico palacio del Presidente y Consejeros de la Confederación Latino Americana, en que hemos invertido un prodigioso número de millones. No hay en el mundo una residencia comparable á ésta; los sultanes de Oriente no han soñado cosa igual. Ustedes juzgarán pronto si son apasionados ó excesivos mis elogios.

Son también dignos de citarse, aunque en más modesta escala, los palacios de los ministerios; los del Senado y la Cámara de Representantes, la Intendencia Municipal, los Asilos y Hospitales, las quintas consagradas á la curación de los enfermos del cerebro, y los palacios destinados á la distribución y medida de las aguas corrientes, relacionados entre sí, además de estarlo con el Río de la Plata y el Océano. Diré á ustedes de paso que damos á cada habitante para su consumo 500 litros de agua por día, lo que supone unos 50 millones de metros cúbicos; pero solo el estuario del Plata tiene un

caudal dos mil veces mayor, de modo que no hay miedo alguno de que el agua escasee jamás. Para limpiar las calles usamos la del mar y en caso necesario, fácil nos sería despojarla de sus principios salinos; éste es un problema resuelto hace ya mucho tiempo.

-¿No hay templos en Buenos Aires?-preguntó Yezid.

-Si tal: las antiguas religiones, más ó menos debilitadas, subsisten y se han ideado otras nuevas; pero el carácter de nuestra época, muy religiosa ciertamente, se opone al desarrollo de los cultos particulares, y las iglesias, lo mismo las católicas que las protestantes, masónicas, musulmanas, budistas, disidentes, etc., viven modestamente y no ejercen acción apreciable en la marcha del Estado. Los clérigos tienen escaso prestigio y sólo pueden usar trajes particulares en los oficios de sus respectivos cultos. Son pocas las personas de verdadera ilustración que se registran en una secta determinada; estamos persuadidos de que las creencias no se imponen y que es inútil buscar prosélitos para ellas: cada uno cree lo que puede, los dogmas cerrados no los aceptan sino los espíritus de pocos alcances, y aunque el Pontífice romano y sus compañeros de generalato sacerdotal siguen lanzando bulas y aún excomuniones, todo indica que lo hacen por costumbre y por no desautorizarse ante sus secuaces; pero en el fondo están persuadidos de que se dirigen á un mundo que ya no existe. No faltan templos erigidos en honor de ciertas virtudes abstractas, los hay, bastante notables por cierto, á la Constancia, á la Verdad, al Trabajo. Por desgracia, el vicio tiene también fundaciones suntuosas en que la imaginación, el lujo y el arte han agotado sus recursos; hay que tomar á la humanidad como es y embellecer en lo posible pasiones que aún no han podido ser modificadas. Frente á esplendores de progreso y civilización, tenemos Babilonias refinadas que sólo podrá ir abatiendo la elevación del nivel moral, y en este aspecto la humanidad no avanza en el mismo grado que en los adelantos intelectuales. No hay seducción para los espíritus débiles, que aún propenden á debilitarse más dispersando vanamente sus energías, que no exista en este mundo condensado.

Respecto de los edificios particulares, hay hoteles gigantescos en que gran parte del servicio se hace automáticamente; casas de

treinta ó cuarenta pisos y de muchos millares de habitaciones; gigantescos bazares, establecimientos mercantiles de variedad infinita, innumerables fábricas que no despiden humo ni emanaciones peligrosas de ningún género. El casco antiguo de la ciudad-que hace un siglo era de 200 kilómetros cuadrados y no tardó en subir á mil-está en su mayor parte ocupado por edificios de piedra y hierro; abundan allí las construcciones duraderas y monumentales y la densidad de la población es muy grande; pues en cien mil hectáreas hay cerca de diez y seis millones de habitantes. Ese núcleo es lo que llamamos la ciudad vieja, aunque su edificio más antiguo es el Cabildo, enteramente renovado. Al rededor de este centro, la edificación, sin perder su continuidad, se va esparciendo más y toma nuevo carácter. Todos los estilos antiguos tienen representación, y para evitar el desorden y la falta de armonía hemos dictado leyes en que se prescribe la homogeneidad de las construcciones dentro de los términos de cada zona. Nadie considera vulnerado su derecho por esta reglamentación, pues cada estilo es prácticamente inagotable. Hay, pues, distrito chino, indio, egipcio, persa, caldeo, griego, romano, bizantino, gótico, árabe, plateresco, del renacimiento en sus diversos períodos, de Luis XV, barroco, churrigueresco, jesuítico, y esta variedad de gustos arquitectónicos da un atractivo muy grande á los distritos de esta ciudad inmensa. Los arquitectos son, en general, verdaderos artistas; el capital abunda y no hay monumento notable de la antigüedad que no hayamos reproducido. Pero aún quedan vastísimas zonas para las edificaciones de los últimos modelos ó para las que nacen de la fantasía ó el capricho, y hay cientos de miles de casas originales y bellas según unos, extravagantes y monstruosas según otros; hasta una barriada existe en que las casas son estatuas humanas colosales. Hay que abrir paso á toda clase de concepciones estéticas más ó menos raras, siempre que no representen la negación sistemática del buen gusto y de la lógica. Por fin, en los arrabales, á más de 400 kilómetros del Río de la Plata, existen barriadas de casas no adheridas al suelo, transportables por secciones y aún automovibles. Un gran descubrimiento reciente, que aún se halla en el período que pudieramos llamar de laboratorio, podrá

determinar antes de mucho la total revolución de las construcciones y aún de los vehículos. Me refiero á la abarita y antibarita, sustancias que prepara en cortísima escala un físico indostano, y merced á las cuales pueden quedar suspendidos los efectos de la fuerza de gravedad para masas de cierto volúmen.

Llegaban en esto los viajeros á la Intendencia Municipal. Más ó menos cerca de ellos, y á diversas alturas, cruzaban en todas direcciones el aire máquinas voladoras y globos de diversos tamaños y formas. La Intendencia estaba situada en una de las grandes vías diagonales que atravesaban de un extremo á otro la ciudad de Buenos Aires y que no tenía menos de 600 metros de anchura por otros tantos kilómetros de longitud, con edificios de 250 ó más metros de elevación. Esta inmensa calle, titulada Avenida de 9 de Julio, formaba una colosal X con la Avenida del 25 de Mayo, y los cuatro ángulos determinados por ambas tenían como bisectrices las Avenidas de América y Argentina, que se cortaban en cruz. La confluencia de estas cuatro vías era una plaza hermosísima, con grandes jardines y soberbios edificios en uno de los cuales se hallaban las oficinas de la Intendencia, construcción colosal, de estilo algo pesado, en que trabajaban legiones de funcionarios que se renovaban cada cuatro horas. En medio de la plaza elevábase la estatua colosal de D. Bartolomé Mitre, que daba nombre á este lugar, de imponderable magnificencia.

El artista argentino á quien se debía la última y la mejor de las estatuas de Mitre, había seguido una inspiración distinta que las que guiaron á sus antecesores. Estos, en diversos monumentos elevados á la memoria del ilustre hijo de Buenos Aires, le habían representado, ya de gran uniforme, ya en correcto traje de hombre civil, utilizando como nota artística para neutralizar la monotonía indumentaria, la expresiva y genial cabeza del eminente argentino. Estos trabajos escultóricos, no exentos de mérito, habían sido destinados, uno al panteón de historiadores, otro á los jardines del palacio presidencial, y el tercero, una estatua ecuestre muy gallarda, á la antigua plaza del Once de Setiembre, de la que era orgullo y gala. Pero en el monumento colosal y definitivo de Mitre, levantado en la grandiosa plaza de su nombre, el escultor Bautista N. Tancredo, joven de inspiración briosa

y original, y en quien la admiración al gran sudamericano era una tradición de familia, había querido representar á Mitre tál como le conoció Buenos Aires en el último periodo de su fecunda existencia, y este atrevimiento artístico había sido coronado por el más feliz éxito. D. Bartolomé Mitre parecía dominar desde su pedestal á la inmensa ciudad de Buenos Aires, á su patria querida, con el aspecto de ciudadano sencillo, vestido con modestia, con cierta llaneza-incorrecta á los ojos del vulgo, elegante por lo característica ante la mirada penetrante del verdadero artista-cualidad que le hizo tan simpático y popular en su tiempo. Aquél era el verdadero Mitre, el familiar, el hijo del pueblo, levantado á las cumbres de la milicia, del saber y del gobierno, á la jefatura de la opinión por la virtualidad de su talento, su constancia, su valor y su noble carácter. No había la menor afectación en su actitud: ligeramente inclinado, como si contemplase con íntimo regocijo la incomparable ciudad en que se meció su cuna, la mano derecha casi oculta por la abertura del saco y apoyada sobre el corazón, la mano izquierda caída negligentemente sobre el costado; la venerable cabeza cubierta por el tradicional chambergo, que ligeramente echado atrás dejaba ver la honrosa cicatriz de la frente, y el rostro admirablemente caracterizado, verdadero prodigio de expresión; don Bartolomé Mitre no era en aquella estatua un personaje idealizado, era él mismo, y esto valía más. Aquella colosal figura causaba al principio extrañeza y después admiración profunda, fascinación invencible, porque parecía la vida en acción, la evocación mágica de una imagen familiar y querida, animada del fuego sagrado que Prometeo robó á los dioses. El pedestal era un formidable bloque de piedra en que, aproximándose mucho, se distinguía inmensa variedad de bajo relieves, en que estaban esculpidos los principales episodios de la vida del gran general, sabio insigne é insuperable patriota y ciudadano.

Los viajeros abisinios admiraron largo rato aquella escultura, hija de la admiración y el amor de un verdadero artista, que había regalado á sus conciudadanos la obra de su inspiración. Luego visitaron el palacio de la Municipalidad en que se despidió afectuosamente de ellos Renato de Villena, dejándoles encomendados á su hijo Augusto,

quien les hizo notar el sistema de veredas automovibles dispuestas en franjas paralelas con sesenta velocidades diferentes, desde seis á cien kilómetros, para comodidad de los viandantes, la inmensa animación de las avenidas, dispuestas en secciones longitudinales, ya para los automóviles, ya para los tranvías, ya para los caminantes á pié, que podían pasar de un lado á otro en el sentido de la anchura por gallardos puentes de aspecto delicado y gran resistencia ó por túneles aéreos. Vieron el palacio de la Confederación, los museos, el depósito central de aguas, inmenso recipiente cristalino, vaso capaz de vaciar un lago; pero al cabo de algunas horas, rendidos á fuerza de maravillas, solicitaron gracia y Augusto les acompañó al hotel en que se alojaban, quedando en visitarles á la mañana siguiente en unión de Renato, para combinar nuevas excursiones.

capítulo



Un cerebro victorioso y un corazón destrozado

Ayub y su anciano tío, presentados sucesivamente al presidente de la República Argentina, al de los Estados Unidos de la Confederación Latino Americana, á los ministros, al presidente del Poder Judicial, al Ingeniero jefe de las obras del vastísimo puerto que se extendía por los ríos Paraná y Uruguay, el estuario del Plata y una parte de la costa del Atlántico, ofreciendo al viajero la perspectiva de una ciudad sin fin; obsequiados y guiados por multitud de personajes, no obstante viajar de incógnito, pues esta palabra carecía entonces de verdadero sentido; festejados con banquetes, biografiados y sometidos á entrevistas por muchos periódicos, arrastrados por aquel vértigo de vida furiosamente inquieta que parecía hervir en las calles, en los aires



y hasta en el subsuelo, se vieron mil veces á punto de desfallecer. Yezid recordó á su sobrino que llevaban ya quince días en la Estrella del Sur, aunque á él le parecían quince años por la multiplicidad inconcebible de impresiones é imágenes que habían hecho vibrar su cerebro, convertido en caleidoscopio. Pero Ayub, aunque tan fatigado como su respetable pariente, se obstinaba en seguir sus estudios y experiencias en la primera ciudad del mundo.

Ciertamente, la grandeza de Buenos Aires le subyugaba; el espíritu del joven abisinio veía realizadas allí con creces las magnificencias á que le inclinaba su fantasía y sentíase inclinado á creer que las ideas grandiosas necesitan, como los cuadros de mérito, un marco adecuado, que haga resaltar sus perfecciones, y ningún marco mejor que la inmensa condensación de energías de una ciudad ultratitánica. Pero, con todo esto, la nostalgia del Africa Oriental habría vencido su admiración si no le retuviese en Buenos Aires algo más grande para él que las cuatro mil leguas cuadradas llenas de prodigios que recorría incesantemente en todas direcciones, pero sometido siempre á la atracción geométrica ni estaba perdido en la inmensidad, sino que lo envolvía todo y daba misterioso prestigio á las calles sin fin, á las avenidas suntuosas y eternas, y más espléndido valor á los millones de millones de francos en que los economistas justipreciaban el costo de tantas maravillas. Él hubiera querido disponer de toda esa fortuna para regalar Buenos Aires á Elisa, de quien era ya su corazón; sentía por ella un amor apasionado, indomable, de los que en esa época positiva y razonadora apenas se concebían ya sino como delirios de poetas ó manifestaciones de atávica barbarie. Yezid, confidente de tan extremado afecto, lo había combatido con prudentes razones: al cabo un rey era un rey; las aristocracias de la sangre aunque mueran son impenitentes y se niegan á someterse á la evidencia. Ayub, que había sacado de sus viajes ideas más amplias, distaba de dar exagerado valor á su posición de príncipe real y se mostraba dispuesto á todas las renunciaciones antes que á la de su amor, lo que afligía sobre manera al viejo emir y le hacía lamentar aquel á que ansiaba poner término, esperando que la ausencia traería la reflexión y con ella el olvido.

Prescindiendo de las exigencias de la etiqueta, y aún á riesgo de sufrir un doloroso desaire, Ayub multiplicó sus visitas á la casa de Renato

de Villena. Yezid le acompañó los primeros días; pero desde que hubo penetrado el verdadero fin de aquellas asiduidades dejó que el príncipe, cuyo violento carácter conocía, prosiguiese aquella aventura, no sin reiterarle todo género de discretas reflexiones.

Ayub no pecaba de tímido, pero en presencia de Elisa perdía casi todo su valor. En varias ocasiones sintióse tentado de confiar su situación á Augusto, en cuyo laboratorio pasaba diariamente algunas horas cultivando su intimidad, cosa no difícil, porque el joven sabio era sumamente cordial y afectuoso. Le pareció, sin embargo, al príncipe que aquel paso previo sería embarazoso para los dos y ridículo para él, y al fin, realizando un esfuerzo extraordinario, se decidió una mañana á escribir á Elisa. Pintábale con vivos colores el estado de su espíritu y se manifestaba resuelto á todo con tal de hacerla su esposa.

Esta carta, que por su inusitada extensión y el ardor de sus frases parecía propia del siglo XIX, produjo en Elisa honda impresión. Ayub distaba de representar el ideal amoroso que la joven se había forjado, nunca había entrado en sus divagaciones sentimentales la idea de unirse á un hombre de tez bronceada, y á pesar de la gallardía del abisinio era evidente que éste pertenecía á una raza ó inferior ó muy diferente. Pero el amor es contagioso; es muy difícil que una persona sea impunemente muy querida; tal vez las cualidades guerreras de Ayub, su posición regia y la romántica aureola que le daba su papel de mantenedor de la independencia de un continente desgraciado, contribuyeron á perturbar la serenidad de Elisa: lo cierto es que no se atrevió á contestar negativamente á la fogosa declaración del africano y le escribió manifestándole que esperaba recibir su visita en la tarde siguiente. Por la noche, terminada la cena, invitó á su padre y á su hermano á que la siguiesen á sus habitaciones y, una vez allí, les impuso de lo que sucedía. Renato quedó profunda y desagradablemente sorprendido; no así Augusto, que desde el primer día se había dado cuenta de lo que pasaba en el corazón del impetuoso abisinio.

-Casi creo inútil, hija mía-dijo al fin Renato-consultarte acerca de tus sentimientos hacia ese joven. Difiere demasiado de tí en raza, ideas y costumbres; su título y su estirpe, muy altos en civilizaciones rudimentarias, no pueden deslumbrar á la hija del Intendente de la primera ciudad del mundo.

-Es cierto: no encuentro posición alguna más honrosa que la nuestra; -contestó Elisa- pero no he de negarte que Ayub, quizá por lo muy distinto que es de nuestra juventud fatigada y sin ideales de ternura, me ha impresionado favorablemente. No todas las mujeres nos contentamos con las satisfacciones materiales y con los progresos mecánicos que tanto os agradan á vosotros: necesitamos algo más que no sé definir, pero que siento muy bien, y nuestros corazones responderán con más simpatía al que nos ofrezca una flor campestre, que al que sea capaz de fabricar un ramillete de violetas artificiales en que todo, hasta el perfume, sea muy exquisito y muy engañoso.

-Siempre tuvo Elisa reminiscencias atávicas-dijo Augusto-y no hay que contrariar su visión especial de la dicha. También tiene su poesía nuestro tiempo; pero hay quien la busca de preferencia en el pasado.

-Veo con pesar, Elisa-repuso el padre-que tus ideas están separadas de las nuestras por un abismo y que la fantasía habla en tí más alto que la previsión. Supongamos que se realiza tu deseo y que eres esposa de Ayub. ¿No será un triste despertar el tuyo cuando te veas en un país semibárbaro, sometida á usos que tal vez pugnen con tu educación y tu delicadeza, respirando una atmósfera de guerra y exterminio que ha de ser penosa para tus sentimientos?

-No, padre mío-contestó Elisa-creo por el contrario que en ese ambiente del mal puedo hacer mucho bien; acaso la providencia me ofrece una prueba que no debo rehuir. Aquí soy una planta de estufa; esta vida, cuyas magnificencias admiro, dice menos á mi corazón que la que me espera en esos países lejanos, más que por su distancia, por la situación moral en que viven.

Siguió la conversación largo rato, y fué tan evidente la inclinación de Elisa á tan inesperado cambio, que al fin Renato, más afligido de lo que quería mostrar, habló á su hija del vacío irreparable que su casamiento y su ausencia dejarían en aquel hogar, hasta entonces tan venturoso. No supo contestar Elisa á esta observación sino con lágrimas y declarándose dispuesta á cumplir la voluntad de su padre; pero Augusto intervino para manifestar que la dicha de todos no debía basarse en el sacrificio de ninguno; que la naturaleza opone un límite más ó menos ámplio, pero fatal, á la convivencia de los seres que llevan en sus venas la misma

sangre y que, llegado el momento, vale más anticipar que retardar el inevitable sacrificio.

-Por mi parte-añadió-creo que el rostro bronceado de Ayub tiene más valor que muchos rostros blancos; he visto en ese joven un espíritu ardiente y generoso. Me parece que está llamado á grandes cosas; celebro que ame á Elisa, capaz de comprenderle y quizá de dirigirle y no me desagrada que Elisa le corresponda.

Distaba Renato de ser un tirano doméstico; tal vez pecaba de bondadoso, y esto le había llevado á vivir con sus hijos en un perfecto pie de igualdad, sin que hasta entonces hubiera tenido que arrepentirse de ello. Esta vez, sin embargo, el trance le parecía demasiado amargo y tardó en rendirse á los ruegos de Elisa y á las observaciones de Augusto. Pero aun cediendo en lo principal, se reservó el derecho de no dar su consentimiento sino en las condiciones que más alto dejaran el lustre de la familia, y en este punto no encontró la menor resistencia.

Para comprender la importancia de esta reserva, no está demás observar que en aquel tiempo la organización legal de la familia había experimentado notables transformaciones.

Desde el primer tercio del siglo XX los Estados habían ido reconociendo sucesivamente la libertad de cultos. Reducida la Iglesia á la categoría de una de tantas asociaciones, bajo la inspección de los poderes públicos, se estableció en todos los países el divorcio. Presentábase al principio esta reforma como una solución excepcional para uniones desgraciadas; pero los casos de disolución del vínculo matrimonial llegaron á ser frecuentísimos. Un marido perverso encontraba mil medios para obligar indirectamente á su mujer á consentir en la ruptura del lazo conyugal; una esposa coqueta ó voluble alentaba con la conciencia imperturbable los atrevimientos de un galanteador con quien podía casarse, no obstante vivir su actual marido. Los partidarios del antiguo sistema se apoyaron en los escándalos que á menudo se presenciaban, para solicitar el restablecimiento de la pasada situación; mas, lejos de lograr su objeto, hubieron de asistir al triunfo de extrañas innovaciones. Después de haberse aumentado progresivamente los motivos legales del divorcio, se estableció, para los que lo pidieran, el matrimonio á plazo fijo, siendo al más breve de un año. Transcurrido ese término la unión quedaba disuelta,

á menos que los esposos no acudieran al registro civil á manifestar su propósito de seguir unidos: cualquiera negligencia les imponía la obligación de contraer nuevamente matrimonio con todos los requisitos de la ley. Esto, sobre ser engorroso, daba pábulo á muchos abusos y engaños; planteóse, pues, un nuevo sistema: el de los matrimonios que, contraídos á plazo fijo, se perfeccionaban, digámoslo así, por el uso, de modo que la no comparecencia en el registro indicaba la subsistencia del vínculo. A estas formas de unión conyugal siguieron otras, siendo las principales el matrimonio á plazo indefinido, que podía cesar en cualquier momento por manifestación conjunta de ambos contrayentes y el matrimonio unilateral, que se disolvía por la mera voluntad de una de las partes. Todos estos sistemas existían y se conservaba también el matrimonio indisoluble, de modo que la legislación familiar con los diversos procedimientos de administración de bienes, atribución de la paternidad, etc., era muy embrollada. Aún pretendían ciertos reformadores ir más allá: pedían se borrara de los códigos esa complicada clasificación, sustituyéndola por una disposición general en cuya virtud la forma del contrato de matrimonio quedaría al completo arbitrio de los contrayentes, cualquiera que fuese su número, sin que hubiese lugar á la intervención del Estado, ni en la creación ni en la disolución del vínculo: todo se reduciría á una obligación escrituraria privada, sometida á reclamación de daños y perjuicios en caso de infracción. Pareció esto demasiado chocante y no se admitió; con lo que los defensores de este verdadero *acabóse* tomaron actitudes de atropellados y se quejaron del *misoneísmo* de sus adversarios y del atraso de los tiempos.

Ahora bien; Renato de Villena respetaba el parecer y aun el capricho de todo el mundo; mas, por su parte, no admitía otra forma de matrimonio que el civil indisoluble, porque decía que le inspiraba repugnancia la sola idea de que una mujer y un hombre, al unirse legalmente, pensarán ya en los medios de separarse. Y en el caso presente estaba resuelto á evitar que su hija entrara en el matrimonio como en un juego que se deja si no agrada, y á la vez que su yerno limitara su compromiso á la satisfacción, bajo formas legales, de la pasión momentánea que pudiera inspirarle una extranjera hermosa. A falta de amor duradero, prefería con mucho la separación al divorcio. Quizá era en esto reaccionario, pero así pensaba.

Al día siguiente Ayub, que no había podido conciliar el sueño, luchando entre temores y esperanzas, se presentó, poseído de una emoción que no podía disimular, á su idolatrada Elisa. No reproduciremos su conversación; basta saber que obtuvo un sí; bajo dos condiciones: la aprobación del padre de su amada y el carácter indisoluble del vínculo.

Ayub, conmovido hasta derramar lágrimas, dijo que la primera condición la obtendría á costa de todas las adhesiones y sacrificios y que la segunda, que no se hubiese atrevido a proponer,-tan superior á él consideraba á Elisa- colmaba su felicidad. Quedó en solicitar una entrevista con Renato para la mañana siguiente (20 de mayo) y permaneció una hora más con Elisa -nadie se atrevía en aquella época á turbar la conversación de dos novios- mostrando una adoración tan apasionada y respetuosa, que la joven empezó á sentirse enamorada de veras.

Necesitaba el príncipe que alguien fuera confidente de su dicha y bajó al taller de Augusto. Apenas le divisó éste, corrió á su encuentro radiante de júbilo.

- Ayub-le dijo-soy el hombre más feliz de la tierra.

- No puede ser-respondió el abisinio-el hombre más feliz soy yo. Juzgue usted: ¡Elisa me ama!

- Reciba usted mi enhorabuena, Ayub y démela á su vez, pues en el mundo caben juntas muchas felicidades incomparables. ¡He descubierto la síntesis del carbono!

Ayub le tendió los brazos y ambos se estrecharon con efusión; pero ¿qué le importaba al apasionado abisinio la síntesis de todos los cuerpos del mundo al lado del amor de Elisa? Y, sin embargo, la trascendencia del descubrimiento de Augusto era incalculable. Había encontrado dos procedimientos para obtener carbono; uno por la determinación de su molécula en series de iones de cierto tipo, número y plan arquitectónico, por decirlo así: otro infinitamente más práctico y fácil, aunque no de tan alto valor científico, partiendo del silicio y aun de la misma sílice. Sin atender á su amigo, que tampoco podía comprender su razonamientos ni prestarle mucha atención, embargado como estaba por un sentimiento inefable, le explicó la trascendencia de aquel golpe de Estado químico. En adelante ya no había temor de que faltase material para la multiplicación de la vida orgánica; gran parte del planeta está constituido por silicio y la

fácil transformación de éste en carbono haría del globo terrestre una inmensa cantera, de que se podrían extraer miles de millones de estatuas de carne como vasos de agua del mar.

En vano quiso Ayub meter baza y hablar de sus amores; Augusto le oía distraído y volvía á su tema. El abisinio hubo, al fin, de resignarse.

-¿Es decir -indicó-que mientras no falten piedras habrá en el mundo pan?

-Pan y vida y aumento prodigioso de pensamiento y de fuerza-dijo Augusto.-En buena hora nací, ya que he realizado un sueño más ambicioso que los delirios de todos los conquistadores juntos.

Un rato después hablaban ambos á un tiempo y se tuteaban. Augusto, que tenía prisa de comunicar al mundo su prodigioso descubrimiento, dictó varias comunicaciones á su amigo, que le sirvió muy gustoso de amanuense. Al separarse, habían fraternizado por completo.

El descubrimiento de Augusto comprobado aquella misma noche ante la Academia de Ciencias de Buenos Aires, que se reunió en junta extraordinaria, fué comunicado telegráficamente al mundo entero y á la mañana siguiente los periódicos traían ya impresiones de sabios europeos, africanos y asiáticos, en espera de más completas informaciones. En aquel tiempo las cosas iban aprisa.

Bajo estos favorables auspicios celebró Ayub al siguiente día su conferencia con Renato, quien una vez conforme acerca del carácter indisoluble del matrimonio, exigió la previa conformidad del Sultán de Abisinia, padre de Ayub.

Difícil parece creer que este detalle hubiera preocupado muy poco al joven y así era, sin embargo. Pero los enamorados lo encuentran todo fácil y Ayub prometió al Intendente que aquella misma noche podría llevarle un telegrama de apertura oficial de las negociaciones.

Breves frases de amor cambiadas con Elisa; un viaje de un cuarto de hora hasta la primer estación telefónico-espectrográfica y una conversación de cincuenta minutos con su padre, á quien hablaba y veía á distancia de muchos miles de kilómetros; para todo esto fué suficiente hora y media, al cabo de la cual Ayub, que antes se creía en el cielo, se persuadió de que era la más infortunada de todas las criaturas posibles, aun de aquéllas que Augusto quería hacer brotar

de los arenales desiertos para aumentar la suma de dolor en el mundo.

El emir Yezid se había creído en el caso de informar á su primo y señor de aquel incidente, y aunque al principio no hizo mucho alto el monarca en el asunto, el aviso directo de su hijo le causó la más viva contrariedad. Le prohibió absolutamente hablarle de una alianza tan desproporcionada y absurda y le ordenó como padre, y si era preciso, como Sultán, que regresara inmediatamente á su país.

Ayub era un hijo respetuoso, pero herido en su amor y en su orgullo, se sintió rebelde. Necesitó hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no contestar á esa imperiosa comunicación con frases irreparables. Dió por terminada su conferencia telefónica diciendo que se sentía enfermo y que no reanudaría la comunicación hasta pasadas algunas horas. Al declararse enfermo no había mentido: ardía su frente, sentíase amagado de congestión ante aquel derrumbamiento de sus esperanzas y no podía soportar la idea de quedar en ridículo ante el padre de Elisa. Llegó al hotel en un estado indecible de exasperación y necesitó algún tiempo para ir recobrando la tranquilidad. A las dos horas entró Yezid, que había ido á visitar algunas de las cárceles-casas de corrección y trabajo forzado para delincuentes susceptibles de mejoramiento-y hubo entre ambos una conversación larga y animada, que estuvo á punto de terminar en una ruptura. Todas las observaciones del anciano fueron inútiles; Ayub se negó resueltamente á cumplimentar la orden de su padre y Yezid se decidió á regresar solo, emprendiendo su viaje aquella misma noche, con lo que podría estar en Abisinia el 22 de mayo por la mañana, tomada esta decisión se hablaron ya más afectuosamente y el emir anunció á su sobrino que, al despedirse de Renato, le daría cuenta de la penosa nueva que Ayub no se decidía á comunicarle. Nuevos é inútiles consejos y un apretado abrazo, pusieron término á esta entrevista, para ambos dolorosa; pues terminaba de modo muy desagradable un viaje que había comenzado bajo los mejores auspicios.

capítulo



El 25 de Mayo de 2010

El último descubrimiento de Augusto había puesto el sello á su reputación universal. De todas partes llovían felicitaciones. Renato no cabía en sí de orgullo; el mismo inventor, viendo colmados sus ideales de gloria, proclamado por las Academias de todos los países el mayor químico de su tiempo, sentía esa incomparable plenitud de la personalidad, esa alegría serena de las victorias decisivas, que es la esencia de la felicidad terrestre, y que en el joven era tanto más intensa cuanto á su triunfo personal iba unida la satisfacción de haber puesto en poder de la humanidad un talismán omnipotente, muy superior á la piedra filosofal á que aspiraban los antiguos alquimistas.

Pero Augusto no pensaba descansar sobre sus laureles. Tiempo hacía que

solicitaban su atención dos problemas de gran interés. Uno de ellos-en que trabajaba con su padre- consistía en modificar el psicógrafo de Renato en términos tales que se convirtiera en un verdadero *acumulador psíquico*, en un condensador de energías mentales y morales, altruistas y benéficas, que pudieran ser infundidas en los centros nerviosos á modo de sugerencias irresistibles. Las aplicaciones de este aparato serían, no sólo curativas, sino principalmente higiénicas, fortificantes y aun modificadoras de los caracteres, en un grado muy notable. El genio de Augusto había concebido ya un método para tantear la resolución de este problema y el alcance de la innovación sería grandioso.

No era menos interesante, aunque pertenecía á orden muy diverso, la segunda empresa que Augusto trataba de llevar á cabo. Esta vez se trataba también de modificar un invento de otro. Ya hemos dicho que un sabio indostánico había descubierto la abarita y la antibarita, dos sustancias refractarias á la gravedad, aunque en distinto grado; pues la primera se mantenía inmóvil en cualquier punto en que se la colocase, soportando un peso doscientas veces mayor que su masa, mientras la segunda era eminentemente centrífuga y podía elevar con rapidez una carga máxima de mil veces su masa. Como el inventor, á quien Augusto había escrito, se negó resueltamente á dar el secreto de su descubrimiento y á la vez no lo perfeccionaba, limitándose á prepararlo y explotarlo en mínimas cantidades-juguetes voladores, pequeños utensilios domésticos aéreos, botas de suela abar y antibar que usaban los gimnastas para dar saltos enormes, aunque no bastaban á neutralizar su peso y mantenerlos en el aire-pues las mayores masas obtenidas no pasaban de un gramo y los efectos parciales no se acumulaban,-Augusto creyó que el físico indostano, aunque de admirable talento, carecía de la profundidad necesaria para dar á su prodigiosa invención las proyecciones de que era susceptible. Proponíase, pues, Augusto analizar concienzudamente bajo todos sus aspectos aquella sustancia, y si, como esperaba, lograba reproducirla y llevar al extremo sus propiedades, utilizar esa forma de la energía universal para la total conquista, primero del aire y luego, quizá del espacio. El empleo de la abarita en grandes masas permitiría construir aparatos aéreos enteramente inmóviles, independientes de la atracción terrestre y que no participaran, mientras fuese necesario, del torbellino

atmosférico producido por la rotación de nuestro planeta. De este modo quedaba resuelto el problema de la locomoción á grandes distancias, sin acudir á los acumuladores eléctricos ni á otras fuerzas; bastaba elevar ligeramente el aparato abar en un punto conveniente, dejar que el globo terrestre girase y descender en el momento necesario. Los viajes se efectuarían así en torno de cualquier paralelo del mundo y la vuelta completa á cualquiera de ellos invertiría 24 horas; de modo que en el círculo ecuatorial se viajaría, sin moverse, con la velocidad de $1666 \frac{2}{3}$ kilómetros por hora y la rotación del planeta haría todo el gasto.

Con la antibarita los resultados podrían ser más prodigiosos; podría encararse resueltamente el problema de los viajes interplanetarios. Esto, aparte de la multiplicidad de aplicaciones terrestres-vuelo individual, casas voladoras, aprovisionamiento fáciles de inmensas energías condensadas,- en suma, los pensamientos casi transformados en acción.

Los anteojos astronómicos permitían ver la Luna á un kilómetro; el Sol á menos de 400, Vénus á 120 y Marte á 150; ¿no se llegaría alguna vez á tocar lo que ahora se veía demasiado lejos aún para disipar muchas dudas?

Mientras Augusto se mecía en estas hermosas contemplaciones ideales, aspirando al aumento de la gloria científica de su patria y á la suya propia, el infortunado Ayub estaba sumido en la desesperación. La vehemencia de su espíritu no dejaba lugar á la calma. Era de esas naturalezas fogosas en que no hay términos medios; ó gozan como bienaventurados ó sufren como demonios. Al día siguiente de la partida de Yezid fué á visitar al Intendente, que ya estaba impuesto de todo. Ayud se mostró decidido á renunciar á su rango y aún á su patria, que era lo que más había amado hasta entonces en el mundo, con tal de obtener la mano de Elisa. Todo fué inútil.

-Mi dignidad de padre y mi altivez de argentino-contestó Renato-me impiden aceptar esa resolución. Dejemos esto y pongamos fin á nuestras relaciones amistosas que -lo declaro- me eran muy gratas.

-Y su corazón de hombre, ¿está cerrado á la piedad?-respondió Ayub con tono desesperado.

Renato le hizo un saludo frío y dió por terminada la entrevista, aunque en el fondo estaba mucho más conmovido de lo que aparentaba.

No intentó Ayub siquiera ver á Elisa; comprendió que las puertas de aquella casa estaban cerradas para él; mas en cambio la escribía cartas interminables, verdaderos libros, sugestionándose más cada vez con sus mismos conceptos delirantes. Elisa respondió á esas cartas con otras no tan fogosas, pero en las que palpitaba un afecto tierno y consolador. El desinterés de aquel joven, que renunciaba á todo por consagrarse á ella, era tan excepcional en aquella época, en que predominaban la fría razón y el cálculo sobre las turbulencias del sentimiento, que los últimos escrúpulos de Elisa quedaron vencidos. Le declaró que le amaba con todo el fuego de su corazón y que sería su esposa, aún en el triste caso de que ambos no pudieran vencer la oposición de sus padres, y saboreó por vez primera los dulces tormentos é inquietudes de un amor correspondido, que lucha con obstáculos graves, pero no invencibles.

Ayub se sintió tan dichoso con esta promesa, que dió por bien empleadas todas sus amarguras y ni siquiera hizo alto en el sombrío silencio de su padre, que no le había teleografiado una sola palabra desde la última conversación telefónica que sostuvieron. Pero tantas impresiones habían alterado su salud y, después de haber escrito á Elisa una carta llena de pasión, se acostó con fiebre en la noche del 21, y al día siguiente deliraba. Fué asistido por el médico del hotel, quien le recetó enérgicos calmantes para vencer su hiperestesia nerviosa y después de pasar un día muy agitado, amaneció el 23 enfermo aún, pero más tranquilo y en posesión de sus facultades. Inmediatamente ordenó que telegrafiasen á Augusto, dándole cuenta de su enfermedad y del vivo deseo que tenia de verle.

Una hora después Augusto se hallaba en la cabecera del lecho del joven abisinio. Entristecido por lo violento de aquella situación y luchando entre sus afectos de hijo y hermano, dudaba, y se limitó á recomendar á su amigo calma y serenidad.

-¡Calma!-respondió Ayub con amargura-Tú que puedes tanto, fabricame un corazón de piedra. Pero no lo querría; el amor -y ésta es una cosa que tú ignoras- es un mal tan horriblemente delicioso, que el enfermo no quiere curarse de él, aunque pierda la vida y el alma.

-¡Hacer un corazón!-murmuró Augusto absorto en sus planes científicos.-Daría todos mis descubrimientos y consentiría en morir

ignorado, con tal de idear el medio de fabricar una sola célula.

Luego, adoptando un tono más en armonía con la situación, se mostró afectuoso y hasta jovial con Ayub, le afirmó que protegería sus amores y prometió volverle á ver á la mañana siguiente, recomendándole de nuevo serenidad y paciencia. Le dejó, en efecto, bastante más tranquilo y consolado. Y mucho ganó la salud del fogoso príncipe con una carta, recibida pocas horas después, en que Elisa, inquieta por la enfermedad de su prometido, llegaba á extremos de cariño, propios del período romántico del siglo XIX.

Augusto habría cumplido muy gustoso la palabra de visitar á su amigo, por quien sentía cordial afecto; pero desde que volvió al palacio de Villena, ya no tuvo un momento suyo. Faltaban dos días para la grandiosa festividad del 25 de Mayo, á que daba importancia excepcional el hecho de celebrarse ahora el segundo centenario de la independencia. Buenos Aires se vestía con sus mejores galas, que en esta época empequeñecían todos los ensueños del lujo más dispendioso, y acudían á la gran ciudad soberanos de multitud de naciones, rindiendo el homenaje de su admiración y simpatía á la que podía llamarse con justo título, la Gran Metrópoli del Mundo. Habían llegado ya los presidentes de las repúblicas ibérica, italiana y francesa: los emperadores de Alemania y Rusia, el rey de Inglaterra; el presidente de Irlanda; el de los Estados Unidos de la India; el soberano del Japón y el presidente de la Confederación Australiana. El día 24 fueron llegando los presidentes de las demarcaciones nacionales de América Latina y el de la gran república de los Estados Unidos. Todos estos personajes, á quienes se recibía con la esplendidez y ceremonial debidos á su rango, manifestaban deseos de conversar con Augusto, y el jóven, á más de no tener un minuto libre, necesitó la prodigiosa resistencia cerebral de un hombre superior del siglo XXI para tomar parte en tan variadas y solemnes conferencias, y más aún para afrontar una reunión de excepcional gravedad á que le convocaron los presidentes y delegados de los Estados de América Latina. Se celebró en forma de banquete absolutamente íntimo, á las ocho de la noche del 24; terminó á las doce, y Augusto salió de ella demudado y en un estado tal de agitación que, apenas llegado á su casa, tomó un poderoso narcótico para librarse por algunas horas de la extremada y peligrosa tensión de su pensamiento.

A las ocho de la mañana del 25 de Mayo, Ayub, que aún sentía restos de fiebre, recibió una carta de Augusto, en que le incluía una invitación del Presidente de la República para el almuerzo en honor de los soberanos, con las siguientes palabras: «Ponte bueno á todo trance y acude al Palacio Argentino á las diez y media».

El príncipe se vistió el uniforme de gala y salió á la calle. Aún era temprano y se hizo conducir en un automóvil eléctrico á la plaza de Mitre, donde un coro formado por cincuenta mil niñas y niños vestidos con colores nacionales, entonaba el Himno Argentino de 1813, bajo la dirección de una falange de profesores, todos los cuales seguían sin la menor discrepancia la batuta del jefe de la orquesta. El efecto era mágico; aquellos millares de voces infantiles, perfectamente acordes, parecían elevarse al cielo como el espíritu de un pueblo generoso, convertido en gigante por dos siglos de libertad.

Imponderablemente bello era el espectáculo que la ciudad ofrecía. Las casas relucían como si fueran de oro, plata y piedras preciosas; hendían los aires flámulas y gallardetes: en las puertas de los edificios se ostentaban escudos y banderas de todos los países, en artística combinación; las tropas-siempre necesarias aun cuando la guerra se hacía más difícil cada vez-cubrían la carrera, mientras se iban formando las secciones de la inmensa procesión cívica, que debía recorrer á pie no menos de veinte kilómetros hasta desfilar ante el palacio presidencial. Al fin Ayub, á quien este espectáculo distraía de sus angustiosas preocupaciones y que más de una vez había acariciado en aquellos febriles días el proyecto de ofrecerse como ingeniero ó soldado al ejército argentino, llegó á la plaza de Mayo, donde se alzaba entre bellísimos jardines el soberbio monumento de la independencia, que había sustituido al antiguo obelisco trasladado al magnífico jardín de la Libertad. Pocos momentos después era anunciado en el gran salón de recepciones de la Presidencia de la República Argentina, convertido en una verdadera constelación de soberanos de las principales naciones de la tierra.

Después de cumplidas las fórmulas del ceremonial y de haber ocupado el asiento que le destinaron, paseó Ayub sus miradas por el recinto. A la derecha del Presidente de la República Argentina se hallaba sentado el de la Confederación Latino Americana y á la izquierda el de los Estados

Unidos de América del Norte. Seguían después, á derecha é izquierda sucesivamente, los soberanos de Rusia y Alemania, el Japón y la India, España é Italia, Francia é Inglaterra, Abisinia y Australia, formando un dilatado semicírculo, y después, los jefes y delegados de las naciones particulares y altos dignatarios argentinos, entre los que Ayub distinguió á Renato y Augusto, quienes le saludaron tan afectuosamente, que se le ensanchó el corazón. La conversación se mantenía discretamente por grupos, y Ayub, que hablaba desde hacía unos instantes con el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, sintió que las palabras se helaban en sus labios, y estuvo á punto de caer como herido de un rayo cuando oyó anunciar al Sultán de Abisinia, y vió, sin dar crédito á sus ojos, que se padre en persona se adelantaba pausadamente hacia el solio presidencial, que el Presidente de la República cambiaba con él el abrazo de paz y que, después de saludar á los demás soberanos, era conducido en compañía de Yezid hasta el punto del salón en que Ayub, que le miraba como á un espectro, estaba ocupando su sitio.

Involuntariamente, hizo el joven el ademán de caer de rodillas, pero el Sultán lo impidió y le estrechó entre sus brazos, haciéndole luego sentar á su derecha. Luego hablaron en voz baja.

-Yezid-dijo el padre-me dió cuenta de la situación en que te había dejado y tanto me alarmó que resolví hacer lo que dadas mi edad y mis costumbres, parecía imposible; corresponder á la invitación oficial que había recibido para la festividad nacional de este gran pueblo, cuya magnificencia me tiene admirado. Llegué ayer por la mañana; Yezid se enteró de que tu estado era satisfactorio y resolví guardarte el secreto hasta hoy. Me hizo conocer á la familia de tu amada y hablamos largamente. Al ver á Elisa, no pude menos de disculparte; pero nada resolví aún.

-Padre mío-dijo Ayub-el amor y la veneración que te profeso se cambiarán en idolatría si consientes en que sea dichoso.

-Serénate, Ayub. Yo tengo deberes muy altos que cumplir, vacilaba porque debía vacilar; pero desde hace tres horas ya no dudo, sino que bendigo la casualidad ó el designio providencial que nos enlaza con una de las más poderosas familias del mundo.

-No te comprendo, padre mío.

-Sabe, pues, que Augusto Villena ha sido designado anoche por voto

unánime de los delegados americanos, que traían instrucciones al efecto, como Presidente de los Estados Unidos del Sur ó sea de la Confederación Latino Americana, y entrará á desempeñar ese último cargo el 12 del próximo octubre. Su proclamación oficial se verificará dentro de pocas semanas y me consta que no tendrá oposición. El solo efecto moral de tu matrimonio será una gran victoria para la causa de Abisinia.

Indudablemente, Ayub no era de los hombres á quienes mata la felicidad, pues resistió aquel tumultuoso embate de supremas dichas. En el banquete que se celebró poco despues le confirmó Augusto la grata nueva. El joven sabio, elevado por los pueblos americanos á la más alta posición, en homenaje á su ciencia, sentíase también todo lo feliz que puede ser un hombre.

A las tres de la tarde, entre los estampidos lejanos de formidables piezas de artillería y los acordes de las bandas militares, desfilaban ante los balcones del palacio presidencial las columnas cívicas. Vióse después una comitiva singular, que parecía una evocación del otro mundo y que arrancaba vítores y aplausos de entusiasmo delirante á la multitud innumera que presenciaba esta procesión, ya en los tablados dispuestos al efecto, ya en pie, ya en los balcones ó ya en los aparatos aéreos cautivos. Con ademán noble y paso magestuoso, admirablemente caracterizados y vestidos con los trajes de su época, acababan de aparecer Belgrano, Alberti, Castelli, Paso, Pueyrredón, Moreno, Saavedra, Chiclana, Fúnes, Azcuénaga, los Balcarce, Rondeau, Ruíz Huidobro, Güemes..... Una ovación colosal indicó la presencia de San Martín, de Alvear, Guido, Soler, Arenales, Las Heras..... Después pasaron don Martín Rodríguez, Lopez Planes, Rivadavia y luego, Dorrego. Tras éstos, seguían Lavalle, Paz, Lamadrid, Avellaneda, Agüero, Varela, Echevarría, Mármol, Rivera Indarte y al lado de éstos, Juan M. Gutiérrez, Sarmiento, Mitre, Rawson, Domínguez, los presidentes y ministros, los hombres ilustres de la última mitad del siglo XIX y del comienzo del XX; todos los que, desde diversos campos y en medio de candentes luchas habían ido viendo á su patria cada vez más grande, más próspera, encaminándose á un porvenir de grandezas y esplendores.

Renato de Villena, absorto ante las magnificencias de este espectáculo que él había ideado y que se completaría durante la noche con un programa

de verdaderos prodigios, estaba conmovido hasta el punto de verter lágrimas. Veía una pléyade de soberanos rindiendo el tributo de su admiración al gran pueblo argentino, enorgulleciéndose con el triunfo de Augusto, veía á Elisa feliz al lado de Ayub, vítores de júbilo hendían los aires y ante la realización colmada de sus ensueños, en un transporte de dicha inefable, sintió un vértigo, le pareció que aquel cuadro de animación infinita se disipaba y sólo tuvo tiempo de exclamar: «¡Augusto, Augusto!» Después, la sombra, algo como la muerte y luego una penumbra indecisa.

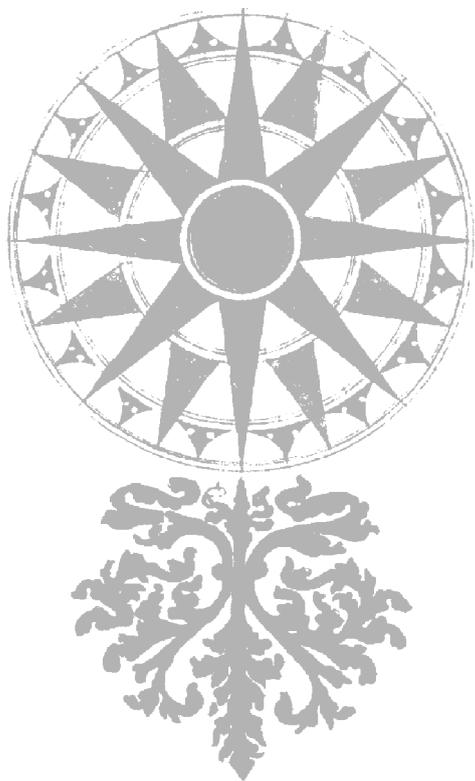
-Aquí estoy, vuelve en tí;-le dijo un hombre en quien al pronto creyó conocer á su hijo, pero que no era otro que Haraontis.

Luis Miralta le contempló con estupor. Experimentaba la sensación de una caída inacabable. Su compañero le hizo beber un licor fresco y grato que le fué devolviendo lo que no hubiera querido recobrar, ¡tan feliz era en su delirio! la conciencia del presente.

-¿He soñado? ¿Todo era una ilusión sublime?-preguntó con ansia.

-No: has entrevisto el porvenir. Ahora te incumbe el deber sagrado de trabajar para que se realice. Y trabajarás.

FIN





Sumario

• <i>PRÓLOGO</i>	7
• <i>NOTA PRELIMINAR</i> por Hebe Clementi	13
• <i>CARTA ABIERTA</i>	31
• <i>CAPÍTULO 1</i> Un viaje original	35
• <i>CAPÍTULO 2</i> El pie en el estribo	47
• <i>CAPÍTULO 3</i> En marcha	57
• <i>CAPÍTULO 4</i> La llegada	69
• <i>CAPÍTULO 5</i> Los abisinios en Buenos Aires	77
• <i>CAPÍTULO 6</i> La cueva del mago	87
• <i>CAPÍTULO 7</i> Un almuerzo literario-sociológico artificial	99
• <i>CAPÍTULO 8</i> Buenos Aires á vista de pájaro	107
• <i>CAPÍTULO 9</i> Un cerebro victorioso y un corazón destrozado	121
• <i>CAPÍTULO 10</i> El 25 de Mayo de 2010	131



Esta Obra se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 2000

una publicación de



Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556, 1º piso (1055)

Capital Federal

Tel: 4813-9370 / Fax: 4813-5822

E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

Enrique Vera y González, autor de esta utopía pensada desde Buenos Aires a principios del siglo XX, inventa una ciudad deseable y posible y realiza esa construcción a través de una visión optimista y renovadora.

Hacia 1903, la Buenos Aires todavía patricia estaba lanzada al festejo centenario de 1910, en el que confirmaría su existencia floreciente y mostraría al mundo su pertenencia al concierto de las grandes ciudades de los países europeos que seguían siendo sus modelos.

En este marco, el español Vera y González desarrolla esta propuesta imaginativa, apostando a los mejores costados del ser humano y de la ciencia que éste es capaz de desarrollar. Cómo no iba a creer en la ciencia quien antes de partir de España hacia Cuba, su paso previo a la llegada a nuestro país, había obtenido cuatro títulos universitarios: ciencias físicas y naturales, derecho y filosofía y letras.

El Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires presenta una transcripción fiel de aquella edición aparecida en 1904, que conserva la Biblioteca del Colegio Nacional Buenos Aires. Palabras escritas hace cien años se conjugan con los mejores deseos de este presente.

Con la reedición de esta obra apostamos a estimular en el lector el espíritu de una nueva utopía. La positiva empresa de pensar una sociedad más justa y equitativa es una obligación que debemos imponernos como paso indispensable para poder construirla.

